

**DIEZ LUGARES
CONTADOS**

II

AUTORIDADES DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

MARÍA EUGENIA VIDAL
GOBERNADORA

DANIEL SALVADOR
VICEGOBERNADOR

ALEJANDRO GÓMEZ
MINISTRO DE GESTIÓN CULTURAL



DIEZ LUGARES CONTADOS II



PRESENTACIÓN

por *Alejandro Gómez*

Ministro de Gestión Cultural de la Provincia de Buenos Aires

Presentar el segundo volumen de *Diez lugares contados* resulta particularmente grato. Al igual que su antecesora, esta antología de relatos —escritos por grandes autores que vieron en el territorio de la Provincia un escenario significativo y vital, antes que un simple paisaje o telón de fondo— constituye un aporte valiosísimo a la construcción de la identidad bonaerense. Y tal vez, incluso, a la creación de una mitología nueva para este lugar donde elegimos vivir.

Mar del Plata, Duggan, Carlos Casares, Carmen de Patagones, Beccar, San Isidro, Vicente López, Balcarce, Chascomús y Los Toldos son los puntos que se suman al mapa ficcional de una geografía auténtica. ¿O se tratará, a la inversa, del mapa verdadero de una geografía imaginaria? Algo es seguro: *Diez lugares contados* es siempre una invitación al viaje, a la aventura y al descubrimiento.

Una invitación, además, que adquiere su sentido pleno y nos llena de orgullo gracias a los escritores Mar-

celo Birmajer, Carlos Balmaceda, Natalia Moret, Miguel Russo, Fernanda García Lao, Sylvia Iparraguirre, Cecilia Szperling, Fabián Casas, Ana Wajszczuk y Jorge Fernández Díaz, inmejorables guías para estos diez nuevos recorridos literarios.

PRÓLOGO

por Guillermo Pintos

Como en todas las buenas historias por contar, hay un antes y un después. De eso se trata esta breve introducción para los diez relatos —cuentos en la mayoría de los casos, exploraciones alrededor de la crónica y originales ejercicios de estilo en los demás— que componen este libro. Que no hubiera sido posible sin el impulso de todas las personas de buena voluntad y talante del Ministerio de Gestión Cultural de esta bendita provincia, mi provincia (soy de Olavarría, la ciudad del cemento y el turismo carretera). A quienes compartieron la tarea de producción, supervisión y edición, mi especial agradecimiento y reconocimiento por tan eficiente labor desempeñada durante el trabajo en progreso en este año.

Al mencionar el dato geográfico de pertenencia pretendo transmitir cuán especial resultó para mí llevar adelante este proyecto, el segundo de una saga literaria que esperamos continúe en otros (futuros) episodios. El

antecedente es *Diez lugares contados* en 2017, un libro que leí con fruición apenas llegó a mis manos, en buena medida por el especial atractivo que representaba la propuesta para un lector entregado a este sano ejercicio de alimento intelectual. Pero también porque me provocaba indudable curiosidad «leer» al lugar de donde vengo, al que pertenezco para siempre, viva donde viva, viaje adonde viaje. Aquellos diez cuentos quedaron en mi memoria y cada vez que recorro las rutas y los caminos de Buenos Aires, en viajes familiares, laborales y de vacaciones, regresan a mí en forma de pequeñas instantáneas que revelan cómo somos los bonaerenses, cómo nos vemos, a qué huele nuestra generosa tierra, de qué sonidos se nutre la enorme extensión de territorio que —suele repetirse como dato de color— ocuparía, e incluso superaría, la superficie de uno o varios países en otras partes del mundo. Así de vasta y fascinante es. Incluso en términos literarios, como bien puede comprobarse en cada uno de aquellos —y estos— lugares contados.

Resultó una satisfactoria experiencia profesional y personal emprender la tarea de convocar y finalmente reunir el seleccionado de escritores que aquí aportan su talento, percepción, sensibilidad y lucidez. Carlos Balmaceda, Marcelo Birmajer, Fabián Casas, Jorge Fernández Díaz, Fernanda García Lao, Sylvia Iparraguirre, Natalia Moret, Miguel Russo, Cecilia Szperling y Ana Wajszczuk aceptaron gustosos el convite, invirtieron su tiempo y ganas en la escritura y aquí está el resulta-

do final de una tarea que, por igual, disfrutamos. Para ellos, en su salsa y para mí, en el «detrás de la escena», fue un placer. Esperamos que también lo sea para el lector, lectora, que en este mismo momento apura la lectura de estas líneas para luego, sí, zambullirse en las historias.

A lo largo de estas páginas se encontrará diversidad, originalidad y calidad, en un imaginario recorrido por cada uno de los lugares de la provincia que sirven de escenario.

Encontrarán aquí un hermoso ejercicio de amor por una ciudad, su ciudad, que Carlos Balmaceda convierte en ajustado retrato no-tan-imaginario de la vida cotidiana, de vacaciones y con un amor imposible, de Jorge Luis Borges en Mar del Plata (nada menos). Leerán también el relato de cómo la intención de traducir al idish un cuento de Marcelo Birmajer empuja al autor a visitar Carlos Casares y descubrir de qué se trata lo que las guías turísticas de la provincia denominan una «cuna de gauchos judíos».

Viajarán con Fabián Casas al corazón gauchesco de la provincia para encontrarse en Duggan con un poeta que allí vive, comer un asado, recorrer el pueblo y, antes que nada, cavilar sobre nuestras vidas modernas en las grandes ciudades, los amigos que ya no están y las palabras que todavía nos conmueven. También de viaje a través de la Panamericana y desde Beccar, acompañarán al tío de Jorge Fernández Díaz en una alucinante trama de sexo, soledad y exorcismos que sacude una apacible

existencia suburbana. Y todo luego del fugaz encuentro con una misteriosa mujer.

También en movimiento, cruzarán una y varias veces el emblemático puente de Carmen de Patagones, en el extremo sur, para involucrarse en la dramática historia familiar que Fernanda García Lao describe, cruzada por una biblioteca como objeto de deseo, la memoria contenida en los libros y la calma no tan chicha de una ciudad-límite. De regreso a la pampa bonaerense profunda, Sylvia Iparraguirre los invitará a caminar por las calles de tierra de Los Toldos, a enternecerse con la decisión de una abuela que, contra todos los prejuicios, quiere reunir todas las partes de un rompecabezas familiar.

De vuelta a la urbe y con el paso de los aviones en descenso como ruidosa, persistente, banda de sonido para las callecitas arboladas de Vicente López, Natalia Moret los invitará a espiar en la psiquis de una mujer a punto de cambiar el rumbo de su vida. Que, aun así, no debe olvidarse de comprar helado de sambayón. Pausa y vuelo directo al recorrido que va desde Quilmes hasta Chascomús, vía Miguel Russo y por la ruta 2, hacia las aventuras de un grupo de atorrantes que buscan saldar una vieja deuda y así, redimidos, vivir el instante de gloria futbolera tantas veces demorado por esas cosas... de las brujas.

La fascinante arquitectura de la Villa Ocampo de San Isidro es el escenario de una puesta en escena de Cecilia Szperling, allí donde confluyen en varios actos

y con personajes principales y también secundarios, la vida, amores y deseos de la siempre transgresora Victoria Ocampo. Hasta ese instante del tiempo pasado viajarán. Lo mismo que en la travesía hacia Balcarce, entre castillos y plantaciones de papa en el recuerdo de Ana Wajszczuk, sentados en el asiento trasero de un Dodge Polara que papá maneja acompañado por las canciones de los Beatles y Víctor Heredia.

Antes y después, prometí. El antes ya fue debidamente contado, espero. El después, comienza exactamente en este instante. Disfruten del viaje.

ECOS DE LOS JARDINES DE BABEL

Carlos Balmaceda

(Mar del Plata)

Mediodía del 20 de noviembre de 1940.

Jorge Luis Borges y su amigo Adolfo Bioy Casares llegan a la residencia de Victoria Ocampo en Mar del Plata. Una magnífica casa importada de Inglaterra a la que Borges le dice *bungalow* porque está totalmente construida con madera y hierro. ¿Una de sus clásicas ironías?: la casa tiene dos plantas que reflejan el gusto cosmopolita de su dueña y, además, a espaldas está la vivienda del casero, de estilo francés, y al costado están las cocheras con dependencias de servicio, de estilo italiano. El plan de Borges es quedarse tres semanas. Trabaja en un nuevo libro de cuentos. Tiene diversas ideas germinando en su cabeza y varias páginas escritas en un cuaderno: fábulas y relatos con raíces filosóficas, biografías ficticias, crónicas de libros y mundos imaginarios.

Borges almuerza frugalmente con Victoria, luego se cambia y se va caminando a Playa Grande. En la costa, el sol se volvió sahariano y el mar está calmo y turquesa.

Borges nada un rato mar adentro. Se queda flotando con los brazos abiertos en cruz, el cuerpo abandonado al ritmo del agua y el rostro enfocado hacia el cielo. Cuando sale, se sienta en una silla de mimbre para leer al amparo de una sombrilla, luego dormita en una reposera de madera bajo una carpa de lona. A media tarde llegan Bioy Casares y Silvina, la hermana de Victoria. Hablan de ciencia ficción, de la Cábala y de lenguajes imaginarios. De pronto el viento cambia de rumbo y en el cielo diáfano aparecen gruesas nubes de petróleo. Pero el calor persiste. Borges cuenta entusiasmado que su cuento *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, que seis meses antes publicó en la revista *Sur*, es la punta de lanza de una serie de relatos centrados en temas metafísicos, en los atributos del lenguaje y en los enigmas del tiempo. «¿De amor no vas a escribir nada?», lo aguijonea Silvina, y Borges le recuerda que Arthur Schopenhauer creía que vivíamos en el peor de los mundos posibles donde el amor es un placer ilusorio, efímero y fatalmente trágico. Silvina le reprocha su pesimismo dramático y, antes de que Borges devuelva una respuesta cáustica, Bioy Casares comienza a contar los detalles de su boda con Silvina, que será en pocas semanas y luego de los festejos por la Navidad y el Año Nuevo. Borges lo escucha con estupor y asombro: no sabía nada del casamiento. ¿Con cuál Silvina va a casarse?, piensa. ¿Con una sola o con todas juntas? Borges suele decir que Silvina Ocampo debe lidiar con Silvina Ocampo como si se tratara de otra persona, como si existieran diferentes Silvinas, pero todas conviviendo

en el mismo mundo y en el mismo tiempo. Bioy Casares interrumpe esas divagaciones para preguntarle si acepta ser testigo de la boda junto con Victoria. Borges suspira y acepta, aunque confiesa que siente envidia y desconcierto por las personas que se enamoran al punto de querer compartir el resto de su vida con otros. Hace un elogio de la soledad y, citando a Nietzsche, dice que siempre hay algo de locura en el amor, pero que también hay razón en la locura. Silvina le pregunta con picardía: «¿Pensás que Adolfo y yo estamos locos?», pero Borges no alcanza a responder porque una repentina sudestada sacude la playa con una lluvia despótica.

Regresan a la casa empapados de pies a cabeza.

Al rato pasa la sudestada y vuelve la primavera.

Es la hora del té. Bioy Casares y Silvina siguen reclusos en su cuarto. Borges baja al living, donde ya está Victoria. Hablan de cine y celebran o critican las obras de Orson Welles, Alfred Hitchcock y Charles Chaplin. Borges confiesa que admira a Josef von Sternberg porque hace montajes maravillosos para crear mundos nuevos, y que esa técnica lo convierte en un demiurgo todopoderoso que con un número determinado y finito de imágenes podría contar innumerables historias diferentes, aunque en un momento crucial debe elegir cuál prefiere y descartar las demás opciones posibles. ¿Cuántas de las historias descartadas seguirán vivas en su memoria?, se pregunta. Silencio. Victoria cree que un director de cine es como un dios al momento de decidir la forma que tendrá su universo, y que tal vez por eso el

cine pueda convertirse en un arte más completo que la literatura, aunque más imperfecto. Borges afirma que el montaje cinematográfico tiene una simultaneidad que a la literatura le está vedada porque el lenguaje es sucesivo y encadenado, pero la belleza no reside en la técnica del relato sino en su capacidad para emocionar.

Y entonces aparece Laetitia.

Laetitia Hardy: 29 años, alta y delgada, pelo negro abundante y agitado sobre la frente y los hombros, los ojos rasgados verde coral, labios rojos delineados por Gustav Klimt. Adicta a la filosofía y las novelas vanguardistas. Habla cuatro idiomas con fluidez, toca el violín, dibuja con trazos bellos y ágiles. Es la única hija del viudo paisajista francés Raymond Hardy, un artista admirado por el trazado hipnótico de los jardines que diseña. Victoria lo contrató para que se ocupe del parque de dos manzanas que tiene su propiedad marplatense donde conviven hortensias, magnolias, dalias, lavandas, laureles, pinos, plátanos y casuarinas. Raymond y Laetitia viajaron pocos meses antes desde París y viven en la casa hasta que el jardín esté terminado. La obra se prolonga porque el invierno marplatense fue tormentoso y Raymond apenas pudo trabajar sobre el terreno. Para colmo, la guerra va devastando Europa y difícilmente regresen a su hogar parisino. Tal vez se instalen en Buenos Aires con el madrinazgo de Victoria. Laetitia colabora en los diseños de su padre desde que era una chica fascinada

con los dibujos que George Barbier había hecho para ilustrar poemas de Paul Verlaine y Charles Baudelaire.

Seguimos en el living: Laetitia acaba de entrar, Victoria la toma de la mano, la presenta y la invita a sentarse para merendar con ellos. Charlan en francés. Laetitia tiene la voz grave, levemente ronca. Victoria cuenta que Laetitia es una apasionada admiradora y lectora de Virginia Wolf, a quien algunos años atrás conoció durante unas vacaciones en Bloomsbury, y que desde entonces se hicieron amigas y se escriben semanalmente. Laetitia recoge el guante, relata un par de anécdotas compartidas con Virginia Wolf, y de pronto, luego de un repentino y breve silencio, con pesadumbre dice que la visitó antes de viajar a la Argentina y la había visto hundida en una profunda melancolía. Borges comenta que *Orlando* es uno de los libros más perturbadores que leyó en su vida. Los ojos de jade de Laetitia brillan, y le pregunta si leyó *Las olas*. Borges contesta que sí, y agrega que la novela refleja con genialidad la enigmática forma en que nuestra memoria reconstruye la percepción del tiempo. «El tiempo, el tiempo», repite Laetitia en un murmullo, y se queda callada mientras bebe su té. La charla deriva hacia otros autores y libros. Laetitia habla de Irène Némirovsky, una escritora rusa exiliada en París de la que se hizo muy amiga, Victoria recuerda una charla con Rabindranath Tagore, Borges comenta que está leyendo *Peer Gynt*, de Henrik Ibsen. La tarde vuela. Hasta que Laetitia dice que debe reunirse con su padre para continuar trabajando en los bocetos del jardín. Raymond se

instaló en un pequeño cuarto de la planta alta que convirtió en estudio. Laetitia se va, pero su perfume queda en el aire: una mezcla de ámbar y almizcle. También flotan en el living algunas de sus preferencias literarias y filosóficas: Katherine Mansfield, T. S. Eliot, Ludwig Wittgenstein, Gottfried Leibniz.

Esa noche Borges cena solo porque Victoria, Silvina y Bioy Casares fueron al cine y después, a una cantina del Puerto. Prefiere quedarse escribiendo en su cuarto. Pero la imagen de Laetitia va y viene por su cabeza. Al fin abandona el cuaderno de notas, se acuesta, lee hasta que se duerme y sueña con Laetitia y Virginia Woolf.

A la mañana siguiente reaparece el sol. Borges desayuna y sale al parque de la casa. Laetitia está dibujando sentada en un banco de madera a la sombra de un plátano robusto. A una veintena de metros Raymond toma medidas del suelo y hace anotaciones en una libreta. Borges levanta el brazo y saluda moviendo la mano. Laetitia le hace señas para que se acerque. Borges va y se sienta en el banco. Laetitia le pregunta si quiere ver los diseños que prepara y Borges acepta encantado. Laetitia le muestra varios bocetos y dibujos mientras explica:

—El jardín será una imagen simbólica del universo.
Borges queda estupefacto.

Laetitia continúa:

—En realidad, será la imagen simbólica de una biblioteca.

Borges, tartamudeando, le pregunta:

—¿Una... una biblioteca?

—Sí.

—¿Qué forma tendrá el jardín, es decir, la biblioteca?

Laetitia le muestra otro dibujo: es un ∞ alargado.

—Será un símbolo del infinito y, al mismo tiempo, un símbolo del laberinto.

—Ah, ¿será un laberinto de símbolos?

Laetitia sonríe, misteriosa.

—¡Exacto! El jardín tendrá símbolos evidentes para ocultar otro laberinto.

—¿Otro laberinto? ¿Cuál?

—El laberinto invisible del tiempo.

Borges observa con detenimiento el dibujo. ¿Un minuto, dos? Y pregunta:

—¿Cómo imaginás la biblioteca?

Laetitia busca uno de sus bocetos y se lo muestra: es colorido y semejante a un mandala, o bien a dos mandorlas bizantinas unidas por los extremos. Explica:

—Cada flor y cada planta tendrán su propio lenguaje de formas y colores. Un lenguaje que jamás será el mismo porque se transformará con cada hora de cada día. Cada pétalo y cada hoja serán una página, y cada flor y cada árbol serán un libro.

—Entonces... entonces la biblioteca tal vez sea infinita, ¿no?

—Bueno, sí, pero no al principio. Será infinita con el paso del tiempo, porque será un único libro que contendrá todos los libros posibles.

Borges, conmovido, vuelve a mirar el boceto.

¿El perfume que llena sus sentidos es de las hortensias o de la piel de Laetitia?

Raymond hace una pregunta en voz alta desde lejos. Se rompe el hechizo.

Laetitia enrolla los dibujos, y dice que más tarde le gustaría seguir conversando sobre el jardín y el tiempo. Se levanta y se va.

Borges se queda en el banco, observándola.

Cada tanto Laetitia lo mira con curiosidad. ¿Qué estará pensando?, se pregunta Borges. De pronto, bajo la luz del sol, Laetitia le parece evanescente como un espejismo. Pero el pelo negro se agita al compás de la brisa, el vestido verde baila pegado al cuerpo y la falda se mueve como un suspiro.

De los días que cuento hay varias imágenes: Borges está con un short de baño oscuro y una camisa rayada de manga corta en el balneario San Jorge, de Punta Mogotes, rodeado por los médanos. O está de pie, con saco blanco, pantalón y camisa al tono, el pelo negro, tupido y corto peinado hacia atrás, apoyado en una baranda de las escalinatas de la casa de Victoria. También lo vemos una tarde paseando sonriente por la costanera con Victoria, Bioy Casares y Silvina, de traje claro cruzado, camisa blanca y corbata. Pero esas imágenes mundanas son un disfraz, una máscara: Borges se desplaza por Mar del Plata como un nómada. ¿Tal vez igual que el joven Marco Polo creado por Ítalo Calvino en *Las ciudades*

invisibles? Los lugares que recorre son una fuente de signos y más signos que quiere descifrar y narrar. Deambula como un viajero, jamás como un turista. Es el viajero que se asombra, no el turista que se distrae. El turista es dócil pasajero de la fugacidad y se deleita con las luces de las apariencias. Borges se sumerge en espacios (¿y en tiempos?) solo aparentemente conocidos, pero que en realidad para él son opacos y le resultan extraños, y para poder relatarlos les confiere significados nuevos, imprevisibles. El alquimista Borges descubre señales, formas y experiencias que transmuta en una materia distinta: palabras, cuentos, poemas. Para Borges toda la ciudad es una metáfora. O mejor: una metonimia. Dentro de las fronteras del balneario está inmerso todo el vasto mundo. Borges disuelve la ciudad real para construirla como una ficción. Transmuta el objeto en símbolo.

Borges vuelve a la casa luego de dar un paseo por la costa. Descubre a Laetitia recostada en uno de los bancos del parque a la sombra de un pino. Es el atardecer. Hace calor. Se queda quieto, mirándola, mientras Laetitia lee totalmente abstraída. Está sumergida en algún mundo distante, pero, ¿en cuál?, se pregunta Borges. Se acerca despacio. Recién cuando está a pocos pasos del banco la saluda. Laetitia se sorprende, pero sonrío y se sienta. Borges le pregunta cuál es el libro que la tiene cautivada. Laetitia se lo muestra: *Teodicea*, de Leibniz.

—¿Leibniz, a esta hora? —bromea Borges.

Laetitia se encoge de hombros y dice:

—Estoy atrapada por la idea de los mundos posibles de Leibniz.

Borges la conoce gracias al *Diccionario de la Filosofía* de Fritz Mauthner.

—Es una idea seductora, ¿no? —dice—. Imaginar que Dios creó este mundo y descartó otros mundos que tal vez existen en algún lugar del tiempo y el espacio.

—Es una idea inspiradora. Me permite imaginar que mi vida es una opción más entre tantas otras.

—¿Como si vivieras infinitas veces en infinitos mundos distintos?

—¡Sí! ¿No es una idea maravillosa?

—Bueno, sí, aunque me parece una idea consoladora para quienes sufren por la brevedad de la vida y la muerte inexorable. Yo, que veces me siento desdichado, creo que la vida es un largo insomnio y la muerte es un sueño interminable y perfecto. ¿Por qué debería entusiasarme la idea de multiplicar mis infinitas desdichas en infinitos tiempos y mundos?

Laetitia frunce el ceño, respira hondo, suspira, y se lanza a hablar mientras mueve las manos como mariposas. Borges sigue ese vuelo embrujado mientras la escucha:

—No creo que las ideas de Leibniz sean un consuelo. Tampoco que la existencia de infinitos mundos nos lleve a multiplicar nuestras angustias. Leibniz creía que nunca sabremos por qué Dios creó nuestro mundo, pero supone que existen otros mundos, también imaginados

por Dios, donde vivimos otras vidas de infinitos modos distintos. En algunos mundos somos felices y en otros, desgraciados. En algunos nos enamoramos y en otros, estamos desolados. En Leibniz hay fascinación por lo infinito, no consuelo por lo fugaz.

—Las ideas de Leibniz son asombrosas. Tal vez por eso se enlazan con el género fantástico. La ciencia y la literatura se parecen en que ambas revelan y ocultan algo al mismo tiempo, ¿no? Nos muestran una realidad nueva y distinta que parece surgida de los sueños, nos transportan más allá del mundo cotidiano, pero también nos ayudan a saber que siempre queda un misterio inescrutable. El tiempo mismo es un misterio.

Laetitia sonríe misteriosamente.

—El tiempo... el tiempo... La idea de que hay otros mundos posibles, aunque solo existan durante los sueños, nos permite imaginar otras vidas en otros tiempos. Hasta que convertimos los sueños en realidad y descubrimos que la imaginación es un poder creador. Por eso a veces nos preguntamos: ¿solo soñamos, o eran revelaciones? Porque, donde no había nada, de pronto hay algo. Leibniz insinúa que, si soñamos con una vida diferente, es porque hay un mundo donde esa vida es posible, es real. En otro espacio y en otro tiempo, pero tan real como la vida que vivimos acá y ahora. ¡Una fascinación!

Borges sonríe magnetizado por el rumbo de la charla. Y dice:

—¿Así funcionará el jardín que están diseñando?

—¡Sí, exacto!

—¿Ya terminaste los bocetos?

—Los dibujos y planos generales están listos. Ahora mi padre está terminando los últimos cálculos para definir la medida exacta que tendrá cada parte del jardín, las variedades de flores y plantas que deben sembrarse, las especies que mejor se adaptan al clima de Mar del Plata. Es un trabajo riguroso.

—¿Dónde estará el símbolo del infinito?

Laetitia se levanta, lo toma del brazo con delicadeza y lo guía. Caminan algunos pasos hasta ubicarse frente a las escalinatas de la casa. Laetitia señala una pequeña vara de madera pintada de blanco que está clavada en la tierra. Borges nota que hay más varas distribuidas por el terreno.

—Aquí estará el extremo sur del símbolo. Quedará enmarcado en un rectángulo de ciento veinte metros de largo por sesenta metros de ancho. El símbolo será un sendero de piedra blanca molida. Tendrá dos óvalos de ciento cuarenta y cuatro metros de largo cada uno y tres metros de ancho. El recorrido total del símbolo serán doscientos noventa metros.

Borges mira el terreno en perspectiva, nota que hay una leve caída de sur a norte, y que a unos cincuenta o sesenta metros hay un enorme pino.

—¿Van a talar el pino para construir el jardín?

—No hace falta. Está justo al costado del lugar donde los óvalos se conectan.

Borges se larga a caminar despacio siguiendo la línea de varas. Laetitia lo acompaña.

—Estuve pensando en tu idea del jardín como imagen del universo y el tiempo...

Laetitia espera que Borges termine lo que quiere decir.

—... Aristóteles creía que el tiempo, en realidad, no existía, sino que era una relación del movimiento con las cosas. Una idea que Platón aborrecía porque pensaba que el tiempo era una realidad absoluta, igual que Newton y Schopenhauer.

Laetitia se detuvo y preguntó:

—¿Vos qué pensás del tiempo?

—Me atrae la idea de un tiempo absoluto, sí, pero también me incomoda. Es difícil concebir algo que siempre haya existido y que jamás dejará de existir.

—El sacerdote y físico Georges Lemaître asegura que el universo y el tiempo no existen desde siempre, sino que alguna vez deben haber estado concentrados en un espacio más pequeño que la punta de una aguja. Lo llama *Huevo cósmico*.

—Existe un mito en China: al principio era el caos, y del caos surgió un huevo que en su interior albergaba el Ying y el Yang, las energías que forman todo el universo.

—Muchas veces la religión y la mitología son espejos de la ciencia.

—Pero la idea de Lemaître es un modo científico de justificar la existencia de un creador, ¿no? Al fin y al cabo es un sacerdote.

—No lo creo. Sus ideas fueron aceptadas por los físi-

cos más importantes del mundo. No pasa lo mismo con otras ideas sobre el universo y el tiempo.

—Sospecho que te referís al tiempo circular.

—Sí.

—Es una idea que me gusta, aunque la considero caprichosa y artificial.

Vuelven a caminar. Laetitia pregunta:

—¿Por qué?

—La posibilidad de que el tiempo sea circular es arcana, pero también es desalentadora porque niega el libre albedrío. Nos hace sospechar que, hagamos lo que hagamos, nuestras acciones ya están prefijadas en un libro que no podemos reescribir ni borrar. Además, es moralmente deleznable porque nos permite exculparnos por nuestros errores y atrocidades.

—Es mejor la idea de san Agustín: que el tiempo es subjetivo. Nos permite imaginar que somos los verdaderos artífices de nuestra vida. Aunque creo más en el tiempo de Leibniz: es una sucesión infinita. Una flecha lanzada al corazón de la eternidad.

—Ah, y eso nos lleva a creer en la idea de los mundos múltiples, ¿no?

—Exacto.

—¿Y también podríamos creer que luego de un comienzo único e irrepetible la línea del tiempo puede multiplicarse en una serie infinita de tiempos y espacios donde existen infinitos mundos?

—Sí. Los mundos posibles de Leibniz sugieren esa opción.

Borges se detiene. Mira al cielo y luego a Laetitia.

—No lo sé, Laetitia. Creo que soy el único Borges que existe en este mundo y en este tiempo que me toca vivir. Todo lo demás es una ilusión.

Laetitia se acerca a Borges hasta que su respiración le roza la cara, los ojos de coral ya están a punto de hipnotizarlo, y entonces le dice susurrando:

—La ilusión es creer que solo existen el mundo y el tiempo que nos rodean.

Borges no respira.

Laetitia gira y señala el punto donde convergerán los dos óvalos del símbolo.

—Ahí está la bifurcación. Podemos elegir hacia dónde ir: ¿derecha o izquierda?

Borges vuelve a respirar. Sonríe. Duda.

—¿Hay diferencias, Laetitia?

Laetitia también sonríe.

—No.

—¿No?

—El jardín será una imagen del tiempo y el espacio. Como ya te dije, será la imagen de una biblioteca ilimitada. Una vez adentro, solo queda recorrerlo, es decir, leerlo. Ya no habrá marcha atrás.

—Sí, un laberinto de símbolos que deben ser descifrados.

—Podemos elegir el lugar y el momento para entrar al laberinto, pero una vez adentro solo nos quedará avanzar según el rumbo elegido. ¡Será puro azar! Como es la vida.

—¿Azar?

—Sí, azar.

—El azar es el juego secreto de un dios que nos oculta sus reglas y designios, y que misteriosamente organiza nuestra vida y nuestra muerte. Decimos azar cuando deberíamos decir ignorancia de la causalidad. ¿Cuál es tu idea del azar?

—En el jardín, el azar no significa ignorancia, sino sabiduría. La sabiduría de comprender que cualquiera sea nuestra elección jamás podremos recorrer el mismo camino ni desandar nuestros pasos. El azar es una ley inexorable de la vida: en este mundo jamás volveremos a nacer y moriremos una sola vez. Pero nos quedan los mundos posibles, ¿no?

Borges se queda mirándola mientras piensa en Heráclito, en el devenir del tiempo y el espacio. ¿Y si realmente existiera un mundo donde hubiera otro Borges?, se pregunta. Los ojos verdes de Laetitia están anclados en el más allá.

A la noche, en su cuarto, Borges escribe el título de un relato que lo desvela desde hace días: «El jardín de senderos que se bifurcan». Es una parábola sobre el tiempo. Y también es la historia de un enigma.

A la mañana siguiente Bioy Casares y Silvina regresan imprevistamente a Buenos Aires para resolver asuntos urgentes de su casamiento. Borges los despide en la vereda mientras el automóvil arranca y parte por la calle de tierra. Al rato cae una llovizna lánguida. Borges se queda leyendo en el living de la casa. Vic-

toria se fue a pasar el día a la estancia de unos amigos y volverá para la cena o quizás más tarde. Nunca se sabe. De pronto, Borges escucha un violín. ¿Es Laetitia?, se pregunta. Sí, es Laetitia. Jamás la había escuchado tocar. Apoya las manos con el libro abierto sobre sus piernas y cierra los ojos. La dulce *Meditación* de Thäis lo embriaga. Un sopor brujo que lo hace soñar despierto: puede ver la mano izquierda de Laetitia sosteniendo el violín contra la cavidad del cuello y el hombro mientras la otra mano mueve el arco con delicadeza para frotar las cuerdas, tiene los ojos cerrados, el entrecejo arrugado por la concentración, los labios húmedos, el pelo recogido en la nuca con una cinta blanca, mueve el cuerpo al ritmo sensual de la melodía. Así, hasta que Laetitia deja de tocar. Borges respira hondo. Espera por otra melodía. En vano. Abre los ojos. ¿Cuánto tiempo duró el hechizo?, se pregunta. Mira su reloj. Se sorprende. Piensa en san Agustín y en Heráclito: imagina que el tiempo es un río que lo arrastra, pero él mismo es el río, y el tiempo es un tigre que lo devora, pero él mismo es el tigre.

Lo sobresalta el ruido de unos pasos que bajan por la escalera.

El libro se le cae al piso.

Se agacha para recogerlo justo cuando Laetitia entra al living.

Así durante diez días:

Laetitia dibuja sentada en un banco del parque.

El perfume con ráfagas de ámbar y almizcle de Laetitia.

Las charlas sobre el tiempo y el infinito con Laetitia.

Laetitia se recuesta en uno de los bancos del parque y lee *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust o *Jezabel* de su amiga Irène Némirovsky.

Laetitia camina descalza por la orilla de la playa.

El sonido etéreo del violín de Laetitia llena el aire de la casa al atardecer.

La voz rasgada de Laetitia envuelta por la penumbra azul del crepúsculo.

Laetitia, Laetitia, Laetitia.

Es viernes a la mañana.

Laetitia se entera por telégrafo que Virginia Woolf intentó suicidarse. La escritora Vita Sackville-West, amiga íntima de Virginia Woolf y también de Laetitia, le cuenta que intentó envenenarse luego de varias semanas de depresión y tristeza. Piensan llevarla a Nueva York en tres o cuatro días para alejarla del tumor de la guerra.

El sábado a la tarde decenas de golondrinas vuelan en bandadas rumbo al oeste. Laetitia las mira irse por el cielo cubierto de nubes grises y le dice a Borges que Virginia Woolf escribió una escena idéntica para su última

novela, *Entre actos*, que aún no fue publicada. Virginia Woolf le narró la escena en una larga carta que le envió cinco meses atrás a París.

—La novela trata de cómo el arte transforma la vida, de la ambigüedad sexual, pero más que otra cosa habla del modo en que el tiempo y la vida fluyen llevándonos de la juventud a la vejez, de la vida a la muerte, del recuerdo al olvido.

Borges la escucha y la observa en silencio. Le tiemblan el pulso y los labios.

Laetitia lagrimea.

El lunes Victoria le pide a Borges que almuerce con ella y otros escritores en una confitería de la Playa de los Ingleses. Borges acepta, aunque la idea no lo entusiasma. Antes de irse deambula calladamente por el parque, se queda fumando apoyado en una baranda de la galería exterior de la casa. Durante el almuerzo apenas come y habla muy poco. Mira el mar, que rompe contra las rocas. La sobremesa se prolonga con la llegada del servicio de té y café. Borges fuma, callado.

Recién a media tarde Borges y Victoria regresan a la casa. Raymond y Laetitia no están. Borges le pregunta a una de las empleadas de Victoria si sabe dónde fueron. La mujer le contesta que a la estación de trenes porque Laetitia debía viajar. ¿Viajar adónde?, pregunta Borges consternado. Victoria le explica que Laetitia se va a Nueva York para encontrarse con Virginia Woolf y

Vita Sackville-West. Borges la escucha desconcertado, y de pronto siente que algo se desgarró en su corazón. Cierra los ojos y ve mil imágenes de modo simultáneo, como en una película, y en todas está Laetitia. Trata de decir algo, pero tartamudea. Borges, que jamás aprendió a manejar, le pide a Victoria que lo lleve a la estación. Victoria sonríe y va en busca del automóvil. En pocos minutos están en camino. Borges le pide que acelere y Victoria aprieta el pedal. Cuando cruzan una gruesa zanja de la calle, una rueda se queda atascada. Victoria acelera y acelera, pero el motor ruge en falso y no avanza. Borges baja y trata de empujarlo, pero no hay caso, y de golpe siente la boca reseca, le palpitan las sienes, los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia y la desazón. Victoria mira su reloj y le advierte que debe seguir a pie si quiere llegar a tiempo. Borges también mira su reloj, resopla y se lanza a correr. No son más de seis o siete cuadras y va cuesta abajo, aunque siente las piernas como piedras, la sangre explota en sus venas y los pulmones parecen reventar; pero no desfallece porque, de pronto, puede ver el enorme edificio de la estación y dobla por una esquina, va trotando porque le falta el aire, hasta que al fin ve los andenes y las dos altas torres de la estación, y en una torre distingue las malditas agujas del reloj moviéndose como cuchillas. Cuando al fin entra a la estación, tropieza con un hombre, trastabilla, pide disculpas, sigue, busca el andén con desesperación, y entonces descubre que el tren se aleja rugiendo, pitando y lanzando bocanadas de humo negro que se dispersan

en el aire como una bandada de golondrinas que escapan de una calamidad. Borges frena, camina arrastrando los pies, con la mirada todavía perdida en la nube de golondrinas, hasta que distingue la figura de Raymond entre la gente que abandona el andén. Borges se acerca. Raymond se sorprende al verlo, pero enseguida sonríe como si hubiera resuelto un enigma, y estira la mano para darle un libro.

—Es para usted. Laetitia me pidió que se lo diera.

Borges lo mira: es *Teodicea*, de Leibniz. Lo abre. Tiene una breve dedicatoria: «Querido Jorge Luis: en otro mundo y en otro tiempo. Laetitia».

Borges escribe febrilmente los pocos días que le faltan para regresar a Buenos Aires. Termina *El jardín de senderos que se bifurcan* y comienza otro cuento más, *La biblioteca de Babel*.

Mientras escribe piensa: Laetitia, Laetitia, Laetitia. En otro mundo y en otro tiempo.

¿Por qué no?, se pregunta.

No es un consuelo, se dice.

Es fascinación.

SPEAK IDISH

Marcelo Birmajer

(Carlos Casares)

I

—¿Y por qué lees vos a Goy Casares? —me preguntó la voz cascada, una extraña mezcla de energía juvenil y Matusalén, celeridad idish y templanza hebrea. Mientras escuchaba su larga alocución, de la que apenas entendía un treinta por ciento, me preguntaba si esa voz aguardentosa respondía al alcoholismo, la edad, un defecto en la comunicación o la mera impostación. También trataba de adivinar cómo había conseguido mi número de celular. Me hablaba desde la localidad de Carlos Casares, y se presentaba como el único actor que había interpretado a Shakespeare en idish. Era él fundador de la compañía Idishakespeare. Todos los demás integrantes fundadores habían muerto: Rosita Frund, en la Shoá. Yeshel Mortz, en el pogrom de Vilna. Lazlo Birtz, en la Semana Trágica, en Buenos Aires. Y Pepa de Murcia, su amante, en la misma localidad

de Carlos Casares, con un niño en el vientre, durante la peste y hambruna que se desató cuando llegaron los primeros colonos judíos en los albores del siglo XX, y no los vinieron a buscar, como les pasó a los colonos judíos de Moises Ville en la localidad de Palacios, que llegaron a la Argentina en el vapor Wesser a fines del 1800. Hablaba muy rápido y de muchas cosas distintas. En una de las pocas pausas que se, y me, permitió, logré colar un bocadillo y le pregunté si la localidad de Carlos Casares tenía algo que ver con Bioy Casares, y simplemente me respondió el diálogo con el que abro este relato. Y agregó:

—Llegó la hora de que te traduzcan al idish, por eso te llamo.

—Claro —acepté—. ¿Quién me va a traducir?

—Sé que te tradujeron al hebreo —respondió, sin contestar mi pregunta—. ¿Por qué no al idish?

—Ya le dije que sí —insistí—. ¿Pero usted es editor o traductor?

—Yo soy el que soy —se rio—. Te tradujeron al estonio, al japonés, al inglés. ¿Por qué no al idish? El hebreo es la lengua de los israelíes. El idish sigue siendo la lengua de los judíos.

—No lo creo —dije.

—¿No querés que te traduzcan al idish?

—Claro que sí —me escuché elevar la voz—. Pero el hebreo es la lengua de los judíos.

Se hizo un silencio. Solo se escuchaba la estática del celular abierto.

—Mi nombre es Itzik Gimpel. Yo te voy a traducir al idish. ¿Cuándo venís?

—Salgo ya mismo para allá —dije.

—Te espero —confirmó. Y cortó.

Me había llamado desde un número privado. No me había dejado ninguna referencia. Por algún motivo, eso no me alteró. Suponía que me bastaría con mencionar su nombre y alguien me daría razón. Lo que sí me había quedado picando, como el zumbido de la mosca en el oído del emperador Tito, era el nombre de su amante muerta: Pepa de Murcia.

La ruta a Carlos Casares era apacible; por momentos, a lo lejos, detrás de un desierto verde, más allá del grito de los teros, se veían grandes extensiones plateadas, que no se sabía si eran mojones de agua, o espejismos, como los llamaba mi abuela sefardí: *fata morgana*. Una vez más sentí el efluvio de la sensualidad del campo: la posibilidad de que en esa lontananza, en esa soledad áspera y crujiente, apareciera de la nada una campesina, vestida de seda y cuero, y me pidiera si no la podía acercar al bañado, o a la huerta, o al rodeo, al pastoril, al ganado, a la hortaliza. Cada una de las palabras y la aparición de la campesina me soliviantaban. La idea de que quizás en el campo no hicieran falta los rudimentos de la civilización entre hombre y mujer, que fuera vana esa técnica que yo desconocía llamada seducción, la remota posibilidad de una isla desierta sin agua alrededor, donde fuera posible la animalidad sin daño, la levedad sin reproches, la satisfacción sin costos. Un día

de campo. Aceleré. Pero a diferencia del auto de Julio Iglesias, que sigue en la carretera buscantoté, y al final del camino te encontraré, mi automóvil, al que aprendí a manejar a los cuarenta años, se resistía como un caballo sin domesticar, no por potrillo salvaje, sin por viejo y olvidado. Caballo te dan sabana, porque estás viejo y cansado, pero no se dan ni cuenta de que a un corazón amarrao, cuando le sueltan la cuerda, es caballo desbocado. Pero, lejos de desbocarse, mi automóvil roncaba. Y si una campesina hubiera aparecido en aquel mismo momento, a la vera del camino, con los pechos rompiéndole el fino traje de seda de Holanda y bucólica, tampoco hubiera pasado nada. Yo ya conocía la rueda del destino: era un hombre de 52 años, soltero, sin hijos. Las mujeres me evitaban como si representara una vejez lastimosa. La campesina me hubiera servido un vaso de leche fresca; y en cuanto hubiera intentado darle conversación, se habría ido con un verdadero ordeñador, o domador de caballos, o cazador de cuises. No con un ciudadano en busca de una salvajada, sin redaños siquiera para arreglar su propio auto. Gracias a Dios había una posada, a la que mi auto arribó como un camello disfuncional, incapacitado para sobrevivir al desierto. El único camello con jorobas inútiles. El motor emitió un estertor y se apagó, con la llave aún en posición de marcha.

—¿A cuánto estoy de Carlos Casares?

—52 kilómetros —me informó el dueño de la cantina El Paso.

—¿Tiene idea de cómo puedo llegar, desde acá?

El hombre me indicó que abriera el capó.

—Fundió el motor —sentenció. Como si fuera mi culpa.

—Es claro —respondí, como si fuera un personaje de Bioy.

—Acá no hay micro, ni remise, ni auto.

—¿Usted no tiene auto? —pregunté, no sabía si audaz u ociosamente.

—Tengo —replicó sin tonalidad—. Pero se lo llevé mi hijo a Casares.

—Debería llegar antes del anochecer a Casares —inventé—. ¿Se le ocurre cómo lo puedo lograr?

El hombre agitó la cabeza en un gesto que yo no distinguía si era una afirmación, una negación, o un nuevo tipo de comunicación entre humanos, que me había perdido. Hacía por lo menos diez días que no hablaba con nadie. Por ahí en ese lapso habían inventado algún tipo de alternativa al sí y el no.

—La Mencha lo puede llevar —dijo por fin—. Son mil quinientos pesos.

Evalué rápidamente las circunstancias. ¿Cuánto valía un viaje a Ezeiza desde el Once? ¿Cuántos kilómetros eran desde el Once a Ezeiza? ¿Debía regatear? ¿Qué es lo que esperaba el nativo de los alrededores de Casares cuando anunciaba su precio: la aceptación inmediata o el balanceo? No quería cometer errores culturales: después de todo, en cualquier caso debería dejarle el auto a su cuidado.

—¿Hay alguien que pueda venir a arreglarme el auto?

—El Automóvil Club —respondió, no sé si irónicamente.

—No soy socio —acoté, tampoco sé con qué tono.

—Hay un veterinario, el doctor Shijman, que también sabe de mecánica. Pero los viernes por la tarde no trabaja. Hasta el lunes no creo que lo tengamos por acá.

—Pero hoy es jueves —interpuse.

—Ya sé —me atendió—. Pero ahora no tenemos cómo llamarlo. A no ser que lo mande a buscar con la Mencha. Pero si va a buscar a Shijman, no lo puede llevar a usted a Casares.

—Bueno —dije—. Que me lleve a Casares, y de ahí contrato un mecánico, y me vengo a buscar el auto. ¿Puede ser?

—Son 350 pesos por día.

—¿Qué cosa?

—Por dejar el auto acá.

Evidentemente, no eran propuestas de regateo. Pero de todos modos lo intenté.

—1500 pesos —sugerí.

El hombre me miró en silencio.

—Por todo el paquete —aclaré—. Me lleva Mencha, dejo el auto, y 1500 pesos todo.

—350 pesos por día el auto —escupió el posadero.

Mencha apareció montada en un matungo color cobre. Ella misma era una matunga fenomenal, sin edad pero repleta de atributos. Le palmeó la grupa al

caballo indicándome que subiera. Antes de obedecer, me pregunté si Mencha sería la hija, o la esposa, del posadero y, según el vínculo o parentesco, en qué lugar de la montura debía apropiarme: ¿detrás, o delante? En cualquier caso, ahora pensé que 1500 era un precio más que accesible. Quise subir en la parte de atrás de la montura, pero Mencha hizo un hábil movimiento de jinete y me obligó a sentarme delante de ella. El posadero le chistó a Mencha, y Mencha le respondió con un chistido semejante; dijo: «¡Ho, Ho!», y arrancamos. Era una mezcla de Papá Noel (por el Ho, Ho), Leguizamo, y Raffaella Carrá. A Raffaella Carrá, un profesor de mi club de infancia la había definido como: «el cuadro sinóptico de una mujer sin edad». Los pechos de Mencha se clavaron en una parte de mi espalda que yo desconocía. El caballo nos bamboleaba, porque la vida yo no la he aprendido a vivir de ninguna manera, y recordaba aquella definición de Raffaella Carrá, y trataba, no obstante, insolente y pusilánime, de deducir los años de Mencha, según sus pechos, sus pezones más precisamente, dibujándome su tiempo secreto en la espalda, Soy Raffaella Carrá, ciudadano, aquí he venido a cumplir finalmente no tu fantasía, ya que vives en la fantasía casta y masturbatoria, sino tu única porción de realidad: para hacer bien el amor hay que venir al Sur. Pero yo había nacido en el sur, en esta misma tierra, y no lo sabía hacer. Ni el amor ni nada que se le pareciera. Me habían dado para que tuviera: soledad, rechazo, desprecio. Quizás lo que Raffaella había descubierto era que

había que venir, no nacer, al Sur. Tarde piaste, ciudadano. Un tero se nos lanzó como un kamikaze. Mencha alzó un brazo, lo dejó acercarse, y lo derribó de un puñetazo. En el afán, sus pechos marcaron un círculo de nube y espuma en mis omóplatos, y los vellos de su vagina, apuñados, me cepillaron la cintura y sus abajos. Cerré los ojos y me dejé ir, en silencio pero arrasadoramente. Una catarata, una correntada, no recordaba nada parecido en toda mi vida. Mencha tiene que haber sentido algo. Todo mi cuerpo se estremeció. Ella permaneció impasible. Aunque sentí perfectamente como uno de sus dos pezones, solo uno, se erizaba contra mi espalda. Creo que el derecho. Pero nunca he sabido distinguir izquierda y derecha. En rigor, creo que son categorías caducas. Sin embargo, en la ruta es imprescindible necesario distinguir las: circule por la izquierda, circule por la derecha. ¿Cuál era el pezón de Mencha? Ahora que yo, involuntariamente, me había desahogado, me importaba un poco menos. Si llegábamos a sufrir un accidente de tránsito por culpa de no saber cuál era la izquierda y cuál la derecha, luego de mi cabalgata con Mencha, daba mi muerte por buena. Mencha detuvo el caballo, me invitó a bajar, y bajó ella. Tuve la ilusión de que quisiera invitarme a continuar lo iniciado, y el temor de que, en mi caso, el comienzo hubiera sido también el final. Pero Mencha simplemente buscó lo que parecía un montículo con un agujero en la tierra, metió el dedo, y sacó un peludo con su falange insertada en el orificio del animal, con su caparazón veloso.

Siempre en silencio, acumuló pajas y ramas, armó una suerte de pirámide con las ramas, alrededor de una horqueta de paja, produjo una caja de fósforos del escote de su túnica pastoril, y encendió el fuego. Con una rama larga insertada en el peludo, lo dio vueltas hasta que lo consideró cocido. Le partió el caparazón con una piedra del tamaño de una mano, partió en dos la vitualla, y me dio una mitad y se comió la otra, rebañando directamente con los dientes del caparazón caliente. La imité. Exquisito. Sentí deseos de besarla: el cuerpo, los pechos, abrazarla. Pero era todo tan silencioso y perfecto que tuve miedo de arruinarlo con mis modales de galán. «Déjala que ella es del campo, ella sabe», me susurró Pepe Grillo. A quien, a diferencia de Pinocho, nunca pude matar; no sé si por culpa o ineficacia. Pero cuánta razón tenía: cuando reemprendimos el camino hacia Casares, que ahora un cartel verde situaba a 25 kilómetros, Mencha me hizo subir detrás de ella, y todo volvió a comenzar. Mi aliento caliente en su nuca. El prodigio se repitió, aunque mucho menos copiosamente. Mencha no dijo ni una palabra.

II

Al llegar a Casares, me recibió la guía del Museo y quiso llevarme al cementerio judío. Pero me vi obligado a indicarle:

—Lamentablemente, primero tengo que pasar sí o sí por un hotel. De todos modos —agregué—. No se preocupe: tarde o temprano deberé llegar al cementerio.

Casares se parecía a tantas otras ciudades a las que habían llegado los judíos —en Santa Fe o en Entre Ríos: Moises Ville, Basalvibaso—; pero ahora eran, sobre todo y específicamente, similares en esa circunstancia, las ciudades por las que los judíos habían pasado, y de las que se habían ido: limpias, con su teatro, su restaurante, su cantina, su escuela, su sinagoga, y desiertas. Desiertas como el desierto por el que los judíos habían transitado en círculos durante 40 años, como me habían circunvalado la espalda los pechos de Mencha, y luego yo había recorrido, sin moverme del caballo, las nalgas de Mencha también, 40 años de mi vida más 25 kilómetros, en total, 52 en soledad, en el desierto, como una ciudad abandonada.

En el hotel me bañé, me cambié, y me dijeron que abajo me esperaba la guía para llevarme al cementerio.

—Tengo tiempo para llegar al cementerio —insistí—. Voy a salir a dar una vuelta por el pueblo.

Cuando bajé, la guía ya no estaba, y le pregunté al conserje:

—¿Conoce a un señor llamado Itizik Gempel?

El hombre meditó un segundo, e hizo un gesto extraño con la cabeza; no era similar al del dueño de la posada, pero tampoco quería decir que sí ni que no. Definitivamente no era un sí. Evidentemente, la raza humana había arribado a un nuevo código durante

mis últimos tiempos de eremita, y ningún intérprete se apiadaría gratuitamente de mí. ¿Dónde se había ido Mencha? Habíamos atravesado juntos el cartel que decía Carlos Casares en letras de relieve, y luego me había hecho desmontar en la plaza, frente al hotel, donde me había venido a buscar, no sé cómo ni por qué, la guía del Museo... Lo último que vi de Mencha fue que apalancaba el caballo, amarrado a un árbol de la plaza. Cuando salí del hotel, no estaban ella ni el caballo. Caballo te dan sabana, y Mencha no quiere hablarte, porque no estás preparado para vivir sin palabras, porque sos un ciudadano y no aprendiste a domarla. Ni a ella ni a las palabras.

Antes de llegar al restaurante, de casualidad, caminando, descubrí que tenía hambre. Me senté y pregunté qué había. Filet de merluza y canelones. «¿Parrilla?», consulté. Sobrevino la mueca indefinida. Me ha pasado muchas veces, en los pueblos del Gran Buenos Aires, que para llegar debo atravesar toneladas de vacas vivas, terneros y terneras; pero cuando llego al restaurante no sirven carne vacuna a la parrilla. No practican la parrilla. ¿Cómo puede ser? Y eso no tiene nada que ver con los judíos, porque me ha tocado padecer esta veda en decenas de ciudades del campo. En todo caso, podría ser debido al paso de una comunidad hindú. Eso sí explicaría perfectamente la inexistencia de parrillas de nota en la ciudad. Pero por Casares —por ninguna de las otras localidades por las que yo había pasado— no habían pasado los hindúes. Los discípulos

de Mahatma Gandhi no habían venido a establecerse a la Argentina, ni a fines del siglo XIX ni en ningún otro momento. Sí podría decir que en Tres Arroyos se habían establecido los holandeses, y estaban perfectamente. Con sus pieles blancas, sus ojos celestes, su andar garboso, altos, esbeltos, completamente vivos y presentes. De hecho, habían recibido personalmente a la reina de Holanda, la argentina Máxima, otro cuadro sinóptico de una mujer sin edad, tan bella y vital, a la cual en alguna ocasión, sin ninguna relación con Tres Arroyos, algún progresista desajustado había vilipendiado por ser hija de un funcionario de la dictadura. ¿Así que para repudiar a una dictadura se denostaba a una mujer cuyo pecado era tener la misma sangre que un funcionario? Los progresistas son especialmente eficaces en perseguir sutilmente: en pos de la tolerancia y la libertad, se juzga a una mujer no por sus actos, por su sangre. Creo que los nazis pensaban algo parecido. Y a propósito, los judíos habían desaparecido de las localidades campestres que ellos mismos habían fundado: Moises Ville, Basavilbaso, la misma Carlos Casares en la que, en ese instante, yo era el único judío, probablemente, en la zona urbana. Por una vez, como un rasgo de originalidad, no los habían matado: habían emigrado voluntariamente.

III

Cuando estaba por acometer el flancito de postre, asaltó mi celular un llamado insólito: en lugar de números, en la pantalla titilaban unas letras en idish.

—Itzik Gimpel al habla —me dijo cuando atendí.

—Estoy en el restaurante del pueblo —anuncié.

—Ya voy. Esperame sentado.

—Estoy sentado —confirmé.

—¿Qué decía Bashevis Singer? —me preguntó.

—Decía muchas cosas distintas...

—Pero de cuando venga el Mesías...

—No tengo idea.

—Cuando llegue el Mesías, todos los judíos muertos se levantarán y lo primero que preguntarán es si hay un periódico en idish para saber qué pasa.

—Creo recordar que dijo algo así.

—Tsu zeyn oder nisht tsu zeyn.

—¿Otra cita de Bashevis? —consulté—. Ya le dije que no hablo idish.

—Ser o no ser —dijo por toda respuesta Itzik Gimpel. Y cortó.

Me había arruinado el flan. Pedí la cuenta. Disfrutes o no el almuerzo, la cuenta te la traen igual. Estaba rebuscando en mis bolsillos cuando entró la guía del Museo.

—Qué suerte que te encuentro. ¿Vamos al cementerio?

—No todavía —pagué.

—Déjame que te muestre el pueblo.

—Tengo que esperar a Itzik Gimpel.

Su rostro cambió repentinamente. Me miró como si fuera un loco, o un asesino.

—No creo que venga.

—¿No cumple sus citas?

—Nunca.

—¿Usted lo conoce?

—El Olivier judío.

—¡Por fin alguien que lo conoce! —exclamé.

—Mejor perderlo que encontrarlo —apuntó la guía—. Vamos. Es inútil que lo espere. Lo llevo a conocer el pueblo y le voy contando.

Apenas atravesamos la puerta del restaurante, cuando me escuché preguntar:

—¿Y Mencha?

—Se quedó a descansar en Casares —me dijo la guía—. Alojada en tu mismo hotel.

Un ramalazo de deseo me atravesó el cuerpo, como si aún estuviera galopando con ella por delante y por detrás.

La guía me mostró la escuela judía vacía, la sinagoga vacía, el teatro que por lo menos se usaba, pero vacío. Fotos, documentos, ropas, libros sagrados. Restos inanimados de personas.

—¿Vamos al cementerio? —sugirió.

—Ya vimos suficiente muerte. Y fatalmente voy a llegar al cementerio. Primero prefiero descansar un rato en el hotel.

—Perfecto. Podemos ir caminando.

Emprendimos la breve odisea, y le pedí:

—Cuénteme de Itzik.

—El gran actor de Shakespeare en idish. Primero la compañía se llamó Idishakespeare, en idish. Pero era de muy difícil pronunciación para los no idish parlantes. De modo que le pusieron Speake Idish, que también se podía pronunciar en inglés. Y en castellano zafa. Itzik lo vendía como la única compañía que hacía Shakespeare en idish. Alrededor de los años 30, se hicieron medianamente famosos: los venían a ver los judíos de las colonias, de las de aquí mismo, de Entre Ríos y Santa Fe. Un verdadero éxito. Los diarios idish se deshacían en elogios. Los invitaron a Buenos Aires, pero Itzik se negó. «Aquí estamos», desafió. Pero con la fama, llegaron los problemas. Varios autores, directores y actores, comenzaron a denunciar que el logo de venta de Itzik era falso: otras compañías habían interpretado a Shakespeare en idish; en Europa del Este, en Nueva York, hasta en el mandato británico en Palestina. Como todo ocurría dentro del contexto de la colonia Mauricio Hirsch, acá en Carlos Casares...

La guía se detuvo en la calle Moctezuma, encendió un cigarrillo y lo fumó meditativamente.

—¿Por qué esta calle se llama Moctezuma? —inquirí.

Soltó una bocanada de humo e hizo el gesto de ni negación ni afirmación.

Continuamos caminando hacia el hotel, y retomó la historia:

—... el Barón Hirsch envió a uno de sus hombres de confianza, residente en Buenos Aires capital, para averiguar qué pasaba con la compañía Speake Idish y sus falsos aires inaugurales. Llegó a Casares, al teatro que hoy te mostré, una de las primeras construcciones de los colonos judíos, en el preciso instante en que Itzik y su *troupe* estaban a punto de estrenar, por primera vez en el mundo, según su eslogan, *El mercader de Venecia* en idish. El enviado de Hirsch prefirió esperar a que terminara la función. Cuando Shylock es finalmente sentenciado, desposeído, humillado, le roban hasta la hija... y el público aplaudió con precaución, el enviado de Hirsch se deslizó por entre los asistentes, sigilosamente, hasta el camarín de Itzik y le espetó, no uno, sino dos reclamos. Por una parte, no podía seguir promocionándose como el primer actor de Shakespeare en idish; por otro, la obra que acababa de contemplar, tan bien interpretada y traducida, era un panfleto antisemita. Ninguna de las dos circunstancias eran compatibles con los altos valores que el Barón Hirsch había imaginado para su pequeña Jerusalem en Argentina.

Itzik lo miró como si el enviado de Hirsch fuera el mismísimo Dux de Venecia, y él, Itzik Gimpel, Shylock, y la obra siguiera su curso, interminablemente, hasta que alguien matara al protagonista, ya que en la obra apenas si le quitan todas sus pertenencias, lo humillan y le arrebatan su única familia.

—Muy señor mío —dijo Itzik Gimpel—. Hemos venido de la noche de los tiempos, llegado a una tierra

nueva, atravesado las tragedias y los desiertos, ¿y usted pretende decirme qué texto puedo interpretar y, peor aún, quién soy? ¡Yo soy el que soy! Seguiremos interpretando *El mercader de Venecia* en idish, y somos los primeros. Es más: los únicos.

El hotel se divisaba a la distancia, y la guía prendió su segundo cigarrillo. La historia de Itzik Gimpel continuó así:

—El enviado del Barón viajó personalmente a Bruselas para informarlo.

La decisión que regresó a las Colonias fue que la compañía tenía prohibido interpretar Shakespeare en su totalidad, fuera *El mercader* o ninguna otra obra. Itzik se declaró en rebeldía y comenzaron a recorrer las colonias judías del país interpretando clandestinamente a Shakespeare. Las funciones eran en graneros, casas privadas, cementerios...

La guía hizo un silencio significativo, y prosiguió:

—Y muy especialmente lupanares. Sí, Shakespeare en lupanares. Funciones especialmente arregladas con la Zwi Migdal: los dos proscriptos más exitosos de la comunidad. La Migdal extendía sus tentáculos por las colonias lubricadas por la compañía fantasma de Itzik. Pasaron a llamarse nuevamente Idishakespeare; total, nadie podía hablar abiertamente de ellos. Pero la mujer de Itzik ya no quiso saber nada. No quería esa vida de saltimbanqui. Vivir a salto de mata, esconderse de los funcionarios de la Jewish Colonization Association, en ocasiones huir también de la policía, por culpa de

la Migdal. Basta. Pero Itzik le dijo que no se rendiría. Continuaría interpretando Shakespeare en idish hasta el último día de su vida:

—Tsu zeyn oder nisht tsu zeyn.

—¡Usted sabe idish! —exclamé sorprendido.

—Me la enseñó Itzik —dijo con un gesto pícaro.

—¿Pero cuántos años tiene?

—Una eternidad. El asunto es que Pepa de Murcia pidió el divorcio. No estaban casados legalmente en Argentina, pero sí por rabino. Ella quería el *get*, y él no se lo quería dar.

—¿Pepa de Murcia era la esposa?

—Ajá.

—¿Pepa de Murcia? —insistí. Repentinamente recordé que Itzik me la había mencionado como amante y muerta antes de lo que la guía me contaba.

—Sí —confirmó la guía—. Una familia sefaradí, descendiente de generaciones y generaciones de mizrahíes, desde la noche de Egipto hasta el siglo de oro en España, y luego el exilio, nuevamente, en Marruecos. Los Mohab, como se apellidaba Pepa de Murcia, escondidos bajo el apellido Murcia, lograron evadir la Inquisición y mantenerse judíos hasta la misma generación de Pepa. Y entonces...

La guía hizo un silencio, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y entonces? —la incité.

—Y entonces, mil o más años de tesón se fueron por la alcantarilla:

Pepa de Murcia, para huir de Itzik, que no la soltaba... Pepa de Murcia... se convirtió al cristianismo.

—¡No! —grité.

—Sí —musitó la guía.

Hicimos un silencio.

—Itzik no solo no la perdonó: según los rumores, la asesinó. Y desde entonces, solo interpretó Hamlet. Únicamente Hamlet; y utilizando el cráneo de su ex esposa muerta. El resto del cuerpo está enterrado en el cementerio cristiano. Pero la calavera quedó en poder de Itzik. De todos modos, hay una tumba para esa calavera, solo para la calavera, aparentemente vacía, en el cementerio judío. Porque las amigas de Pepa decían que algo de ella siguió siempre siendo judía, incluso, o más que nunca, después de muerta. Si quiere, lo llevo al cementerio a ver esa tumba.

—No ahora —dije.

Y ya estábamos en el umbral del hotel. De modo que me despedí amablemente de la guía y de su recurrente cementerio. La verdad es que tenía la ilusión de cruzarme con Mencha. No quería preguntarle al conserje, por miedo a las habladurías de pueblo. De modo que me tiré en la cama y esperé a que el destino hablara. Y así lo hizo.

Golpearon dos veces la puerta.

—¡Mencha! —grité en silencio.

Pero cuándo abrí sin preguntar quién, era un muchacho espigado, de pelo rubio, ojos celestes, nariz respingada, modales de príncipe.

—Soy el chozno del Barón Hirsch —se presentó—. ¿Puedo pasar?

Dudé en responder, y finalmente dije:

—Mejor bajemos al barcito del lobby —y apelé a una frase de Bioy—: es aparente.

—No, no —porfió el chozno—. El mensaje que tengo para usted es del mayor secreto, de su mayor incumbencia y es imposible exagerar su importancia.

De todos modos, la circunstancia de aquel desconocido en mi habitación, y con aquel aspecto de petimetre elegante, la daba a todo el encuentro un aire de homosexualidad que yo prefería evitar.

—En el lobby es mejor —repetí.

—Insisto —se plantó.

Lo dejé pasar y tomó asiento en la única silla de la habitación. A mí me quedaba permanecer parado o sentarme en la cama. Contrito, me senté al borde de la cama.

—Hemos hablado con los demógrafos más relevantes, con historiadores de Israel y el mundo, con genealogistas y programadores. La conclusión es clara: o usted se queda a vivir y forma una familia judía en Carlos Casares, o los judíos desaparecerán de la Argentina.

—No entiendo —dije, ya olvidado de mi patética posición de sentado en la cama.

—No puedo ser más claro: mi venerable ancestro quería forjar una diáspora vibrante. Los judíos se han instalado en Israel, con el hebreo. El idish ya prácticamente no existe fuera de USA. Todos los datos conju-

gados y procesados confluyen en que usted es la última esperanza: si usted reniega de Carlos Casares, si usted también se marcha, el destino de los judíos argentinos está sellado. Desaparecerán antes del próximo siglo.

—¡Pero yo acabo de llegar!

—Y no se puede marchar —sentenció el chozno del Barón Hirsch.

—¿Y se puede saber cómo voy a conseguir esposa, cómo voy a casarme con una judía, en Carlos Casares, si no solo no conozco a nadie, sino que muy probablemente ni siquiera quedan judías en edad de merecer en este pueblo?

—Pues casi no se equivoca —se infatuó el chozno—. Pero los Hirsch, desde hace ya más de dos siglos, hemos pensado en todo respecto de nuestras colonias en Argentina. La señorita Mencha, la nieta de Pepa de Murcia, a quien oportunamente pusimos en contacto con usted, es definitivamente judía, y bastará con que le haga la propuesta.

—Pero si Mencha es la nieta de Pepa de Murcia, entonces el abuelo es Itzik Gimpel...

—Le prohíbo mencionar ese nombre en mi presencia —me amonestó el chozno.

Y luego de considerar que lo obedecería, agregó:

—¿Está dispuesto a proponerle matrimonio a Pepa de Murcia? —ofertó el chozno.

—Con mucho gusto —dije—. Pero mucho me temo que no me acepte; las únicas palabras que intercambié conmigo fueron: ho ho.

—Es sordomuda —explicó el chozno—. Solo puede pronunciar esas siglas. Espero que eso no sea un impedimento para...

—No, no —me apresuré a declarar—. Por supuesto que no. Ya sé todo lo que necesito saber de ella. Pero, si me aceptara, aun antes de comenzar nuestra vida casadera, debería alejarme 52 kilómetros de Casares para retirar mi auto, que dejé en la posada El Paso.

—Lo sé perfectamente: es la posada de mi padre. Cuente con eso.

El chozno me invitó a ponerme de pie, me sacó de mi habitación, me llevó un piso más abajo y me acompañó a golpear la puerta de la habitación 213.

—¿Cómo nos va a escuchar, si es sordomuda?

—Siente la vibración en la puerta.

—¿Y cómo va a entender mi propuesta de matrimonio?

—Lee los labios. También se la puede escribir.

Mencha nos abrió inmediatamente.

Entré en su habitación. Tenía el escote de su camisa de seda abierto.

Los pechos más bellos que haya visto en mi vida. El chozno nos dejó solos. Me puse de rodillas en la cama, ahora sin ninguna tribulación. Le expliqué, modulando cada palabra, para que ella leyera mis labios, que era mi sueño hecho realidad: toda mi vida había anhelado un amor sin palabras en el campo, una pasión muda, sin civilización ni barbarie, que se diera como las mejores cosechas, con la sola intervención del viento y el agua, sin esa toxina que yo

desconocía llamada seducción, y ella, Mencha, había convertido a aquel descampado en mi paraíso, con solo llevarme en un viaje de ida a caballo. ¿Quería casarse conmigo?

Mencha sonrió, se cerró los dos botones abiertos del escote, y con toda claridad me hizo que no con la cabeza. Más aún, con un gesto de la mano, indiscutible, me invitó a que me retirara de su cuarto.

—¿Cómo le fue? —consultó expectante el chozno.

—No lo sé —mentí.

Como la campana de una pelea ya perdida, sonó mi celular. Esta vez aparecieron números, pero una cifra imposible.

—Te estoy esperando —me dijo Itzik Gimpel.

—¡Yo lo esperé a usted! —repliqué.

—Pensé que te habías ido —dijo por toda respuesta.

—¿Pero dónde está usted ahora? —reclamé.

—Te espero —cortó Itzik.

—Ya sé que usted no quiere que lo mencione —dije al chozno—. Pero si queremos salir bien de esta, no hay otro remedio: tengo que pedirle la mano de Mencha al abuelo. ¿Dónde lo puedo encontrar?

—¿Y dónde lo va a encontrar? —me remedó el chozno. Miró el reloj y dijo irónicamente, con un gesto idéntico al de su padre cuando me recomendó al Automóvil Club—. A esta hora, en el cementerio.

—Voy para allá —declamé, bajando las escaleras.

El chozno apretó el botón del ascensor, y antes de que me perdiera susurró como para que lo escuchara:

—No es el abuelo...

IV

Caminé. Antes de abandonar el pavimento, divisé un taller de mecánica. Pensé que a la vuelta pasaría por allí para arreglar todo el asunto del auto; pero de ida, ni siquiera me detuve. Llegué al camino de tierra. Avancé por el desierto y el campo. Transpiré. Mi rostro se tiñó de las acequias. Las vacas mugían a mi paso. Los perros ladraban a los lejos. Los teros se lanzaban en picada pero me dejaban pasar. Anochecía cuando llegué al cementerio. Una luna poderosa bañaba en luz el cuerpo enjuto y firme de Itzik Gimpel, con una calavera en su mano (no supe si derecha o izquierda); sonreí y esperé a que recitara:

—Tsu zeyn oder nisht tsu zeyn.

Pero en cambio me dijo con una inesperada sonrisa cómplice:

—No sabía que habías muerto.

UNA VISITA A DUGGAN

Fabián Casas

(Duggan)

Vine a Duggan porque acá vive uno de los poetas más extraños que conozco, un tal Darío Rojo. Desde la capital, es un viaje de dos horas, más o menos. Yo no viajo con GPS nunca y lo que hago es consultar mapas, pedir pistas, como se hacía antes. Pero esta vez decidí pedirle a mi hermano Juan que me acompañe. Mi hermano es una persona reservada y no habla mucho y supuse que en un viaje de dos horas de ida y de vuelta íbamos a poder conversar. Manejé todo el trayecto yo porque mi hermano tenía el registro vencido. Mi auto es un Fox de 10 años, pero mi hija lo llama «El Halcón Milenario» en alusión a la nave que comanda Han Solo en *Star Wars*.

Durante el viaje de ida pudimos hablar sobre nuestro hermano menor y sus extrañas conductas cuando pasa del estado depresivo al maníaco, sobre los efectos de los tranquilizantes en el cuerpo —mi hermano me recomendó para combatir la angustia el aceite de cannabis, que cada vez usa más gente con problemas de todo

tipo, enfermedades del alma, del cuerpo, artritis, etcétera—. Adrián Rodríguez, un amigo, me dijo que el aceite de cannabis es un reconstituyente de tejidos, lo cual me sonó genial. De alguna manera, yendo a Duggan a visitar a Darío Rojo, yo estaba reconstituyendo algo de mi tejido experiencial. Conocí a Rojo hace ya muchos años, a comienzos de los 90, en un bar de Once, donde nos juntábamos a hacer unas hojitas de poesía llamada *La Mineta*. A la revistita la dirigía Rodolfo Edwards y en torno a él nos nucleamos mucha gente que escribía poesía y nunca había publicado. *La Mineta* se hacía por fotocopia y se regalaba. Publicabas instantáneamente, lo cual era genial. En esa época andábamos de errancia por bares y antros subterráneos leyéndonos poemas entre sí. La promiscuidad poética fue una gran enseñanza. Lamento no tener copias de esas hojas.

El viaje a Duggan dura, en auto, casi unas dos horas. Nos tocó un día de sol espléndido y pocos autos en la ruta. Duggan queda al lado de San Antonio de Areco, un lugar donde la gente se viste de gaucha de manera estricta para preservar la tradición. Recuerdo a un tradicionalista enojadísimo porque uno de los gauchos tenía puesto un reloj. Supongo que si llevaba un reloj de arena, estaba bien. Duggan fue, en un principio, un campo de irlandeses y es un pueblo chico, con un trazado inestable, una calle principal donde está la iglesia, que es hermosa, y la escuela, y poco más pavimentado.

Después todas son calles de tierra. Cuando llueve, se complica. Hay perros sueltos, gauchos sueltos, motos, niños corriendo en absoluta libertad, mujeres podando árboles. Eso se siente durante los fines de semana: el ruido de las sierras cortando árboles. El sábado hay más movimiento, me dice Rojo, pero es como un día feriado en la ciudad. Duggan tiene en un cruce de caminos una placita minúscula, que podría ser el asteroide de el Principito, donde Darío Rojo lleva a su hijo a jugar antes de entrar en el colegio, o después, cuando sale. Duggan tiene una pequeña pulpería donde se toman tragos fuertes y gaseosas. Detrás del mostrador está una mujer joven con una nenita de unos 3 años. La nenita tiene un carrito de hacer las compras de juguete.

Cuando pienso en los gauchos tradicionalistas me acuerdo siempre de T. S. Eliot, un gran poeta americano que quería ser inglés y que, de la misma forma que Michael Jackson trató de volverse blanco, él trató de volverse inglés, generando una imagen paródica: Eliot vestía bombín, saco cruzado, paraguas siempre. Y el día que lo conocí, Darío Rojo tenía bajo el brazo los poemas reunidos de T. S. Eliot a quien yo no conocía ni remotamente. Siempre cuando uno descubre un nuevo amigo descubre un nuevo mundo, lo que él sabe antes que uno sepa. Rojo era versado en Eliot y en otro poeta extrañísimo: Alberto Girri. Y tenía otra estrella en su heráldica: su tía había sido pareja de Jorge Aulicino, el poeta de *Paisaje*

con autor, un libro extraordinario que Rojo nos hizo leer a todos los que formamos *La Mineta* y tiempo después haríamos la *18 whiskys*, una revista de poesía que duró, como la mayoría de las parejas, solo dos números. Julio Ramón Ribeyro, un gran escritor peruano —cuentista y diarista— con cierto parecido físico a Palito Ortega, escribió en un libro breve, que llamó *Prosas apátridas*, esto: «Durante muchos años, por error del editor, que se había equivocado en el retrato de la contratapa, leí obras de Balzac pensando que tenía el rostro de Amiel, es decir, un rostro alargado, magro, elegante, enfermizo y metafísico. Solo cuando más tarde descubrí el verdadero rostro de Balzac, su obra para mí cambió de sentido y se me iluminó. Cada escritor tiene la cara de su obra. Así me divierto a veces, pensando cómo leería las obras de Victor Hugo si tuviera la cara de Baudelaire o la de Vallejo si se hubiera parecido a Neruda. Pero es evidente que Vallejo no hubiera escrito *Los poemas humanos* si hubiera tenido la cara de Neruda». Me acuerdo que la cara de Rojo, cuando lo conocí, me llamó la atención. No era una cara de las que abundaban en mi barrio. Tenía cierta extranjería. Había algo nómada en su cara. Cuando lo dejé de ver por mucho tiempo, volví a ver su cara en un actor que aparecía de vez en cuando en películas y series. Un actor irlandés extraordinario que se llama Aidan Gillen. Hace de político arribista en tres temporadas de *The Wire*, tiene un papel de malo en *Maze Runner*, un tanque de Hollywood, y un papel corto en el comienzo de *El caballero de la noche asciende*, de

la trilogía de *Batman* de Christopher Nolan. Pero donde más me impactó fue en una película cuyo nombre no recuerdo, de bajo presupuesto, en la que interpreta al tío de una nenita que quedó huérfana y al que le condonan la pena que cumplía en la cárcel para que se ocupe de ella. Si lo hace mal, vuelve a la cárcel. Lo hace mal y lo hace bien: pero sobre todo dota a su personaje de una inestabilidad emocional extraordinaria. Siempre pensé que los personajes inestables son los mejores. Los personajes estables arruinan novelas, cuentos, poemas. Incluso el poema, en su morfología, debe ser inestable. Y esa cualidad tienen, cada uno a su manera, los poemas que Darío Rojo viene escribiendo desde mediados de los 90 y que se pueden leer, fundamentalmente, en dos libros: *Una explicación para todo*, que es una obra completa que editó Gog y Magog en 2009, y *La sexta armonía*, editado por Ediciones del Dock, su último libro, cuyos poemas ya asomaban la cabeza en las hojas finales de *Una explicación*.

Cuando entramos a Duggan, paramos el auto para aflojar las piernas. Me fijé que en mi celular no había wifi y tenía un papelito anotado donde Rojo me había escrito —él me escribió en el wasap y yo transcribí en un papel— la forma de llegar. La indicación tenía algo del comienzo de *Matrix*, donde alguien le dice a Neo en la pantalla de su PC que siga al conejo blanco. Rojo me daba el nombre de una de las calles principales y me

decía que parara «donde viera una camioneta blanca». Hicimos eso y al lado de una pequeña casa estaba Darío esperándonos. Verlo ahí, sonriendo, con su pose típica de las dos manos en los bolsillos, me hizo acordar a uno de sus poemas de la sección «La playa»:

Al final de la hilera de carpas amarillas
un hombre tendido sobre una lona
cierra los ojos
y mantiene en su mente la imagen del cielo:
la intensidad de la luz, la forma;
después
con las manos entrecerradas en la arena caliente
abandona su cabeza
a las cosas que la ocupan,
recuerda con vaguedad una escena de triunfo.

La poesía de Darío Rojo —personalísima— empezó con estos bocetos casi imaginistas e inmediatamente cambió de cuerpo y color hasta volverse insondable. Da la impresión de que el que narra es un traductor electrónico de una computadora. Me imagino a un hombre o una mujer contándole a un micrófono sus momentos de dicha, sus temores, las imágenes que logra capturar en los sueños para que después el aparato —el atractor, dirían los científicos— lo convierta a la otra lengua, la de los poemas de Darío Rojo. Leamos los poemas de *La sexta armonía*, el libro que acaba de publicar y que me traje de Duggan esa tarde de sábado, ya oscura y fría:

Todos los hombres son ciudadanos
de Berlín y de la especie vencedora
se organizará en el ariete
de la mayor perversión y objeto
del instinto la humana concepción.
El mosaico de futuras ruinas flotantes
lo confirma: no hay virilidad
en la aceptación de la muerte.
Lo digo hoy,
que he enviado al conde una trucha.

El mejor lector es siempre el que no se preocupa por entender. Leyendo el libro de Rojo, ya en mi casa, recordé momentos del día logrado, de cómo mi hermano se las ingenió para hacer un asado en poco tiempo, cómo salió la carne y esquivó a las moscas que se le aparecían. Rojo me dijo que en Duggan hay muchos criaderos de pollos y que por eso durante el verano la pared trasera de la casa, donde reinaba el sol y nosotros estábamos apoyados, se llenaba de moscas. Pensé cómo se pasaría toda esta experiencia a un poema de Darío Rojo, encontré este, que me inquietó:

La distribución de la soledad
mediante el orden de las palabras
instrumenta una narración (...)
de la estructura interna del paisaje: falso
Quizás en su sustancia, su enlace químico,
y su respectivo número atómico (...)

que el padre de la combinatoria
expusiese cual error factorial después
de declarar: es incluso menos incorpóreo (...)
que el miembro fantasma del amor (...)
en el que la perspectiva
siempre es lejana. Un objeto de humo
y sal rodeado de insectos de plástico, (...)
ojales, dientitos, casas pintadas,
asteroides y trompetas que dan origen
a los números irracionales para recordar
«que los demonios
no han sido creados por demonios».

Considerando que

(...) dormirán allí las bestias fieras
y sus casas se llenarán de hurones:
allí habitarán hijas del búho, y allí (...)
saltarán peludos. Y en sus palacios
gritarán gatos cervales, y chacales
en sus casas de deleite.

Como se lee, hay un yo que narra, un yo impersonal, casi un holograma, pero ni siquiera un holograma puede resistir la tentación de contar una historia, por eso surge esa otra voz que dice «que los demonios no han sido creados por demonios», con ese tono que algo le debe al maestro Alberto Girri.

Robert Lowell fue un gran poeta estadounidense que no tenía las facultades intactas, como le pasa al sargento X en el final del cuento «Para Esmé con amor y sordidez», de J. D. Salinger. Tuvo varias internaciones y los médicos parecen haberse pasado de la rosca medicándolo, buscando la forma de encontrar la cura a sus colapsos nerviosos. Sin un libro clave de Lowell —*Life Studies*— es imposible pensar a Sylvia Plath, tanta fue la influencia de ese libro descarnado en la poesía yanqui. Lowell abandonaba la métrica de Allen Tate que hasta entonces lo había guiado con la linterna por el campo estrecho de los sueños y se soltaba a narrar la pesadilla personal de estar vivo, en poemas prosaicos, inestables; ahí estaba todo: la infelicidad del matrimonio, su obsesión por cierto tipo de mujer, las internaciones, la boca pastosa, la maldita repetición de los días. En Argentina solo circulaba una traducción de Alberto Girri, *Poemas*, que editó Sudamericana. Una traducción del primer Lowell, el que no se había malogrado aún. Porque solo existió esta traducción durante mucho tiempo, casi no se leyó a Lowell o se lo leyó de manera errónea, no leyendo exactamente el escritor que fue. Pero esto no pasó para Darío Rojo. Apenas lo conocí, él me preguntó, una tarde, mientras caminábamos por la avenida Rivadavia, yendo al bar donde nos juntábamos a leer poesía y hablar de poetas (si hubiéramos trabajado, pero nadie tenía empleo, podríamos haber encarnado a los obreros de «La noche de los proletarios» de Rancière, que des-

pués de la fábrica, en vez de ir a dormir, iban a un bar a leer y escribir poesía, produciendo un verdadero hecho político) si había leído «El dormitorio de mi padre», de Robert Lowell. Le dije que no. Busqué el poema en español. Estaba mal traducido en una edición de Visor; lo busqué en inglés. Lo traduje.

En el dormitorio de mi padre:
costuras azules delgadas
como trazos de lapiceras sobre el cubrecamas,
lunares azules en las cortinas,
un kimono azul
sandalias chinas
con broches azules.
Los listones de madera del suelo
poseían una lijada pulcritud.
Una lámpara de vidrio
con pantalla de encaje blanco
se eleva unas pocas pulgadas
sobre el volumen dos
de *Escenas del Japón desconocido*
de Lafcadio Hearn.
Su ajada portada verde oliva
había sido tan castigada como la coraza de
un rinoceronte.
En una de sus hojas de guarda:
«Para Robbie, de mamá».
Años después, con la misma letra:
«Este libro tuvo mucho trajín

en el río Yantgsé, China
Lo dejamos junto a un ojo de buey abierto
durante una tormenta.

Da la impresión de que la tensión del poema está puesta en la pulcritud de las imágenes y en que ese dormitorio ya nunca más va a ser usado por el progenitor. Después supe que a Rojo su padre se le había muerto en un accidente de auto en Nigeria, donde trabajaba haciendo caminos.

Estamos parados en la parte trasera de su casa de Duggan y me cuenta que con uno de sus hermanos habían decidido sacar el cuerpo de su padre de la tierra y cremarlo para esparcirlo en la parte del jardín de la casa que queda en este pueblo pequeño del noroeste de la provincia de Buenos Aires. Y que cuando abrieron el cajón, le dijo el hermano, se sorprendieron porque el cuerpo de su padre, muerto hace más de 25 años, estaba intacto, lo cual impresionó a todo el mundo. A mí no, ese hecho me pareció algo propio de la vida de Darío Rojo, de lo que puede suceder en sus poemas. «Parece que en Nigeria, para mandarlo por avión a Argentina, utilizaron una técnica de embalsamamiento», me dice Rojo. Pienso, mientras le contesto, en el día en que fui a sacar los restos del cuerpo de mi madre de la tierra para cremarlo y retirarlo del cementerio.

Ahora, cuando cae la tarde sobre Duggan, nos subimos a la camioneta de Rojo para dar una vuelta al pueblo. En la iglesia, un grupo de chicos y una única monja festejan el día del niño. Hay globos, comida. Hay un pájaro persistente que canta en alguno de los árboles. La naturaleza, pienso mientras escucho la forma de modular su canto, es fanática del verso libre. Los sonetos, las rimas, son invenciones humanas. Nos bajamos de la camioneta. Hace poco murió un íntimo amigo nuestro que estaba viviendo hace ya 10 años o más en Japón. Algunos piensan que se suicidó, otros que murió por tristeza, por bajas defensas. ¿Qué importa? Le cuento a Darío que estoy escribiendo unos bocetos de poemas, y que hay uno sobre nuestro amigo, pero que la emoción no es buena conductora de la electricidad que debe tener el poema. Se ríe. Cuando pase el día, voy a volver a casa tarde en la noche, con la alegría de haber estado con Rojo, con mi hermano, de haber comido un asado perfecto y de haber pasado una tarde maravillosa. Me resulta extraño que la gente no se vaya de las ciudades. ¿Por qué no nos vamos? ¿Por qué no cambiamos de vida? ¿Qué nos retiene de verdad acá, en medio de la polis, la basura acumulada, los autos, la burocracia de la sangre y las manifestaciones del ego? Escribo directamente en wasap el poema sobre nuestro amigo pero no se lo mando a Rojo. Es este:

La historia de Ricardo Cerqueiro

El médico lírico le había prescrito
el uso estricto de la tercera persona. Pero a veces
la noche viene con ideas fijas muy malas.
Aunque todavía se lo puede ver en you tube, hermoso,
cantando el tango Sur en un local hipermoderno
de Tokio,
las noticias dicen que Circo murió hace poco
allá donde se practica el arte de la mano vacía,
el karate do.

En una casa que compartía con una chica y un gato,
en esa época llamada juventud donde la gente
sale y entra de las habitaciones, hablando de Miguel
Ángel,
un día apareció Circo, sobretodo y zapatones negros,
voz gruesa y cierto parecido a Albert Camus.

Pero se llamaba Ricardo Cerqueiro y el origen
de su sobrenombre es sencillo. Tenía un grupo de
amigos:
el Facha, el Pelado Calderburg, la Osa, el Tano.
Jugaban al fútbol en una placita de Monserrat.
Aquella tarde se cruzaron con otros chicos
y Circo jugaba con la cinco.

Cinco, cinco, pasala. Alguien escuchó mal y dijo:
Circo, Circo, acá, acá.

El padre de Circo tenía una carnicería en el Mercado de San Telmo, la madre era alcohólica y la hermana era hermosa. El padre decía que Circo estaba maldito.

Todos murieron por desidia, alcoholismo y un calefón mal ventilado.

Circo se quedó solo.

Con un libro de poemas inédito debajo del brazo: *Gasolina azul*. Una copia descarada y genial de Gregory Corso. Nunca salió aunque estuvo anunciado muchas veces en el catálogo de Libros de Tierra Firme.

Hay un capítulo doble del *Zorro* donde Alejandro de la Vega descubre que su hijo, Don Diego, a quien consideraba un pusilánime, era, en verdad, el Zorro. Qué placer da ver ese capítulo!

Al padre de Circo le pasó lo mismo.

Circo tenía un saco rosa, de lana, y él se lo cambió por dos camisas y un par de zapatos.

Sin tener plata, Circo una vez le prestó plata. Y él, sin tampoco tenerla, se la devolvió.

Eso es inolvidable.

Como sabía bailar muy bien el tango
alguien se lo llevó de gira a Japón
y ahí Circo, como el castor del sur
sin depredadores cerca, se expandió sin parar.
Puso un instituto de tango y la rompió.

Hace poco llegó una encomienda de Circo:
la réplica de plástico
del Corredor enmascarado
y un gorro verde de lana
producido en Tokio. Gracias Circo.

Él fantaseaba con volver a verlo, pero su mujer
Arisa,
lo encontró dormido en el estudio
No lo pudo despertar.

Ahora que te fuiste, Circo, con la ropa puesta
y sin equipaje, en otro de los giros inéditos
de tu carácter,
para aprender teología con la Virgen María,
no me olvides. Acá en el inframundo
todavía tengo que hacer dos cosas.

Pero empecé a buscar la mejor pieza
y reservame la cama de arriba,
me gusta dormir así, me da la sensación
de que cuido mejor a mis hermanos.

Empezaron a llamar a filas
al pelotón metafísico: todos
nuestros nombres
están ahí.

LOS TRES PROPÓSITOS

Jorge Fernández Díaz

(Beccar)

I

Mi tío Fran es un hombre solitario y compasivo. Enviudó hace 10 años, no tuvo hijos y no volvió a casarse. Y aunque cultivó algunas novias, se amigó tanto con la soledad que nunca más quiso remediarla. Es un lector voraz y dice estar escribiendo desde 1987 una larga novela impublicable. Constaté que no me mentía cuando una vez lo visité en su casita de Beccar, un chalecito marplatense tocado por una chimenea apócrifa y forrado de libros. En un anaquel del fondo, sobre un escritorio pequeño y pulcramente ordenado, hay veintisiete cuadernos cuadriculados de doscientas páginas cada uno, manuscritas con letra apretada y negra. Asegura que es la historia de su generación, pero que no tiene gran valor literario. Nunca me dejó comprobar si eso era cierto o si se trataba de pura timidez y falsa modestia.

El año pasado, durante aquel intenso frío de junio que nos engripó a todos, Francisco encontró en una esquina de viento a una joven que tenía un bebé y dos bol-

sos gigantescos a cada lado. Mi tío frenó su Gol negro en el semáforo y se quedó mirándola con curiosidad. Era una joven humilde de labios gruesos y facciones atractivas, una morocha criolla de cuerpo pequeño pero bien proporcionado. Llevaba atado al pecho con una chalina un bebé. indefinible que había cubierto con un gorro de orejeras. Los bolsos eran deportivos pero ajados, y la mirada de la chica era sufriente y dubitativa. Sin ser una indigente, era la viva imagen del desamparo. Fran bajó la ventanilla sin pensarlo y le preguntó para dónde iba. «Para Retiro o Belgrano», le respondió: tenía un leve acento extranjero, pero de un país limítrofe «¿Retiro o Belgrano?», le devolvió mi tío. La mujer metió trabajosamente una mano en un bolsillo y sacó un papel arrugado. «Moreno», dijo. «¿La calle Moreno? —dedujo él—. Voy cerca. ¿Quiere que la lleve?»

Bajó y trató de empujar los bolsos dentro del baúl, y tuvo que transpirar un rato porque pesaban mucho y no entraban. Luego ubicó a madre e hijo en la parte de atrás, para que estuvieran cómodos, y él se puso al volante como si fuera su chofer. Estaban en San Isidro y había que salir a la Panamericana. Mi tío trató de sacarle alguna conversación, pero a la chica no le resultaba fácil comunicarse. Intentó dos o tres veces arrancarle un comentario o aunque fuera un gruñido de aprobación pero se chocó de frente con el vacío y con el silencio. Puso entonces Radio Clásica y siguió de memoria ese camino. A la altura de avenida Márquez lo asaltó la idea de que todo era una trampa. Un cuento del tío, valga la

redundancia, o un robo a mano armada. Que en cualquier momento ella sacaría una Browning 9 milímetros y le apuntaría a la cabeza, o que le cruzarían un auto y lo desvalijarían sin piedad. Cuando llegó a la avenida General Paz se dijo: «¿Y si esta es una mula y los bolsos de atrás están llenos de cocaína?». En la 9 de Julio se le puso al lado un policía en una moto. Mi tío le sonrió tratando de parecer simpático y tranquilo: ¿cómo explicaría esto, quién podría creer que llevaba aquellos paquetes por una cuestión humanitaria? El policía no le dio bolilla y siguió a toda velocidad. Al doblar en avenida Belgrano, mi tío pensó: «¿Y si este bebé es robado y yo me estoy convirtiendo en un cómplice?». La dirección exacta en la calle Moreno era una casa chorizo. Mi tío le colocó los bolsos en el umbral, tocó el timbre y se despidió de la mujer y del bebé. Lo hizo todo en cámara rápida, sin dar los buenos días y sin recibir ni un «gracias». Después paró en un bar de Tacuarí y pidió un whisky doble.

II

Francisco trabaja de corrector en una editorial de revistas. A los dos meses de aquel pequeño incidente donde se probó el precio de la compasión, a Fran lo chocaron de atrás en Tomkinson, le arruinaron el Gol, le castigaron las cervicales y lo condenaron a dos semanas de cuello ortopédico. Sin hacerse mucha mala sangre volvió a

usar el tren de la línea Mitre, y le encontró cierta gracia a viajar leyendo libros, como en los viejos tiempos. Una noche que regresaba a su casa después de un cierre, enfrascado en un libro sobre la historia del ajedrez, volvió a encontrarse con la morocha. A esa hora los vagones vienen más o menos vacíos, ralean los pasajeros, y conviven dormidos o pensativos cartoneros y oficinistas. De vez en cuando un vendedor ambulante trasnochado sube a vender chucherías o un músico desafina una canción y pasa la gorra. Esa noche un señor tocó ciertas melodías del altiplano y más tarde varios chicos de la calle pasaron a las corridas y los gritos, pegándose y riendo a carcajada limpia. Nada distrajo demasiado a Fran, que, cuando se sumerge en una lectura apasionante, pueden zapatearle la cabeza sin que se entere.

Se enteró, sin embargo, que algo extraño estaba ocurriendo aquella vez porque escuchó un quejido y una respiración agitada.

Marchaban a toda velocidad, en medio de las tinieblas y camino a Vicente López, y cuando mi tío levantó la vista, intrigado por esos ruidos extraños, vio a la morocha agarrada de un pasamanos y mirando con terror hacia el vagón trasero. Iba vestida con la misma ropa: un pulóver grueso y marrón, una campera raída, unos jeans desteñidos y unas zapatillas blancas. No llevaba, como en aquella otra ocasión, el pelo negrísimo suelto: lo llevaba trenzado y tirante. Sus labios eran inconfundibles. La mirada seguía siendo sufriente, pero con un toque de alarma y de pánico.

Francisco cerró el libro y torció la cabeza para ver qué la espantaba tanto. Viajaban muy adelante y era una formación larga. Cuando volvió los ojos, vio que la chica temblaba. Los pasajeros no le daban calce ni se movían, y mi tío dudó treinta segundos. Lo suficiente como para que el tren se detuviera en la estación. En cuanto se abrieron las puertas, la morocha saltó al andén y se quedó otro instante de costado, midiendo la cosa. Estuvo así casi todo un minuto, como una estatua tambaleante, y en el último momento, dio un paso adentro, mientras ya se cerraban las puertas, y volvió a agarrarse del pasamanos y a mirar con aprehensión.

Recién cambió algo la situación cuando pasaron Martínez, y ella desvió un poco la vista y se encontró con los ojos de Fran. La morocha se fue de esos ojos hacia atrás y volvió como rebotada: lo había reconocido. Mi tío, que estaba cada vez más inquieto, se levantó de su asiento y caminó hacia ella, como para saludarla y preguntar si le pasaba algo grave. Una mueca que parecía una sonrisa le produjo un tic eléctrico a ella en la cara, pero quedó desbaratada de inmediato cuando de nuevo se le crispó la expresión. Siguiendo la dirección de la mirada, Fran descubrió a un grandote en un gabán que venía desde el fondo del vagón contiguo. Venía revisando a derecha e izquierda las caras de los pasajeros. A la chica se le escapó otro quejido y se llevó una mano a la boca, y Fran miró instintivamente hacia fuera calculando cuánto faltaba para la próxima estación. Faltaba poco. También por instinto, la morocha se fue

cubriendo con el cuerpo de mi tío, que ahora calibraba si podría o no con aquel grandote: era un tipo extraño, con unas manos enormes y un andar nervioso. Tenía las cejas muy tupidas y una barba grisada que le cubría todo el rostro. Cuando lo estaba calando, Fran presintió que de un momento a otro cruzarían miradas. Así fue. Y a mi tío se le heló la sangre al comprobar que el grandote traía ojos homicidas. En ese punto el tren frenó de golpe y las puertas se abrieron, y sin pensar en nada, Fran tomó del brazo a la morocha y la arrastró hacia el andén. Corrieron hasta las escaleras, bajaron los peldaños a todo lo que daban y atravesaron la calle escuchando los gritos guturales del grandote. Eran gritos ininteligibles. Fran conocía una parada de taxis, que quedaba a la vuelta. Se metieron en un coche y le pidió al taxista que los alcanzara hasta Beccar. Cuando se dieron vuelta vieron que el grandote todavía los perseguía: corrió un trecho, trotó unos metros y luego se dio por vencido. «¿Quién es?», le preguntó Fran a la morocha, que estaba lívida. Ella negó con la cabeza y miró hacia el frente. Entre otros sentimientos, Fran estaba desconcertado: no quería armar un escándalo dentro del taxi, de manera que también se acomodó con un largo suspiro y no pronunció ni una palabra hasta que el chofer los dejó frente a su casa.

Cuando ya estaban en la vereda y el taxi partía, la morocha se le tiró a Fran al cuello, como una niñita, y se puso a llorar desconsoladamente. A pesar del gesto conmovedor, Fran no pudo dejar de sentir la presión

de sus pechos. Y esa mínima señal de sensualidad lo perturbó a tal punto que la separó para decirle cualquier cosa. Pero resulta que esa cosa era precisamente una invitación. La chica entró en la casa mirando todo por primera vez, acariciando a la pasada los lomos de los libros en las bibliotecas, y finalmente se acercó a la falsa estufa de leños que su protector había prendido, se sacó las zapatillas, se sentó en un sillón, flexionó las piernas y se las abrazó, aterida de frío y en absoluto silencio.

Fran le hizo varias preguntas. Quién era aquel grandote. Quién era ella. Qué estaba pasando. Dónde estaba viviendo. Y qué quería cenar. A la primera respondió encogiéndose de hombros. A la segunda, pronunció débilmente el nombre de «Lina». A la tercera, reaccionó negando con la cabeza. Y a la última, dijo «cualquier cosita».

Le calentó una sopa Quick de tomate, sacó una pascualina del freezer y la puso en el microondas, abrió un vino y se quitó con un gemido el cuello ortopédico. Mientras hacía todo eso, Francisco pensaba cómo tratar a la mudita. Lo curioso, según me contó luego, es que a pesar de tantas explicaciones debidas él no podía enojarse con ella. Y esa imposibilidad lo inquietaba tanto como la presión de aquellos pechos contra su cuerpo, pero mucho menos que cualquier otro fantasma, como el narcotráfico, el robo de niños o una trampa mortal. Hacía tanto tiempo que no había nadie en esa casa fría que por primera vez incomprendió semejante estado de dejadez y soledad. Le dio mucho gusto tender la mesa

e invitar a Lina a acompañarlo. Lina se lanzó sobre los platos con previsible voracidad. Tomó dos jarros repletos de sopa y se comió rápidamente cuatro porciones de tarta. Mi tío no tenía mucho apetito, así que se armó una pipa y esperó a la morocha tomando unas copas de malbec. «Está visto que no vas a decirme nada», dijo en un momento. Ella sonrió con la boca llena y siguió sin entrar en la ratonera, como si no conociera bien el idioma o fuera directamente inimputable. Francisco no tuvo valor para molestarla con las mismas preguntas de antes. La dejó terminar en silencio, y después de tres o cuatro bocanadas de humo azulado, le dijo: «Podés dormir acá si querés». No es que lo hubiera pensado mucho. Fue más bien una oración que salió disparada al final de una cadena de consideraciones calladas sobre la ruda belleza de esa morocha pequeña pero portentosa. Ya tenía tres copas encima y estaba cansadísimo, así que no reculó una línea a pesar de que se arrepentía un poco de esa propuesta indecente. Para partir la diferencia y enderezar un poco el asunto, le señaló el cuarto de invitados, que nadie utilizaba desde la década del 80. La morocha parpadeó sin apartar la vista y después asintió.

Fran hizo un gran esfuerzo para levantarse de esa calmada y mágica sobremesa. Bajó del placard una frazada y acondicionó la camita; después buscó una chomba blanca y se la ofreció a Lina a modo de improvisado camisón. Cuando todo estuvo listo, mi tío se paró unos instantes frente a ella, indeciso como todo hombre oxidado. La morocha no le rehuía pero tampoco daba como

para suponer que estaba deseosa. Ante la duda, Fran caminó hasta su habitación apagando las luces, cerró la puerta, se desvistió y se metió entre las sábanas. En seguida notó que las luces del baño, que se filtraban por debajo de la puerta, se apagaban, y toda la casa quedó entonces en silencio total y oscuridad profunda. A mí tío las emociones del día lo vencían: se durmió abrazado a la almohada. Soñó escenas confusas y violentas, y lo despertó un zumbido.

III

Eran ruidos intermitentes, y lo primero que pensó fue en un celular puesto en vibración. El teléfono móvil de aquella chica vibraba y vibraba en algún lugar del living. «Nada especial —se dijo—. Volvete a dormir porque es tardísimo». Volvió a apoyar la cabeza en la almohada y pretendió otro desmayo instantáneo. Pero el zumbido, a ráfagas sordas, seguía taladrando la quietud. «Evidentemente no tiene instalado el correo de voz —pensaba—. Estoy seguro de que se le va a acabar de un momento a otro la batería». A los diez minutos el zumbido gozaba de perfecto estado de salud. «Bueno —se dijo Francisco—, en cualquier momento dejo de tenerlo en cuenta. Como el ruido del aire acondicionado, que por monotonía se vuelve inaudible». Pero no. Tampoco el zumbido se acomodó a la noche. Al revés. Cada vez

parecía más fuerte y estentóreo. «La puta madre», masticó, y se bajó de la cama en remera y calzoncillos. Abrió cuidadosamente la puerta y se asomó.

En la penumbra solo podía constatar que el cuarto de invitados seguía cerrado y que Lina había dejado parte de su ropa hecha un bollo en el sillón. Hizo de tripas corazón y salió descalzo y en puntas de pie. Alcanzó la ropa y la revisó velozmente, porque temía ser sorprendido en paños menores. Pero no encontró nada. «¿Dónde mierda metió ese teléfono?» Vio las zapatillas blancas junto a la falsa estufa de leños y se acercó para revisarlas. Y de repente percibió que el zumbido provenía de la otra pared.

Por las dudas verificó que las zapatillas estuvieran efectivamente vacías, y después apoyó la oreja en las estanterías. Removió incluso algún libro y palpó detrás de los estantes para ver si Lina había escondido allí el teléfono, o si podía ser que se le hubiese caído por esos fondos. Lo único que verificó fue que el estremecedor sonido se iba moviendo: ahora parecía reverberar al otro lado de la sala, como si formara parte de un gusano mutante que se estuviera arrastrando a través de las cañerías e hiciera vibrar toda la casa. «Tomé demasiado vino», murmuró, con el corazón estrangulado, y se asustó de muerte por el ruidoso y repentino derrumbe de seis enciclopedias de arte que tenía acomodadas contra un jarrón. Milagrosamente el jarrón se bamboleó unos segundos, pero al final se mantuvo en pie. Fran retrocedió asustado, patinó y cayó de culo. El terremoto parecía

no terminar. Desde el piso vio que un cajón del aparador se le venía encima. El cajón estaba lleno de cuchillos, cucharas y tenedores, y los tintineos, rebotes y ecos fueron tan estruendosos que Fran se tomó la cabeza, entre la vergüenza y el estupor.

Su invitada, sin embargo, pareció inmune a los ruidos, y no dio muestras de vida. Después del batifondo no quedó ni el zumbido: todo se había plegado sobre sí mismo y un silencio nuevo prevalecía. Fran se levantó despacio para no hacer más estropicios, aceptando sin pensar que él con su torpeza había iniciado ese dominio de hecatombes y zafarranchos, y recogió los cubiertos, colocó escrupulosamente el inexplicable cajón en su sitio y adecentó las enciclopedias junto al jarrón ileso. Todavía se quedó un momento inmóvil, aguzando el oído, y después se encogió de hombros al chequear que los sonidos fluctuantes se habían terminado. «¿Se habrá agotado la batería?», se preguntó. Caminó hasta la heladera y tomó un largo trago de agua fresca. Se apoyó unos segundos en la mesada recuperando la respiración y el pulso, y después intentó regresar a su dormitorio. Pero en el umbral se paró en seco y estuvo un rato dudando. Al fin cedió al deseo y la curiosidad, y reculó hasta el cuarto de invitados, se agachó para espiar por el hueco de la cerradura y pegó un salto al notar que la puerta se abría de golpe.

Dos fuerzas contrarias lo dejaron paralizado: el susto y el bochorno lo impulsaban a salir corriendo, pero la imagen recortada en el vano era tan hermosa que se

sentía hechizado. Lina estaba completamente desnuda y a pesar de la negrura de la noche mi tío podía verle con cierto detalle el cabello suelto y caído sobre un hombro, los pechos redondos y los pezones grandes, la piel marrón, el vello púbico y de vuelta los ojos. Los ojos resplandecientes.

En ese minuto, Francisco tenía tantas cosas para pensar que no pensó en ninguna. Como si ella se hubiera metido en su corteza cerebral y le hubiera anulado la razón, la prudencia y el decoro. En un momento la morocha estiró la mano y le rozó la cara. Y entonces él perdió por completo el control, la atrajo y comenzó a besarla. Lina no se dejaba llevar: intervenía decididamente en la desesperación. Le quitó la remera, le bajó los calzoncillos y se arrodilló a trabajarlo. Los mecanismos internos de Fran se desentumecieron enseguida: la empujó hacia la camita y la acometió con entusiasmo. Fue tal la conmoción del choque, fue tan extensa la sesión, hubo tantos alaridos de dolor y de placer, y tantas posiciones y tanta intensidad que Francisco se sintió catapultado hacia un limbo de éxtasis, succiones y aturdimientos. Como un larguísimo sueño del que no podía despertarse, y dentro del que absurdamente la cama daba saltos, los cajones volaban, los libros y los cuadernos caían derribados por fuerzas invisibles y las puertas se cerraban ruidosa y bruscamente como si sucesivas corrientes de aire las estuvieran manejando.

Solo recuerda de aquella noche eterna, los ojos de la muchacha y la excitación sin respiro que le provoca-

ban sus juegos y malabarismos. Tampoco sabe cuándo terminó todo ni cuánto durmió. Solo tiene plena certeza de que al despertar estaba oscuro. Y de que no se trataba de la noche anterior sino de la noche siguiente. Que se sentía completamente agotado, que Lina había desaparecido y que el chalet entero era un revoltijo. Trató de levantarse dos o tres veces, pero las piernas no le respondían. Se arrastró como pudo, tomándose de las paredes y los muebles, hasta el baño. Y al abrir la ducha abrió también los ojos y se vio en el espejo: tenía toda la espalda rasguñada y sangrante. Como si las garras de un animal le hubieran rastrillado la piel. Se bañó en un grito y después, con paciencia y dificultad, trató de pasarse algodón con alcohol y cicatrizantes. Se puso con mucho cuidado una camisa suelta, y se sentó en el inodoro. «Salvaje hija de puta», dijo respirando agitadamente. Tenía un susto tremendo, pero así y todo no podía dejar de sonreír con una especie de orgullo. En cámara lenta se incorporó y comprobó que los raspones no le manchaban la ropa. Después estuvo sentado un largo rato en el sillón, tratando de recuperar energías, y ya en la madrugada se armó un sándwich con pan lactal y jamón crudo, y lo devoró mientras bebía litros y litros de agua.

En el mismo instante en que el atardecer lo enceguenció, Fran comenzó a ordenar el desmadre y a tratar de inventariar los robos. Cuatro horas después, llamó por teléfono a la editorial para avisarles que estaba en-gripado y se durmió una breve siesta sentado frente a la

estufa. A las siete de la noche tuvo la seguridad de que Lina se había ido con lo puesto, y que no le había robado ni una nuez del centro de mesa.

Esa noche no pudo dormir pensando en ella. Extrañando aquel doliente goce, dándole vueltas al asunto, haciéndose preguntas. Al llegar la nueva mañana, comprobó con grata sorpresa que los rayones de la espalda ya no ardían, se puso su traje, se colocó el cuello ortopédico y caminó hasta la estación. Viajó toda esa semana a la editorial, de ida y de vuelta, sin leer una sola línea, buscando con los ojos a Lina por los vagones abarrotados o entre los pasajeros nocturnos, en los andenes y en las calles aledañas, en las esquinas de viento y en las veredas de sol. También entre las multitudes de Retiro.

Quince días más tarde, cuando ya casi la había olvidado, levantó la vista de un libro de Paul Johnson y divisó en el andén de enfrente a un hombre enorme envuelto en un gabán, que se miraba los zapatos mientras le llovía el sol del invierno. No necesitó verle la cara para saber que se trataba del grandote que los había perseguido.

El tren estaba parado y el maquinista hacía tiempo. Mi tío esperaba que el fulano levantara el rostro de cejas tupidas y barba gris, y lo descubriera. A Fran le divertía serenamente esa situación. Que lo descubriera y que una vez más se viera en la impotencia de no poder agarrarlo. Pero cuando el gigante levantó finalmente la cara, lo hizo para mirar hacia la derecha. Miraba la confluencia de seis o siete palomas que carroñeaban sobre

las vías. Entonces mi tío vio lo que llevaba en el cuello. Y fue así como entendió por fin que aquel perseguidor de ojos homicidas era un sacerdote.

IV

Fran sintió un tirón interno y salió eyectado. Escapó por un pelo de la doble guillotina de las puertas neumáticas que se cerraban y echó a correr por el andén esperando que el tren que venía en sentido contrario no llegara de improviso y se llevara al grandote de aquella plataforma fría y soleada.

Trepó por las escaleras del puente de hierro, lo cruzó como si lo persiguiera un ejército de gurkas, bajó a los saltos y llegó justo cuando el tren que iba hacia Tigre asomaba en el horizonte. El sacerdote había dejado a las palomas carroñeras: estaba parado con las manzanas apretadas y los ojos como teas, y cuando Fran estuvo cerca lo tomó de las solapas como si fuera un muñeco. Tenía una fuerza sobrenatural ese cura. Y pronunció una sola palabra: «¿Dónde?». Tenía también una gutural voz de barítono. Mi tío balbuceó una respuesta lastimosa. «¿Dónde?», repitió el cura sacudiéndolo con violencia. Por un momento, Fran pensó que lo arrojaría a las vías. No daba para un «no sé» ni para «es una larga historia». Encima el tren estaba frenando en la estación y los pasajeros inundarían en

cualquier momento el andén. «La calle Moreno —dijo Fran sin tiempo de reflexionar—. Una casa chorizo en San Telmo». Los ojos desorbitados parpadearon mientras el cerebro digería. Los pasajeros ya les pasaban por al lado ignorándolos o echándoles vistazos furtivos. El cura soltó las solapas de Fran como si le ensuciaran los dedos y a continuación lo agarró de un brazo. «Vamos», le ordenó arrastrándolo. Mi tío no se resistía, se dejaba llevar escaleras arriba, a través del puente y luego escalones abajo hasta el andén opuesto. Era tan enérgica y hostil la marcha a la que lo obligaba el grandote que no le dejaba aliento para decir nada. Sin embargo, Fran pensaba en Lina. Se preguntaba también por qué, prendado como estaba de ella, no había tenido la claridad ni el coraje para ir a buscarla.

Mientras esperaban, el sacerdote se acarició nerviosamente la barba cana y lo indagó entre dientes: «¿Tuvo relaciones con ella?». Fran se puso colorado, y el cura perdió la paciencia. «¿Fornicaron?», le gritó a punto de tomarlo de nuevo de las solapas. Fran asintió con la boca abierta. El sacerdote bajó la vista como si lo hubieran apuñalado. Después alzó la nariz y le preguntó: «¿Cuándo?». Fran estaba tan apabullado que tardaba en responder. «¿Cuándo?», insistió el grandote con su vozarrón. «Hace una semana», contestó Francisco. Ahora el cura se pasó una mano por el pelo y se agarró la nuca, como si se estuviera masajeando los terribles sentimientos que le corrían por dentro. Metió finalmente la mano en un bolsillo del gabán, miró el calendario de su agenda

y la cerró desalentado, moviendo la cabeza como si le rebotara contra una pavorosa fatalidad. Fran intentaba descifrar cada uno de sus gestos y a la vez juntaba masa crítica para hacerle las preguntas necesarias. Quién era él. Quién era ella. Qué se proponían. Qué estaba pasando. Por qué todo era tan grave.

El tren le interrumpió los intentos. Venía lleno y tuvieron que viajar parados hasta Retiro, separados por cuerpos apretados que los iban alejando uno del otro dentro del vagón. «Explíqueme», alcanzó a decirle en los molinetes. El cura no le hizo caso. Se metieron en un taxi y encararon el camino de San Telmo. «Estaba ovulando», le dijo el sacerdote. La radio bullanguera del taxista le borraba las palabras. Apenas pudo atrapar tres conceptos sueltos: «plan de inseminación», «adopciones programadas», «exorcismo fallido». Dijo todavía algo más acerca de los «involuntarios sirvientes del mal», pero Fran no logró oírlo.

Cuando llegaron a la calle Moreno y bajaron en la puerta de aquella casa chorizo, el sacerdote le ordenó a Fran que se quedara en la vereda. Fran no se atrevió a desafiar su autoridad, a pesar de que se moría de ganas de entrar. Esperó quince minutos preguntándose qué había hecho mal, sintiéndose culpable, pero sin entender del todo cuál era su verdadero pecado. El cura salió y se quedó en el umbral hablando en veloz guaraní con una paraguaya de rulos y batón que le devolvía con notorio disgusto las preguntas y que hasta parecía re-trucarle los argumentos. De pronto el sacerdote hizo

una mueca de repudio, como si fuera un caso perdido y la estuviera mandando al diablo, y empezó a caminar a grandes zancadas hasta la esquina. La paraguaya cerró de un portazo y Fran corrió detrás del cura. Vio que quería tomar allí mismo un colectivo, y entonces hizo un gran esfuerzo y lo manoteó. «Tiene que decirme algo», le imploró arrugándole la manga del gabán.

El sacerdote vio que su colectivo estaba parado en un semáforo, a dos cuadras, y entonces se dio vuelta y puso algo en las manos de Fran, pero las cerró con las suyas y lo mantuvo así agarrado, como si lo estuviera confesando, mientras lo miraba fijo y le decía tres cosas: «El chico fue entregado. Ella desapareció. Y usted la ayudó tres veces en su propósito». El colectivo se detuvo en la parada y Fran intentó articular una ridícula defensa. El cura lo abrazó sin compasión y le susurró al oído: «Que Dios se apiade de su alma». Lo soltó bruscamente, pegó un salto y se subió, y el colectivero cerró las puertas y arrancó sin esperar a nadie. Mi tío se quedó tieso y desconcertado en el cordón, y cuando volvió en sí abrió las manos y vio el frasquito con la cruz tallada. Lo alzó para examinarlo a contraluz, lo agitó, y dedujo que era una pequeña botella de agua bendita. «Qué demente —se rio con un escalofrío—. Qué delirio, qué demente». Le costó mucho llegar a la editorial y luego concentrarse en los textos y en las erratas. Regresó a Beccar en el último tren de la noche escuchando a un pentecostal que tocaba un bandoneón y anticipaba el fin del mundo.

No tenía ganas de cenar y pasó directo de la calle al baño y a las sábanas. Una y otra vez la morocha, el bebé indefinible con aquel gorro de orejeras, los bolsos pesados y las manos y las cejas del cura lo atormentaban. Al final se durmió y soñó que le hacía bestialmente el amor a Lina y que ella sangraba y sangraba. Y que le sonreía con sus ojos resplandecientes.

De golpe a Fran lo despertó un zumbido.

V

Se trataba del mismo ruido intermitente y de las mismas vibraciones. A Fran el corazón le retumbaba en las sienes. Se quedó un rato sentado en la cama cerciorándose de que estaba despierto y de que aquellas regurgitaciones no eran una mera alucinación. Y después apartó las frazadas y caminó en la oscuridad. Percibió la caída de sus cuadernos negros sobre el escritorio, creyó entender que los cajones se abrían y cerraban en la penumbra, y pegó un grito al escuchar el estallido del jarrón, que las enciclopedias arrastraron en su caída. Abrió la puerta del cuarto de invitados y prendió la luz esperando encontrar a Lina, pero solo vio que la camita crujía como si estuviera ocupada y que había un desorden reciente.

Corrió hasta el baño y se encerró con llave, y al mirarse en el espejo vio a un hombre pálido y asustado. Y también vio el frasco de agua bendita que había dejado

en el lavabo, junto a las canillas. Lo destapó con cuidado y se roció la cara, el cuello, los brazos y el torso como si fuera un perfume. Lo hizo rápido y dejó caer en el cesto la botellita vacía. Después se sentó en el bidet y se tapó los oídos porque los zumbidos y el eco del choque de los objetos iban en aumento y atravesaban la madera.

No recuerda cuándo cesaron esos ruidos inexplicables. Pero puede precisar el instante exacto en que empezó el frenesí.

Comenzó a rascarse históricamente una mano y luego la otra, y vio que tenía ronchas como picaduras de mosquito, y que el cuello y el pecho eran un mapa de puntos rojos. Supuso que se trataba de una alergia nerviosa, e intentó por todos los medios no rascarse, pero la picazón era irresistible y comenzó a restregarse el cuerpo con el cepillo de la bañera. Cuanto más se rascaba más le picaba y más se inflamaba. Se desnudó por completo para poder rascarse a gusto. Tenía una hinchazón notable en los testículos y en las axilas. Y ya le ardía la espalda y se rascaba contra los ángulos de los muebles y de las paredes, y pegaba alaridos mientras las uñas desgarraban la piel a tiras. Abrió desesperado el botiquín y se tomó de un trago todo un frasco de Benadryl, y después sacó una tijera, la abrió y comenzó a rasparse con ella los brazos y las piernas, y las plantas de los pies. La picazón era tan grande que salió del baño corriendo y se tiró en el piso para arrastrarse por la alfombra en busca de algún tipo de alivio. Se rascó la cara y el cuero cabelludo, y empezó a sentir que se le cerraba

la garganta, como si la urticaria también le creciera en el interior del cuerpo.

Enloquecido por la comezón, salió a la calle desierta y corrió desnudo gritando, y se desvaneció en la puerta de un locutorio cerrado y oscuro.

Lo tuvimos una semana en terapia intensiva. Se había autoinfligido heridas muy serias, tenía pulmonía y un cuadro psicológico que incluía intentos de suicidio. Le dieron una inyección de Decadrón cuando el ataque ya había terminado, y un psiquiatra lo escuchó durante varias semanas y le habló de la culpa. Francisco pidió licencia en la editorial y me lo traje a casa unos meses porque no quería volver a su chalet. Fue regresando progresivamente a su trabajo y a su hogar de solterón, de a poco, con marchas y contramarchas, progresos y retrocesos, hasta que una noche nos quedamos juntos a dormir en Beccar y diez días más tarde Fran se apropió de su casa, de su soledad y de sus libros, y retornó efectivamente a su vida anterior.

Le devolvieron el Gol negro y abandonó el tren. Y un día, seis meses más tarde, mientras venía por la avenida Maipú se detuvo en un semáforo de Vicente López y descubrió a Lina sentada a una mesa de un bar de mala muerte. Se la veía a través de los sucios vidrios de las ventanas. Lina estaba sola y tenía delante un capuchino espumoso. Fran tardó todavía unos segundos en verificar que fuera ella. Pero en esos segundos la morocha giró como si lo presintiera, le clavó los ojos y le sonrió sin ternura. Estaba embarazada y se acariciaba la panza

voluminosa mientras le daba picotazos al capuchino.
Llevaba el pelo trenzado y tirante.
Fran hizo como que no la veía.

PROHIBIDO ENTENDER ESTE MOMENTO

Fernanda García Lao
(Carmen de Patagones)

Ando como una casa en llamas.

BOHUMIL HRABAL, *Una soledad demasiado ruidosa*

1

La biblioteca está encerrada en la casa de su madre. Desde que ella murió, secuestraron la cerradura y Hortensio quedó del lado de afuera. Mientras la justicia define el litigio familiar, de quién es cada cosa, él no los puede tocar. Libros que son lobos que muerden, encerrados hasta que pierdan el filo de las hojas, de sus dientes. Esa porción de cielo sobre Patagones se le hizo abismo, pero todos los infiernos se hacen presentes acá, en Viedma. Qué sola está la tarde sin lectura en este mísero monoambiente. Nada para rumiar, silencio de tumba. El tiempo se tira en el suelo y no pasa, se dobla o retrocede. Hace un mes, Hortensio visitaba regularmente a su madre en el barrio del Tambor, del lado de Patagones. Sabía el lugar exacto donde se encontraba cada ejemplar. Hoy,

la certeza se ha perdido, su mente equivoca portadas. La lucidez y el tiempo son incompatibles.

2

Cuando la madre aún vivía, él montaba en su bicicleta cada mañana y cruzaba el puente ferrocarrilero que separa ambas ciudades. Con barbijo, debía cortar las uñas de los pies a la enferma. Con distancia, respirando para el lado contrario. Cada tos, una amenaza. Vaciaba el inodoro portátil con guantes. Calentaba el agua para la sopa que nunca tomaba con ella y, al atardecer, se ponía un libro en el abrigo para leer en Viedma. Al día siguiente, lo devolvía sin falta a la biblioteca. Ella padecía esos préstamos, cuidalos, que no se pierdan. Después revisaba las hojas, olisqueaba las juntas. Nuestro enemigo es el hongo, repetía Claudina.

Si hubiera sabido, Hortensio se los habría encanutado. Pero ya es tarde.

3

La enfermedad de Claudina lo obligó a mudarse. Tuberculosis, dijeron. Mejor te instalás en el sucucho vacío de la calle Tucumán, sugirió el tío Uriel. Viedma es más

barato y lo primero es la salud. Lo segundo, el bolsillo. La escasez económica o el miedo al contagio lo hicieron aceptar. Pero Hortensio se siente desterrado. A pesar de la distancia breve, un río es una frontera, una incisión que hierde. Los demás quedaron del lado de Patagones. Su prima Elena, farmacéutica, es propietaria de un local en la plaza Villariño. La abuela Nuria y el tío manejan un corralón en las afueras.

En el monoambiente, no hay libros pero sí aceites. También bombachitas mínimas en el último cajón de la cómoda, que no parecen de la familia de tan perfumadas y sencillas. Pero no se anima a preguntarle al tío Uriel ni a Elena si son suyas. Porque de la abuela no pueden ser.

4

Las primeras toses de la madre pasaron inadvertidas para Hortensio. Claudina era fumadora antigua y él dormía entre esputos, nada maternales, desde que era chico. Ese carraspeo marcaba los límites de la noche, igual que el río. La correntada se imponía en los meses de verano. El siseo de los sauces de la orilla llevaba y traía las flemas de Claudina. Hortensio no distinguía un sonido del otro. El invierno era una invitación al encierro. A veces, amanecían en la biblioteca, el verdadero corazón de la calle Olivera. A ese cuarto daban el resto de las habitaciones, pero madre e hijo estiraban la

lectura hasta bien tarde, recostados en sus divanes de capitoné hundido. La chimenea se mantenía encendida, igual que los cuchicheos. Ella leía como quien reza. Una mano en el pecho, otra en la página. Claudina, junto a los clásicos. Hortensio, móvil, infiel. De un estante a otro, como un pájaro hambriento. Hasta que se detenía atraído por uno solo y ocupaba su diván.

5

La noche lo sostiene a Hortensio en el monoambiente, tembloroso de sí mismo. Abre la canilla. Mete la nuca doblada para que el chorro lo devuelva a su lugar. Al silencio en que vive. Para sentirse menos solo tiene que subir a la terraza compartida. De la terraza, sale una escalera para trepar al tanque de agua. Desde ahí puede ver su pasado en la otra orilla. Cuando hay luna, Patagones se hace nítido. Si no, sobre la oscuridad verdosa del río Negro, Hortensio es capaz de imaginar la mudanza por venir. Ochenta y cinco cajas de cartón viajando hacia él por el puente viejo. Ochenta y cinco cajas repletas de palabras vivas escritas por muertos, pila sobre pila. Se ve abriéndolas, los dedos sucios, haciendo rascacielos contra las paredes del sucucho. El espacio repleto, exceptuando el hueco de la ventana y la puerta del bañito. Apretado pero feliz. Como las bombachas.

Al bajar del tanque, se encierra y termina haciendo

un dibujo en tiza de los libros. Con ese mapa artificial se duerme. A veces también huele una tanguita. Las antiguas dueñas, amantes del tío Uriel, porque de Elena no pueden ser, dejaron sus trofeos, o fueron seducidas solo para eso, para terminar en el último cajón de la cómoda y humedecer la nariz del sobrino insomne.

6

Cuando Claudina empezó a escupir sangre, Hortensio no se asustó. Estaba habituado, como lector, a esas contingencias. «La muerte y la enfermedad suelen ser hermosas, como la fiebre tísica de la consumación», había leído en Thoreau. Lavaba los pañuelitos de su madre con orgullo, era una muestra de sensibilidad poética. Su prima Elena no estaba de acuerdo. Pero cuando supo, el bacilo se había enamorado de los pulmones de Claudina y avanzaba, incontinente, sombreando su pecho.

7

Esta mañana, mal sabor en la boca. Las comisuras secas. Remarcar los restos de tiza taponando la garganta. El día parece una anémona de papel. Hay que vestirse, caminar hasta el juzgado.

8

Primera audiencia y Elena le disputa a Hortensio la fracción de surrealismo, literatura del Este, fantásticos y folletines varios. La abuela Nuria trae una lista. Aspira al siglo XIX, el arte zulú, rusos, nipones y novelas de aventuras. El tío Uriel desea la enciclopedia británica y algunos sectores de voluptuosidad francesa. Siempre fue un tipo discordante.

Hortensio considera que todo es suyo. Leyó entre la desesperación y el desconsuelo. Y fue el único que mantuvo limpio el horizonte de cada estante. Pasaba el plumero entre libros, cuando su mamá empezó a perder la vista, antes de la tuberculosis.

—Señor juez, soy un lector irremediable. He anes-
tesiado mi vida para estirar el tiempo. Los muertos
me escriben. Conozco mejor sus cabezas que las de
nadie, incluida la mía. Para el resto, la biblioteca es
un modo de llenar espacios de vida ociosa. Elena
maneja el esnobismo como método de sublimación
estética, mientras vende ibuprofenos. La abuela Nuria
utiliza el siglo XIX como sedante. Y el tío Uriel es
un cobarde, emplea la literatura para evadir apuros
genitales y seducir jovencitas en el corralón de ma-
teriales. Encontré más de quince bombachas en el
departamento...

Hortensio no puede continuar. Los herederos se han
encolerizado. Indignación general. Al secretario no le
dan los dedos.

—Hace tiempo que mi primo quiere privarnos del poder del lenguaje —dice Elena, casi en llanto.

—Se cree alguien —la abuela Nuria es menos sentimental.

—El rencor lo acompaña desde siempre, señor juez —dice el tío, y algunas gotas de saliva se descuelgan de su boca.

Las voces del grupo crecen y se trenzan. No hay acuerdo.

—Desalojen. Los veo en siete días —el magistrado chasquea la lengua, ya huele los calzones al horno de barro que su asistente ha dejado sobre el escritorio.

Hortensio sale sin saludar. Nuria y el tío se dirigen a una máquina de gaseosas, para darle la espalda. Elena fuma en el pasillo y le clava los ojos. Está vieja, sequísima. Ya no se parece a la que era. El guardapolvo blanco no ayuda, le sobra varios talles. Más que farmacéutica parece alumna veterana y repetidora, la mirada siniestra.

9

Hortensio pedalea sin dirección, pierde el tiempo. O se pierde en el tiempo. O el tiempo lo pierde a él. No sabe. Sin haber reflexionado, se oculta tras un furgón sucio, ruinoso. La casa de su mamá está a la sombra de varios paraísos, en la calle Olivera. Un hilo de luz se refleja en el pomo gastado de la puerta, esa puerta atravesada por

una faja judicial. Parece una invitación a ser corrompida. Hortensio se queda quieto. Espera a que el corazón se le normalice un poco. A la hora de la siesta, el mundo desaparece. Mete la bicicleta bajo el chasis del furgón, para que nadie la vea, y cruza. Extrae su llavero. Ninguna llave abre la puerta, tenía que probar, aunque supiera. Rodea el paredón, salta por el patio lindero.

10

Claudina Turienzo había nacido en Asturias, de padre médico y madre ciega. La enfermedad los había unido cuando las dioptrías de ella se hicieron pantano. Se veían, es un decir, en el hospital público a diario, y cuando decidieron formalizar se encontraron con la oposición de la familia del oftalmólogo. La asimetría de clases y de visión generaba controversias. Decidieron abandonar Avilés para recalar en América con su pequeña hija y una inmensa biblioteca. La ciega había parido una niña vidente que le hacía de lazarillo. Claudina aprendió a leer antes que a masticar.

En la travesía hacia el sur, las tormentas inundaron varias veces la bodega del barco que los trasladaba. Unos mil ejemplares sucumbieron. A pedido del capitán, fueron arrojados al océano. Estaban flácidos, ilegibles. El doctor presenció la aniquilación del sector isabelino y vio flotar el Siglo de Oro español sobre las olas encrespadas

del atlántico. La ciega nada pudo ver, pero escuchaba el chapoteo y sabía. Nada peor que imaginar. Las visiones negras no la abandonaron el resto del viaje. Aún despierta empezó a escuchar voces, una polifonía que llegaba desde el fondo, los libros hundidos la buscaban. «Así a mi enfermo y loco pensamiento / que en su daño os me pide / yo querría quitarle este mortal mantenimiento». Las palabras de Garcilaso sumergido terminaron con su cordura. Impenitente, decidió morir antes de llegar a Patagones. Una ingesta indiscriminada de barbitúricos que tomó prestados del maletín de su marido se la llevó.

Instantes previos a su inmolación, pidió a Claudina que repitiera unas palabras: Cuidaré de la biblioteca como si fuera mi cuerpo y engendraré lectores que le den sentido.

—Escucho el braceo tenebroso de Hamlet y los gritos de Ofelia saltando por la borda —dijo después la ciega, ya en tránsito.

Claudina no se apartó de su madre hasta que la llevaron a la popa y la entregaron al agua. Su cuerpo se hundió de inmediato.

Miedo al estallido de sus venas. Hortensio rompe la ventana que da a la biblioteca y le parece escuchar un gruñido comiendo la oscuridad de la casa. No puede

encender la linterna que ha puesto en su abrigo esa mañana. Está nervioso. Sin entrar, acobardado, tiene la sensación de que los estantes están vacíos. Que los libros cubren el suelo y se mueven como perros. Tantos lomos agitados asustan, algunos marrones, otros negros. La maraña se mezcla y afirma sus malas intenciones. Casi ladran, o invocan al juez.

Hortensio se lastimó al romper el vidrio, por eso la tierra junto a la ventana se ha manchado de sangre. Una vecina lo ve desde su patio. Solo una tela de gallinero los separa.

—Hay que sacarlos —le dice ella con voz fuerte.

—Sí, han entrado perros, y son feroces.

Ella lo calma, aparta la tela metálica hacia un costado. Se acerca.

—¿Qué perros? Me refería a los vidrios de su brazo.

—Ah, no.

—Soy Felisa. ¿Y usted?

—Hortensio.

—Lo vi el día que se murió su mamá, ¿se acuerda? Venga que lo desinfecto, es un minuto.

Hortensio accede, pálido. Ella lo invita a cruzar el alambrado y, ya en la cocina, le señala una silla para que se siente. Felisa sale. A él, los azulejos tan verdes le recuerdan el traje de terciopelo verde aceituna de Miss Hilton, la del cuento de Silvina. Tercero de la izquierda, segundo estante sobre el diván de su madre, escritoras argentinas. ¿O era el cuarto?

Felisa trae una toalla, alcohol, una pinza de depilar.

El reloj de la cocina gira diez veces cuando saca el último vidrio.

—Ya está. No se olvide de respirar, Hortensio. Me parece que usted piensa demasiado. A ver si se ahoga.

Él no responde, ¿acaso le parece sospechoso? Ella sirve dos tazas de café. Silencio. Solo el girar de las cucharitas.

—No se vaya a confundir —él intenta aclarar la situación—. Es que me olvidé las llaves de mi casa.

A Felisa no le importa. Tiene otra cosa en la cabeza.

—Qué le parece, Hortensio —y mete la mano en su delantal. Le alcanza una hoja escrita en letra enana, un poco fruncida: «Se necesita con suma urgencia hombre con tiempo libre y espíritu de sacrificio que pueda satisfacer a señora no tan fea».

Hortensio sonrío.

—Me gusta. ¿De quién es? ¿Arlt?

—No, es un aviso.

—Para qué.

—Para el diario. No tengo a nadie, yo.

—Disculpemé. Se me hizo tarde.

—Vuelva cuando esté cerca.

Sale apurado, tanto que se olvida la linterna sobre el pasto de su mamá. Recupera la bicicleta y toma el puente. Esa noche no piensa más que en Felisa. No la miró bien, pero le sintió cierto perfume agradable. Felisa huele mejor que cualquier bombacha y cada frase leída en el pasado lo remite a ella. Incluso la desgracia de la familia parece mitigarse al evocarla.

12

Claudina Turienzo vivió sola con su padre hasta que Nuria Rama fue contratada para limpiar de lunes a viernes. Pronto el bamboleo de sus mamas picudas y adolescentes atrajo al viudo. Como era un señor y quería probarlas, se casó con ella. Nuria tenía la misma edad que Claudina, pero fue su madre postiza cuando cumplieron 16. El doctor Turienzo murió al poco tiempo, de improviso, sin dar señales de enfermedad alguna. Fue un muerto sanísimo que dejó a su joven esposa embarazada. Cuando nació Uriel, Claudina se sentía rodeada de usurpadores. El único refugio posible era la biblioteca. Nuria no leía y su medio hermano pasó del babero a las matemáticas sin escalas. Quién se iba a imaginar que pelearían por los libros.

13

Tras el episodio con Felisa, Hortensio se encierra toda la semana en el monoambiente. Pinta y despinta las paredes con tiza verde. Traza líneas y nombres, borra, corrige. Rusos al lado del baño, zulúes junto a la ventana. Prepara unas palabras para llevar al juez, no quiere distraerse: El alma es un imán, no me priven de mí. Yo soy la biblioteca.

14

Al cumplir 21, Claudina se quedó legalmente con la casa de la calle Olivera porque así lo había dispuesto su padre. Nuria y Uriel heredaron los campos en las afueras de Patagones que el doctor había comprado meses antes de su deceso, y allá se fueron, ofendidos. Los Rama de Turienzo solo coincidían con Claudina en eventos familiares que incluyeran nacimientos, misas o cualquier otro trastorno del pensamiento. Sin embargo, cuando nació Hortensio no aparecieron. Era hijo natural y nadie sabía cuál era su real ascendencia. ¿Sería heredero? Claudina lo anotó Turienzo y no se habló más. Pero los Rama pasaban las noches urdiendo estrategias para desalojar a Claudina y a su bastardo. Su tuberculosis fue muy festejada. La única un poco al margen era Elena, o eso fingía. Había sido adoptada por Uriel y sentía cierta afinidad con su primo casi huérfano.

15

Necesito cruzar a Patagones, estar de ese lado, se dice Hortensio. Sube a la bicicleta dos horas antes de la cita con el juez, y se pasea por las inmediaciones de la calle Olivera. Hasta se detiene a orinar junto a unas cuevas maragatas en mal estado. Quiere ver a Felisa de nue-

vo, aunque no está seguro de reconocerla. Olvidó si era rubia o pelirroja. Alta o renga. Tampoco le suena del velorio, pero fue un momento atroz aquel, cómo recordarla.

—Estuvo su familia por acá —Felisa lo sorprende desde atrás, trae unas bolsas. Es rubia y no renguea. Un poco más alta que él.

—Qué familia —Hortensio está inquieto y no puede sostener la mirada.

—La señora mayor y el que maneja el auto caro.

—¿Dijeron algo? ¿Entraron?

—Nada. Qué le parece —Felisa mete la mano en su delantal y extrae un papel—, estuve corrigiendo.

«Mujer sensible pero práctica busca hombre al revés».

Hortensio sonríe, quiere besarla. Es la primera vez que quiere besar a alguien. Ha tenido escarceos sexuales, sobre todo consigo mismo, pero nunca sintió afecto. Solo necesidad. Felisa no parece una mujer sino un texto. Le resulta irresistible. Además, tiene un asombroso poder de síntesis.

—No se preocupe, Hortensio. Soy inofensiva.

—Me gusta. El aviso, digo.

—¿Quiere tomar algo? Traje unos licores.

Felisa no espera respuesta, cruza la calle en dirección a su casa, él la sigue. El cielo del mediodía anula cualquier sombra. Al mirarla desde atrás, Hortensio se detiene en algunos detalles. Ambiciona su nuca. El pelo atado de ella deja al descubierto la pelusa de la zona alta

del cuello. Dónde leyó una nuca así, no recuerda. Ella borra cualquier cita.

Él deja la bicicleta junto a la puerta de la cocina y se introduce, discreto.

16

Llega un poco tarde a la segunda audiencia. Hortensio ha tomado unas copas y está atolondrado por el ardor reprimido que Felisa le provoca. La familia no saluda. El tío Uriel le acerca al secretario del juez una bolsa transparente. Indignado.

—Un intento de hurto, su señoría. Encontramos esto frente a la ventana rota de la casa en sucesión. Es una linterna que le regalé a Hortensio hace mucho. El objeto lo delata.

Nuria y Elena simulan desconsuelo. Se toman de las manos.

—Nunca fue bueno. Prefería la lectura antes que a nosotras —pronuncian a coro.

—¿Algo para decir, Hortensio? Qué decepción.

—Señor juez, el alma es un imán...

—Cállese, por favor. No insulte mi inteligencia. En una semana estará el veredicto. Mientras tanto, distráigase, señor Turienzo. Viva un poco. Pero lejos de la biblioteca de la familia. Restricción de treinta metros para usted. ¡Desalojen!

17

La muerte de Claudina sucedió de noche, mientras Hortensio leía. Se había llevado la *Eneida* a su monoambiente. «...pero cuanto más ella se esfuerza, tanto más fatiga él su espumante boca, domando aquel fiero corazón e imprimiendo en él su numen», libro VI, 80.

Sonó el teléfono. Hortensio no detuvo su lectura, era muy tarde y el párrafo lo tenía seducido. En la mañana, al llegar a la casa de la calle Olivera, fue notificado. Su prima estaba furiosa.

—Pasé anoche y encontré a la tía en el suelo, sin pulso. Y vos, en tu mundo. ¿No escuchaste el teléfono?

—A qué hora fue. ¿Dijo algo? Palabras exactas, por favor.

—Qué iba a decir si estaba muerta.

—No sé, cualquier cosa, un suspiro, algo. Como para reconstruir textualmente su partida.

—Ay, Hortensio. Están por caer los invitados y yo tengo que cambiarme. No le estés muy encima, ya está.

18

Hortensio se sentó junto al cajón de su madre. La habitación tenía cerradas las persianas, pero en la oscuridad de los tres velones podía verle la cara. Le pareció que el gesto de ella le estaba dedicado. Sacó la *Eneida* de la

cartera y casi en puntas de pie se dirigió a la biblioteca. Lo ubicó en el estante correspondiente y regresó a su lado. Como no venía nadie, volvió a la biblioteca. Sin lectura, la muerte se había hecho enorme, no cabía en la habitación y se restregaba contra el techo, intentaba salir por el hueco de la chimenea apagada. La muerte necesita de actividades para disminuir, para ser imperceptible. Hortensio eligió al azar un libro, abrió en cualquier parte y leyó en voz alta, de parado: «Si no enloquecí en esos momentos de absoluta desesperación, se lo debo sin duda a los horribles cangrejos que tan amenazadoramente me rodeaban».

19

Cuando el tío Uriel apareció con su traje negro, brillando como un corcel recién bañado, Hortensio reía llevado por la audacia de Wilcock.

—¿Qué estás haciendo? Me das vergüenza, tan deshumanizado.

—Necesitaba una salida momentánea. La muerte...

—No te justifiques, Hortensio. Perdiste la moral con tanto libro. Reír con el cuerpo de Claudina aún caliente es un modo de humillarla de nuevo.

—Nunca la humillé.

—Andá junto a tu mamá a recibir a los mozos, hazme el favor, yo tengo que ir a pagar el timbrado.

20

Cuando Hortensio regresó a la habitación, el cadáver de Claudina no estaba. Cuánto tiempo había pasado. Miró bajo el cajón. Con timidez, comenzó a revisar la habitación, llamándola, como quien llama a su mascota. Abrió con dudas el armario, mamá, mamita. Entró al baño. Estiró la mano, temblaba. Corrió la cortina de la bañera, nadie. El corazón trotaba locamente. Regresó al cajón vacío, casi le pide a dios que su madre estuviera bien muerta donde la había dejado. Pero no. Un adorno floral ocupaba el centro de ese vacío. Intentó recordar alguna ficción que iluminara la causa de semejante desvanecimiento, pero estaba solo frente a una situación inédita. Junto a la ventana vio la tapa del féretro. Y para ganar tiempo, la puso encima, como quien tapa un guisado para que no se enfríe. Salió justo cuando los mozos entraban con café y pancitos salados. Quiso preguntarles si habían visto a Claudina, pero prefirió el silencio. Recorrió las habitaciones, al borde del desmayo.

21

En el patio central ya estaban algunos dolientes. La abuela Nuria se detenía en cada grupo y lloraba un poco en cada uno. No podía interrumpirla en su reparto de dolor.

Un señor con bastón le cortó el paso.

—Hortensio, vos seguro no me recordás porque no me conocés, pero soy amigo de tu mamá, el licenciado Tracio, abogado de familia. Seguro que escuchaste hablar de mí. No veo a nadie conocido, no conozco a nadie en realidad. Vos sos el único que identifico. La tristeza te delata. Si necesitás un letrado, decime. Igualito a Claudina cuando tenía tu edad sos, aunque algo más viejo de lo que esperaba. Dónde hay una silla, querido.

Hortensio negó con un gesto girando sobre sí mismo, desconcertado. A los pocos grados quebró el círculo que había establecido y se metió en la cocina. Cuando su madre leía, él solía reflexionar en voz alta, para no molestarla.

—Dos veces he perdido a mamá hoy, una en cuerpo y otra en alma. Si yo fuera Poe, dónde la habría escondido.

Terror a no verla más, a que Tracio sea un impostor, un Rama, otro aspirante. Hortensio estaba aterrado, ese linaje lo ponía nervioso. La orfandad total le parecía más adecuada. Obviar cualquier sentimiento, por prevención.

—Mamá, mamita, dónde te has metido.

Frente al juez, Hortensio se siente estafado. ¿Treinta metros de distancia obligatoria con la casa que le pertenece? La ley contra el sentido. El horror no descansa.

—La biblioteca soy yo, su señoría.

—No diga pavadas y desaloje.

Un oficial lo invita a empujones a retirarse. Hortensio se empaca en la puerta y sin saber cómo, vuelve a la casa de Felisa. Calcula la distancia. Cincuenta metros. Es legal acercarse. Ella está sentada en el porche. Tiene un vestido de flores algo decolorado, sobre todo en los bolsillos. Sin saludarlo, le extiende un papel.

—Lea, Hortensio. Qué suerte que vino.

«El día de ayer no sirvió para nada. Siempre ayer es mentira».

—¿Otro aviso?

—No. Mi epitafio.

—Pero aún está viva. Usted existe con más intensidad que la mayoría.

—Sí, pero no me contesta nadie. Y eso que el diario es de capital.

—Yo la veo bien.

—¿Café?

—¿No tendrá algo más fuerte?

Tracio quería hablarle de cierto asunto y lo siguió hasta la cocina, pero Hortensio no quiso escucharlo. El cadáver de Claudina debía volver a su lugar antes del entierro. Se darían cuenta de su falta en cuanto levan-

taran el cajón sin peso. Hortensio esquivó a Tracio, pero tropezó con alguien que tiró sin querer al suelo. No se detuvo. Corrió, como alma que lleva apuro y se alejó de la casa, barranca abajo. Pensó en suicidarse, igual que su abuela ciega. Si moría, nadie podría responsabilizarlo de haber perdido a su madre en un momento tan delicado.

Llegó hasta el puente y allí mismo se cruzó con un coche fúnebre que iba en dirección a su casa. La muerte es previsor, pensó. Luego recordó que era para Claudina. Regresó despacio, decidido a confesar.

La abuela Nuria lloraba sobre el cajón abierto.

—Asumo mi culpa —dijo Hortensio, solemne.

—No sos responsable de la apropiación indebida —el tío Uriel le acercó una copa de vino.

—Qué apropiación, yo no la tengo —Hortensio no entendía.

—Se la llevaron —la abuela Nuria actuaba con intriga.

—¿De qué hablan? —Elena entró vestida en exceso. Se había puesto una estola de la muerta.

—Del cadáver de Claudina. Han pedido cosas a cambio de su restitución: el diván, los libros, algunos enseres. Un *chantage* —la abuela Nuria se hacía la fina.

El tío Uriel le mostró a Hortensio una notita que, según dijo, había encontrado entre las flores del cajón.

—No entiendo la letra —le dijo Hortensio—. Me bailan las palabras. Pero nos dan dos horas. Después Claudina perderá líquidos.

—La nota dice que, si no aceptás, se quedan con tu mamá —Tracio apareció rengueando y sonriendo, parecía el autor de la estrategia—. Hace rato que te lo quiero decir.

24

Hortensio entendió que le habían tendido una trampa. Miró uno por uno a sus familiares, incluido el leguleyo extorsionador. Pero no los vio. En su lugar, la ciega en la borda, Claudina jurando. Se vio a sí mismo del otro lado del río, sobre el tanque de agua. Y dijo que no. Que no entregaba nada.

—Total, ella no está en su cuerpo. Claudina vive en cada estante, en cada verso. Igual que la abuela, igual que yo. Nosotros somos eso.

Nadie dijo nada más. Se enterró el cajón vacío y del cuerpo de Claudina no volvió a saberse. Frente al curioso epitafio, «Acá no estoy», Hortensio leyó *Clavel y tenebrario*, de Marosa, estante cinco, diván izquierdo, escritoras uruguayas. Era el único en el cementerio.

«Anoche, me pareció que yo era mi abuela, la anti-gua rosa, la Rosa antigua, que pasaba, ciega, los escalones de la casa, y los del Más Allá».

Los Rama lo llevaron a juicio.

25

Los minutos arrastran sus alas como insectos extraviados entre Felisa y Hortensio. Ellos los esquivan. Coro de respiraciones lánguidas, miradas sin dirección. Ginebra pura. Él comienza a hablar de su biblioteca. Mamá la dejó en mí, dice y se emociona. Felisa acerca su silla. Hortensio continúa su exposición, está más lúcido que nunca. Vinieron en barco desde España, ¿se imagina? Son mi sangre. Ella lo contradice: los libros no existen, no se mueven, están muertos. Y se acerca un poco más. Las sillas quedan pegadas como bancos de iglesia.

—Cómo dice algo tan triste, Felisa. Sin libros no hay humanidad posible.

—Yo soy humana y no leo.

—¿Y las ideas? —insiste Hortensio.

—Prefiero la gente. Por ejemplo, su familia. Nunca vi una muerta flotando en el río de un modo tan lento.

—¿Qué dice?

—El día del velorio, cuando sacaron el cuerpo de su mamá por la puerta de atrás y lo pusieron en el río. Fue un gesto lindo, pero había poca agua y tardó en irse.

26

Perplejidad absoluta, cierre de glotis. Gesto inesperado de Hortensio, que se toca las sienes como si fuera a re-

ventarlas. Felisa abandona su lugar y se sienta sobre él. Es lo primero que se le ocurre. Ninguno dice nada. Se podrían leer un par de haikus en el silencio de esos cuerpos, uno encima del otro, versos sueltos que no encuentran su forma. Por fin, Felisa lo besa para no dejarlo con su angustia tan a la vista. Sabe a alcohol sin lavar, ella. La entrepierna de Hortensio se pone tórrida. Tropical. Felisa lo arrastra hasta la cama y allí lo desvirga, o eso cree. De pronto nada que decir. Hortensio sin referencia bibliográfica. Cuarenta y dos años para quedarse mudo en un instante. Su semen lo anula. O el culo de Felisa, una manzana perfecta que no da tiempo a reflexionar. Hay que morderlo. Ella susurra: prohibido entender este momento. Lo dice porque sí, es una inconsciente. Hortensio concluye que el presente mata cualquier dolor antiguo. O que cuerpo mata palabra.

27

La noche se tira sobre ellos y les cierra los ojos. Hortensio sueña que su mamá sonríe entre hojas húmedas, flotando entre simbolistas. La enagua le brilla olorosa, descompuesta. Parece una letra mayúscula semidesnuda. El principio de un cuento que terminará mal.

28

Al despertar, Felisa no está en la cama. Una luz extraña hace tambalear la oscuridad de este amanecer que no arranca. Hortensio abre la puerta del porche con un temor irracional en el cuerpo y ve al juez esperando a que un oficial abra la puerta de la casa de la calle Olivera. En el coche están el tío Uriel, su prima Elena, Tracio y la abuela falsa. Esos canallas. Pero el horror se mitiga un poco cuando, más allá del alambrado, descubre a Felisa. Los demás no pueden verla, no les da el ángulo. Tiene un bidón de nafta en la mano y sonríe frente a la ventana que rompió Hortensio hace días, la de la biblioteca. Antes de que el juez logre entrar, ella levanta el bidón y moja las cortinas. Después lo mira a Hortensio esperando una señal. Él dice que sí con un leve movimiento de cabeza.

29

Felisa prende un fósforo, otro más. Él sale corriendo para abrazarla, cruza el cerco. La biblioteca arde rápido. Pronto las llamas son más altas que ellos.

UN DÍA DE ABRIL

Sylvia Iparraguirre (Los Toldos)

—¿Le sirvo más café, mamá?

Acababan de desayunar. Abstraída, se había quedado mirando la destemplada mañana de abril a través de la puerta—ventana del comedor. Dejó la taza sobre el plato. La decisión estaba tomada, pensó. No el hecho en sí, meditado y resuelto hacía tiempo, sino que fuera hoy. Lo supo ni bien abrió los ojos, al amanecer.

—No, gracias. Levanten la mesa si quieren...

Volvió la mirada a los helechos en la galería. Era lo que más le gustaba de su casa y de esa hora.

—Van a encargar las invitaciones a una imprenta de La Plata... —explicaba Antonia.

El tema ocupaba hacía días a Antonia y Mercedes, sus dos hijas solteras: el casamiento de Raquel, una de sus amigas más cercanas. Como a menudo le sucedía, la conversación la arrastró al pasado, a su propio casamiento, en 1892, el año en que pasó el ferrocarril. El viaje en la americana hasta la casa de campo, donde se instalaron con su marido, vecina a «los toldos de Co-

liqueo», los primeros en asentarse en el lugar. A ellos debía su nombre el pueblo. Después, alrededor de indígenas, criollos y europeos, el campo había sido alambreado y sembrado y el pueblo había crecido. Guardaba recuerdos vívidos de aquella primera época: la de fundar el hospital y la escuela, la de ayudar a los que llegaban de lejos. Época que tantos años después le parecía más real, más verdadera que la de hoy, tal vez porque ella era joven entonces. Aunque todavía, pensó con cierto regocijo, en plenos años 30, podían verse sulkys con gente «de la tribu» que venía a comprar víveres o al hospital, y paisanos de bombacha y sombrero, con el caballo atado al poste del almacén. El campo estaba ahí nomás como esperando un descuido para posesionarse otra vez de todo. Aunque algo era distinto. Ahora los jóvenes, lo sabía por sus hijos que frecuentaban bailes y reuniones, tenían más tiempo libre y con él, para la diversión y las habladurías, algo que jamás había tolerado, pero que salpicaban las conversaciones de la gente ociosa.

Como si volviera en sí, se sobresaltó; había perdido tiempo. Se levantó y arrimó la silla a la mesa. No eran esas cosas las que importaban esa mañana. Desde dos meses atrás le preocupaba algo que atañía a su familia, o tal vez, solamente a ella. Dejó el comedor, fue a su cuarto y cerró la puerta. Buscó la ropa en la parte honda del enorme ropero y la ordenó en el bolso de mano. Se puso un abrigo liviano y echó una rápida mirada al espejo. Vicenta era una mujer pequeña, que irradiaba energía; la alegría había sido en ella una condición na-

tural; sus manos, inquietas, siempre encontraban alguna ocupación. Llevaba el cabello blanco recogido en un prolijo rodete. Sus ropas no podían ser más sencillas y prácticas. Cuando estuvo lista, se ató el pañuelo debajo de la barbilla y salió del cuarto; atravesó la biblioteca y el escritorio y se asomó al comedor.

—Vuelvo para el almuerzo —dijo.

Antonia, la menor, se quedó mirándola con una taza en la mano.

—¿A dónde va, mamá?

—Voy a hacer una diligencia.

Ya Mercedes la miraba enarcando las cejas, a punto de decir algo. Dio la vuelta antes de que le preguntaran nada. Desde la muerte de su marido, siete meses atrás, era la cabeza de la familia y se estaba habituando muy bien a no dar explicaciones. Sus hijas todavía no lo entendían del todo; los varones lo aceptaban mejor. En el zaguán, recogió el bolso y salió.

Ya en la calle se sintió libre, impaciente. Sus hijas le recordaban todo el tiempo que ese invierno cumpliría 75 años. No hacía caso a la advertencia; aunque no lo decía, se sentía joven. La esperaba atravesar el pueblo de un lado al otro. Y eludir las calles habituales. Todo el mundo la conocía y, si se paraba a saludar, no le iba a dar el tiempo para lo que tenía que hacer.

—Buen día, doña Vicenta...

Su vecina barría la vereda y ya la miraba como para comentarle algo. Le contestó amable, pero sin detenerse.

Hizo un tramo de cinco cuadras y cruzó el bulevar. Un poco más adelante alcanzó la calle de tierra que debía seguir. Aunque ahora todas las calles tenían nombre, para ella esta seguía siendo la antigua «calle de los paraísos». El día se había despejado y brillaba el sol. Los árboles y los pájaros despertaron de inmediato su instintivo amor por el campo, su vínculo profundo, inmovible, con la vida y todo lo viviente. Sentía el impulso ansioso de lo que se disponía a hacer. Vicenta pensó en sus hijas, a veces tan quisquillosas. Había que comprender que querían casarse y ser bien vistas, como lo eran. Ya el luto les pesaba. Dos mujeres por casar, los varones casados, otro varón soltero y Santiago. El pensamiento de su hijo muerto ese año en plena juventud le produjo un sobresalto del corazón, una punzada en la boca del estómago. La muerte de su marido había sido parte de la vida, algo natural; la de su hijo, un hombre de 30 años, no. Quién iba a decir, cuando se acompañaban los dos junto a la cabecera de su marido enfermo, que Santiago iba a morir antes que su padre. Viniendo de la capital, el coche embestido por el tren en un paso a nivel sin señalar. Ese dolor había sofocado al siguiente, como si hubiera triunfado sobre él. Porque el dolor del hijo muerto era mayor que el del marido muerto. Y, ahora, hacía dos meses, esta otra muerte.

De lejos, reconoció la casita, había estado ahí hacía 3 años. Al acercarse descubrió dos ranchos que antes no

estaban; uno, detrás de la casa y otro, unos cincuenta metros más allá, como si quisiera empezar a formarse un barrio.

Abrió la puerta de alambre tejido sobre la vereda de tierra y golpeó las manos. Se le estrujó el corazón al ver el abandono en que había caído la casa; antes era humilde, pero linda de ver. Dos perros grandes y flacos le ladraron. No salió nadie. Desde atrás le llegó el grito de un chico. Había una palangana agujereada junto a unas macetas torcidas donde las plantas crecían de cualquier modo. Pasó por el costado y se asomó al patio de atrás. Dos chicos de 5 y 6 años —sabía las edades— jugaban con unas latas vacías. Cuando notaron su presencia quedaron inmóviles. No cabía duda de que eran los hijos de su hijo. Los mismos ojos casi grises, el mismo corte de cara, los semblantes paliduchos. Más allá, el de 3 años estaba sentado en la tierra; la carita redonda, chata y morena, tenía la misma expresión de inocencia que ella recordaba haber visto en la cara de la madre. Había trastos tirados y unos cajones de fruta apilados. Una mujer gorda, de espaldas, tendía ropa sobre el alambrado del fondo. Se acercó más en el mismo momento en que la mujer se daba vuelta y se inclinaba sobre el balde. Levantó la mano en un gesto de saludo con el que quiso aplacar el susto que podía darle a la mujer, pero la mujer gorda no sufrió ningún sobresalto. La miró sin expresión.

—Buenos días.

—Buenos días —contestó la mujer, caminando despacio hacia ella.

Los chicos la miraban; el de 5 se puso detrás de la mujer y desde ahí asomaba la cara. Ella le tocó la cabeza como para tranquilizarlo. Vicenta agradeció en silencio ese gesto.

—Soy la abuela, la madre de Santiago; estos tres chicos son mis nietos.

La mujer la miraba, sin entender, con una actitud pacífica, que de inmediato se la hizo cercana.

—Cuando la mamá murió no pude venir —el de 3 años se había puesto a gimotear bajito—; estoy de luto... mi marido estuvo meses muy enfermo y murió. —¿Por qué estaba dando tantas explicaciones? Dijo de golpe—: ¿Usted es pariente...? ¿Una vecina?

—Sí, señora —contestó al fin la mujer—. Yo vivo allá.

Giró el cuerpo y señaló el rancho de al lado. El más chico empezaba a llorar. Con parsimonia, la mujer lo levantó del suelo. El chico tenía la cara sucia de tierra y mocos. Estaba desabrigado.

—Soy la madre de Santiago, sabrá que murió hace menos de un año, en un accidente...

Dejó de hablar.

A la mujer se le redondearon los ojos. En ese momento se dio cuenta completa de quién era la visita y de la situación.

—¡Ah! Mire, yo le decía a mi marido que a mí me parecía que la Juliana se murió de tristeza —se arregló el batón sobre el pecho—. Hace dos meses que se quedaron solitos...

No dijo más y la miró.

—¿Y quién se ocupó...? —dejó en el aire la pregunta, pero la mujer entendió. Hizo un gesto vago con el brazo.

—Acá, entre los vecinos...

Ella asintió. Se quitó el pañuelo de la cabeza y buscó algo con la mirada. Vio una mesa destartalada apoyada contra la pared de la casa. Puso el bolso arriba, se quitó el abrigo liviano y lo dejó junto al bolso. Con una sonrisa se acercó a los chicos. El luto que llevaba la incomodó. Hubiera querido estar vestida de blanco. Tomó al más chico en los brazos.

—Hola, José; soy yo, tu abuela —el chico empezó a hacer pucheros mirando a la mujer—. Vamos a ver qué hay acá...

Mientras hablaba fue hasta el bolso y de un gran monedero negro sacó un caramelo. Lo desenvolvió y se lo puso en la boca. El chico empezó a mover los labios de un modo gracioso.

—Y este es para Pedro, y este para Santiago.

Desde la cara del mayor la miraron los ojos de su hijo muerto. Se agachó y los besó, después estrujó al más chico entre los brazos y dijo:

—No voy a poder agradecerle en la vida lo que ha hecho por mis nietos.

La mujer se llevó la mano al pecho. Se le había subido el color a la cara.

—Señora, no faltaba más...

Vicenta levantó un cajón de fruta y lo puso vertical.

Se sentó, acomodó el más chico sobre la falda y llamó a los otros a su lado para darles caramelos.

—Entonces, señora... —dijo la mujer animándose, como quien empieza a amoldarse a la situación—, ¿usted será doña Vicenta? —tenía un cantito provinciano riojano o mendocino; ella asintió—. Su hijo venía siempre a verlos, y cuando la Juliana anduvo muy enferma que casi se muere, antes de que naciera este —señaló al más chico—, él... —ella supo que iba a decir Santiago, pero no se animó—, él estaba muy sentido. Primera vez que vi llorar a un hombre.

Se quedó callada.

—Qué va a hacer —dijo, y movió la cabeza pensativa—. Dijeron que era la tisis.

Ella se levantó, seguía sujetando a los chicos contra el cuerpo, como a pollitos. Tenía los ojos brillantes.

—¿Cómo es tu nombre?

—María.

—Bueno, María, me vas a ayudar a bañar y a vestir a estos chicos.

—¿Bañarlos? —dijo la mujer gorda, como si a esa hora, o ese día o las dos cosas juntas fueran un despropósito.

—Sí, vas a poner agua a calentar.

—¡Qué cosa! —comentó la mujer, entre perpleja y admirada—. En un momentito, doña Vicenta.

Entró en la casa, revolvió un poco por el lado del fogón, salió. Anunció que iba a su casa a poner una pava al fuego.

—Tendrás algún fuentón o una palangana.

—Sí, por'ái tengo que tener alguno.

Cuando se quedó sola con los chicos, fue al bolso y lo abrió. Hizo como que revolvía adentro buscando algo. Los ojos de los chicos no se apartaban de ella. Empezó a sacar camisas, pantalones, zapatos.

—Estos son para vos, Santiago.

Mudo, el chico tendió las manos y los apretó contra el pecho sin dejar de mirarla, serio.

Ella se rio.

—Soy tu abuela, no te voy a comer.

—Y estos son para Pedro... —sacó otro par.

El chico los agarró rápido y se inclinó a mirar dentro del bolso; el más chico también se inclinaba en sus brazos, curioso.

«No se puede traer hijos al mundo y dejarlos abandonados», dijo Vicenta en voz baja, pero con fuerza. Era muy tarde en la noche y los dos velaban junto a la cama de su marido. Su hijo se avergonzó: «Mire, mamá, no es momento para hablar de esas cosas ahora». «No hay otro momento. Te tenés que casar con esa muchacha. ¿Qué vas a esperar? Ya fui y los conocí, a ella y a los dos mayores; ahora hay un tercero que debe andar por los 2 años». Su hijo se levantó del sillón, abrumado. «Usted no tenía que ir a esos barrios». «Cómo que no, ¿no viven ahí tus hijos y tu mujer?» Había sido su última conversación con él a solas, le había hablado con dure-

za y recordarlo le dolía como una herida en el pecho, recordar el tono con que le había hablado a su hijo por última vez. «Tenés que casarte». Amparado en la semioscuridad del cuarto, él empezó a decir: «Yo nunca pensé...». «Sí, sí, van a buscarlas para divertirse. ¿No te avergüenza? ¿O te da más vergüenza el qué dirán?» Él la miraba sinceramente sorprendido, casi asustado. Un furor frío la guiaba esa noche. Miró el perfil afilado de su marido sobre la almohada, sus ojos cerrados, la respiración débil. «Tu padre no te lo pediría, pero yo sí. Yo te lo exijo: tenés que casarte». Al rato, como si se confesara o como si admitiera finalmente todo, él dijo en voz muy baja: «Pero, ¿y Delfina?». Su novia oficial durante 3 años, amiga íntima de sus hermanas. Habían terminado no hacía mucho, cuando ella ya no pudo simular más que no sabía de su «aventura» con una «de las orillas». «A buena hora te acordás de Delfina», dijo ella. «Nunca la quisiste de verdad. Tenés una deuda con la madre de tus hijos, ¿los vas a abandonar, acaso?» «No, eso nunca», dijo él con una vehemencia que ella le desconocía. Lo miró un rato y le contestó con un tono inapelable: «Cuando vuelvas de este viaje vas a tomar una decisión». «Las chicas van a armar un escándalo», dijo él, refiriéndose a sus hermanas, celosas de su hermano preferido. Siempre había sido débil; bueno, pero débil, un tanto melancólico. Era el que las llevaba a los bailes en el coche, el que les traía figurines de Buenos Aires. Buen mozo, fino, tocaba la guitarra y bailaba muy bien. Solo ella, su madre, sabía que, detrás de esa apariencia,

desde chico había en él algo... No encontró la palabra. Dejó el sillón y se sentó sobre la cama; tomó entre las suyas la mano enflaquecida de su marido. «No es eso lo que te tiene que importar». La última conversación con él a solas y después había muerto, atropellado por un tren.

Adentro de la casa, el desorden era igual o peor que el de afuera. Una cama arrinconada y revuelta. Una mesa con unos platos de lata. Despejó la mesa y puso encima el bolso. Sacó una toalla, un jabón y unas tijeras. La mujer gorda entró con una pava enorme y un fuentón.

—Hay una bomba, para enfriarla un poco.

—Primero vamos a cortarles el pelo, ¿qué les parece?

Pedro se escondió detrás de la mujer y Santiago retrocedió contra la pared. Ella se rio y dijo: «¡Las tijeras! ¡Qué susto!». Poco a poco, los chicos se fueron plegando a su determinación. Al que más costó hacer entrar al agua fue al más chico, después no había cómo sacarlo. La mujer seguía el trajinar con movimientos tranquilos, alcanzando el jabón o las toallas; se le escapaba una sonrisa cuando miraba a José. De mayor a menor, fueron quedando limpios, vestidos y con el pelo cortado. La maravilla de los mayores eran los zapatos. La mujer cruzó las manos sobre el vientre, admirada.

—Véalos, doña Vicenta, parecen señores.

Se rio bajito.

—¿Comieron algo? —se le escapó a ella, y enseguida corrigió—: No importa, no importa. Ya comerán.

En la puerta de alambre tejido, la mujer se veía apenada y le pasaba la mano por el pelo a José. Empezaba a lagrimear, pero también se la veía aliviada. Vicenta le dio un abrazo apretado, en el medio quedó José; le tendía los brazos a la mujer que se secaba los ojos.

—¿Y con quién van a estar mejor, doña Vicenta?

—Eso digo yo —contestó ella y la miró—. Gracias. Voy a volver a ayudarte, María. Y a que los veas.

Ya eran pasadas las doce y las calles estaban vacías. Un sulky solitario cruzó la bocacalle. José en brazos, Pedro de la mano y Santiago agarrado a su hermano. Les canturreó una canción que venía de muy lejos, de su infancia, mientras imaginaba que sus hijas ya estarían tendiendo la mesa para el almuerzo. Ni sábado, ni domingo; ni siquiera un día especial; era nada más que un día de abril, el día en que ella había hecho realidad su determinación. Una pareja de conocidos dobló en la esquina. La mujer la miró y miró a los chicos como esperando una explicación. El hombre se sacó brevemente el sombrero:

—Buen día, doña Vicenta.

—¡Buenos días! —contestó ella con una amplia sonrisa.

Se preparó para lo que le esperaba. Sus hijas no lo iban a admitir fácilmente. La falta de su hermano favori-

to debía quedar en la sombra. Estos hechos manchaban las reputaciones. No esperaba comprensión, sobre todo de Mercedes, la más orgullosa.

Cuando entró en el zaguán y cerró la puerta, los chicos se quedaron inmóviles, pero ella tiró de la mano que apretaba y siguió derecho al comedor. La mesa estaba puesta. El más chico empezó a llorar, ella cortó un trozo de pan y se lo dio. Hizo lo mismo con los otros, que la miraban con ojos asustados; los sentó en dos sillas, delante de dos platos. Ni siquiera se sacó el abrigo; se ubicó en la cabecera, su lugar, con José en la falda. Esperó.

Primero una y después la otra, sus hijas la miraron en el colmo del desconcierto.

—¿Y estos chicos? —fue Antonia la primera en reaccionar.

—Son mis nietos, sus sobrinos, los hijos de Santiago —dijo de un tirón, con orgullo. No estaba todo dicho. Todavía tenía que perseverar.

La miraban sin entender.

—¡Por Dios, mamá! —se alarmó Antonia—, esto es un despropósito. ¿Adónde los fue a buscar?

—A la casa de la madre, que murió hace dos meses. Quedaron huérfanos.

Pesó el silencio.

—¿Pero usted pretende...? —empezó a decir Mercedes con gesto agrio.

—No pretendo —dijo ella, implacable—: Decido.

Las dos esperaban algo, no se sabía qué, de pie, rígidas, las manos aferradas a los respaldos de las sillas. Ella

había tomado las servilletas y, uno por uno, se las había anudado al cuello; ahora, los chicos seguían el diálogo detrás de las pecheras blancas.

—Por favor, usted no pensó bien esto, mamá... —dijo Antonia con un tono que quería ser persuasivo.

—Si papá viviera, no se lo habría permitido —la interrumpió Mercedes. Había tomado coraje y apelaba a un último recurso—, hay que ver quién es la madre...

—Quién sabe —dijo ella, acomodando mejor al que tenía en la falda—. Que papá descanse en paz. Ahora yo tomo las decisiones en esta casa. De ahora en adelante, se agregan tres platos.

—Usted sabe que hay orfanatos, el de las monjas es bueno... —desesperada, intentó su hija mayor.

—¿Orfanato? —su propia voz la sobresaltó—. Son huérfanos, pero tienen familia. Vamos a comer. Estos chicos tienen hambre.

Las caras tensas, sus hijas se fueron sentando; el más chico, señalaba la panera. Ella cortó otro trozo de pan y se lo dio.

Como para no dejar dudas, Vicenta dijo:

—Desde hoy viven en esta casa, la casa de su padre.

—Esto hay que conversarlo. ¿Cómo le vamos a decir a...? —protestaba Mercedes, se había puesto pálida.

—Ya veremos, ya veremos. No te preocupes ahora por eso. Vamos, alégrese, tendremos niños en la casa.

El mediodía de abril se volcaba sobre los techos, seguía por las calles y, más allá del linde del pueblo, llegaba al campo. El silencio fue cortado por el pitido lejano de

una locomotora, que se repitió después, más cerca. Con un brazo alrededor de José, sostenía la mirada de sus hijas, como en un duelo sin palabras.

Se agrandaba el tic-tac del reloj de pared.

—Es el Ranquelino, que llega a horario —dijo, al fin, Antonia. Tendió la mano, tomó el plato de Santiago y, con un suspiro audible, empezó a servir—. Más tarde voy a ir a buscar el diario a la estación.

Mercedes se había levantado. Con gestos rígidos sacaba platos del aparador.

Sin dejar de mirarlas, ella dijo:

—Qué bien. Podríamos llevarlos para que la conozcan.

Y hubo algo en su cara que hizo bajar los ojos a sus hijas.

Empezaron a comer.

NO ERA GRAN COSA LO QUE PASABA

Natalia Moret
(Vicente López)

Su habitación estaba en la ruta de los aviones. Recostada boca arriba, con la cabeza en los pies de la cama, podía verlos sobrevolar amenazantes en su descenso a Aeroparque. Cuando estaba intranquila o no podía dormir, acostarse a verlos pasar la relajaba. El ruido que tapaba todos los otros ruidos, la continuidad previsible de la aparición de un avión después de otro avión, rítmica, como las olas del mar. Le recordaba a su infancia, porque la casa de su abuela quedaba cerca, y de chicos ella y sus primos y sus hermanas jugaban en el jardín a perseguir la sombra de los aviones. Ni bien ella y Julián se mudaron a este departamento, a una cuadra de la estación de Vicente López, pensaron que el sonido al que tendrían que acostumbrarse sería el del tren, pero el tren ni se escuchaba. Eran los aviones los que habían pasado a formar parte de su vida. Cuando pasaban no se escuchaba nada más que los motores, y no tenía sentido intentar terminar una oración o escuchar algo en

la tele o continuar una conversación telefónica. Cuando pasaban lo único que podía hacerse era silencio. A veces Julián le hablaba y ella callaba, o al revés, como si pasara un avión en su cabeza. Esa noche Helena acababa de recibir un mail que la había alterado. Recostada con las piernas cruzadas y la espalda lo más recta posible, seguía el movimiento lento de las aspas del ventilador de techo mientras esperaba los aviones del domingo. Dejó sonar el teléfono hasta que atendió el contestador. Llegó a escuchar parte del mensaje que le dejaba Inés. La parte que no pudo escuchar por el avión, la reconstruyó. Inés le decía que otra vez había olvidado —o que no le había importado, el mensaje contemplaba las dos posibilidades— llamar a su abuela por su cumpleaños. Inés nunca nada de furia explícita, Inés siempre una mezcla de desdén y lástima hacia el que se equivocaba. La voz seca de su hermana decía: no la llamaste, y después una pausa, para dejar en claro que le parecía tan mal, tan ingrato, que necesitaba tomar aire para no descomponerse. Era 8 años menor que ella; alguna vez le había dicho que no correspondía que fuera la más responsable, ¿o no? Todas se abusaban de ella. También Helena, todavía sin un rumbo claro para su vida a dos meses de cumplir los 35 años. Así —pensaba, lo sabía, Helena— la veía Inés, su hermana la buena, y así también la veían su madre y su hermana mayor. Imaginaba a todas las mujeres de su familia hablando por teléfono con alguna amiga. Decían: ¿Lena? Lena igual. Lena de novia hace 10 años. Lena viendo qué hace.

El mail que acababa de recibir decía: «¿Tomamos algo mañana después del laboratorio? G.». Gastón y ella se habían conocido 6 años atrás, cuando él empezaba a salir con su amiga Laura, y en estos días habían estado hablando por mail y en la facultad por cosas relacionadas con la maestría que cursaban juntos. Entre ellos nunca había existido nada más que una profesión en común (biólogos) y simpatía, que podía ser incluso otra forma de reconocimiento profesional, solo eso, y que se permitían justamente porque estaba claro que entre ellos nunca iba a haber nada más que eso. Esas eran las reglas. Y como todas las reglas, solo se hacían presentes cuando alguien intentaba ignorarlas. Ahí sonaba la alarma (el malestar que sentía ahora, pensó), y eso confirmaba que todo estaba bien. Si sonaba la alarma, todo estaba bien porque el cuerpo estaba defendiéndose. Como la fiebre.

Buscó el teléfono de la mesa de luz y llamó a su novio. Apagado. Julián volvía del trabajo en subte, así que tal vez estaba en el subte, ahí abajo casi nunca hay señal. Pero a esa hora el subte no funcionaba. Podía haberse quedado sin batería; poco probable pero posible. El salvapantallas de la computadora mostraba las fotos guardadas en *Viva_México_cabrones*. Tal vez Julián había apagado el teléfono por alguna cena o reunión, seguro me avisó y yo me olvidé, pensó. México había sido el último viaje con sus amigas. De eso hacía ya 3 años. Ahora las cosas empezaban a sedimentar lenta y decididamente. Laura se casaría ese mismo año, Lupe

y Martín estaban construyendo una casa grande y con mucha luz, y la noche anterior, en una cena, Paula había contado que ya no tomaba anticonceptivos. Igual que nunca sabemos cuál va a ser la última vez que pasemos por una esquina o veamos a una persona, México parecía convertirse en una despedida. Seguirían siendo amigas, pero ya nunca volverían a ser así de jóvenes, así de libres, con un futuro que podía desaparecer en cualquier dirección.

Clickeó responder, escribió y no envió. Borró. Volvió a escribir y a borrar. Atendió el teléfono antes de que llegara a sonar por segunda vez, pensando que podía ser Julián. Eran casi las doce de la noche y no había llegado ni llamado.

—Al fin —dijo Inés. Después dijo—: ¿No escuchaste mis mensajes?

—No, recién llego. Tuve un día imposible.

Helena le dijo que había tenido problemas en el laboratorio, que le habían rechazado un capítulo de un trabajo para la facultad, y que había pasado media mañana consolando a una compañera que acababa de enterarse de que su madre iba a morir de cáncer en cualquier momento.

—Le habían curado un tumor de mama hacía unos meses, estaba bien, hasta que hace unos días empieza a quejarse de un dolor de cabeza, un dolor de cabeza terrible. Y cuando llega al médico le descubren tres tumores en el cerebro. Tres tumores chiquitos.

Su hermana Inés se quedó en silencio. Después, a

Helena le pareció escuchar que sollozaba. ¿Podía ser? No, no podía ser. Entonces Inés dijo:

—Qué triste.

Enseguida volvió a machacarle lo del cumpleaños y le pidió por favor que no faltara a la cena del día siguiente, que la abuela estaba vieja y también podía morir en cualquier momento. Lo decían los médicos del geriátrico: pueden quedarle años, meses, o días. Como a todos los seres que poblamos este mundo, pensó Helena.

—Hoy cuando hablé me preguntó por vos. Está vieja pero se da cuenta de todo, Lena. No llegues tarde. No seas forra.

—Sí.

—Acordate del helado.

—Dale.

—Lo demás, Julián, ¿todo bien?

—Sí. Todo bien.

—Bueno, con dos kilos está bien, creo.

—Perfecto.

—No te olvides del sambayón para mamá, plis.

—No.

Helena esperaba que su hermana se despidiera, para cortar, pero en cambio hizo un silencio y dijo:

—¿No me vas a preguntar cómo estoy?

Se sintió desconcertada. ¿Le pasaba algo a Inés? Si le pasaba algo, claro que quería saberlo. Era su hermana, su hermanita menor, la quería como se quiere a los hermanos, como una maldición, a pesar de todo.

—¿Qué pasó? —dijo—. ¿Te pasa algo?

Inés se quedó callada. Con cada segundo que demoraba su respuesta Helena se preocupaba un poco más.

—Nunca me preguntás cómo estoy —dijo Inés al fin—. Yo te pregunto siempre. Vos nunca me preguntás nada.

—No es así, es mentira.

—No es mentira.

—¿Te pasa algo? ¿Me querés contar algo?

Después de decirlo Helena se dio cuenta de que no estaba preguntándole cómo estaba, pero no quería.

—Nada, dejá. Nos vemos —dijo Inés, y cortó.

Helena se quedó con el teléfono en la oreja. No le gustaba la forma manipuladora que tenía su hermana de hacer sentir mal a todo el mundo, la forma tan hábil que tenía de victimizarse, como si fuera la única considerada de la familia. No quería consentirla. Se quedó mirando la pantalla y colgó ella también. Ahí enfrente tenía la respuesta que no se decidía a mandarle a Gastón. Era ridículo que el mail y la respuesta le ocuparan todos estos minutos de su vida cuando en realidad era algo más simple. ¿No? Era simple. Y sin embargo, ahí estaba. Incapaz de elaborar una respuesta que ni siquiera tenía que ser diplomática. Debería dejar en claro que no iba a tomarse una cerveza con él. Y cuando pensó «cerveza» reparó que el mail no decía nada de ninguna cerveza. Decía: ¿tomamos algo? Algo. Podía ser un café, por ejemplo. Un café mientras comentan los avances de la tesis. Pero no. Ella sabía, los dos sabían. No había forma honesta de pensar que la invitación podía tratar-

se de algo de trabajo. El contestador de Julián volvió a avisar que no estaba disponible. Como la vida es irónica, casi en simultáneo Gastón pasaba de «desconectado» a «disponible» en la ventana del mail.

Gastón dice: Hola.

Se sintió inquieta, incómoda, un poco sola. La fantasía que le vino a la mente, lo sabía, fue una justificación: Julián desnudo con la cabeza de otra mujer sobre el pecho. Después en la ducha. Después vistiéndose mientras pensaba qué iba a decirle a Helena por llegar tan tarde. ¿Era tan grave acaso? Se levantó de la cama y llevó la fuente de la comida hasta la cocina. El gato la seguía de cerca rozándole los tobillos con el lomo. Un avión tapó el sonido de la vajilla cuando Helena rascaba el plato y le daba los restos a su mascota. Dejó el plato sucio en la bacha y volvió a la habitación.

Gastón dice: ¿estás?

Se cruzó de piernas sobre la cama.

Helena dice: Hola, ¿qué hacés?

*Gastón dice: tomo una cerveza y como un chocolate.
¿vos?*

Simulando estar dormida, Helena escuchó a su novio llegar. Lo escuchó dejar la ropa sobre la cómoda —la corbata, la camisa blanca, el saco—. Lo escuchó acostarse con toda la delicadeza de la que era capaz para no despertarla. Sintió la caricia en la espalda y el beso sobre el pelo, un beso suave y afectuoso. Se dio vuelta

y lo miró a los ojos. Él dijo: ¿Te desperté? También dijo: perdoname. Julián sonreía y hablaba en voz muy baja. Era dulce y sin embargo a Helena no terminaba de parecerle sincero. Pero no era él, pensó. Era ella, no él, la que un rato antes había arreglado tomar algo con otro a las cuatro de la tarde del día siguiente, para ver algunas cosas de la tesis. Lo había armado así porque al día siguiente tenía el cumpleaños de su abuela, y ese compromiso era una forma de garantizar que la cita no se extendería. Un café y listo. Una cerveza y listo. Después al cumpleaños. Miraba a su novio y pensaba en decirle. Lo miraba fijo a los ojos y hacía fuerza para formar las palabras en su cerebro, palabras que no lograba poner en sus labios. Mañana a la tarde, Gastón, la tesis. Un café a las cuatro. Algo. Si decía algo, no pasaría nada. Pero por algo no decía nada. Se sintió despreciable y en lugar de decir, preguntó. Le preguntó dónde había estado.

—Fui a cenar con los franceses de Peugeot, ¿te olvidaste? Nos hicieron pasearlos por todos lados.

Helena hizo memoria. Después de un rato creyó acordarse de algo. Sí... ¿Sí? Hace unos días, sí. Él le había dicho de esta cena, en la cocina, cuando desayunaban. Sí.

—¿Dónde cenaron?

—En una parrilla.

—¿En cuál?

Él dijo que no sabía bien, que habían manejado a la deriva hasta frenar por Boedo o San Cristóbal, no estaba

muy seguro, que sí era de destacar la calidad de la carne y que un día tenían que ir ellos dos.

—Voy a preguntar cómo se llama y un día vamos a ir nosotros dos —dijo.

Le dio un beso. A la pregunta por el celular respondió: sin batería. Claro, sí, dijo ella. Porque, en efecto, todo era tal y como ella lo había imaginado. Lo abrazó con fuerza y empezó a besarlo mientras le acariciaba el pelo cerca de la oreja. Para borrar la imagen de Gastón, apoyó la mano izquierda en el pecho de su novio y le acarició los hombros y los brazos. Le pasó la lengua por el cuello hasta llegar a los pezones, formando pequeños círculos mientras la otra mano jugueteaba con el elástico del calzoncillo. Helena sabía cuánto le gustaba esto a Julián, eso la excitaba. Él la agarró del pelo muy despacio y la levantó. La besó en la boca, sosteniéndole la cabeza con ambas manos. Después le besó la frente. Estoy muerto, dijo. Helena no quiso insistir. Respiró hondo cerca de su nuca. Olía bien, pensó. Como recién bañado. Casi dormido, Julián aflojó el abrazo y se quedó inmóvil. Su respiración cada vez más pesada delataba que estaba entrando al sueño. Roncaba suavemente. Helena cerró los ojos y escuchó el último avión de la noche. Soñó que estaba en el patio de una casa colonial rodeado por columnas, sobre el que balcaneaban siete cuartos. Sentada en una silla en el medio del patio, tenía que amamantar a su hijo recién nacido en frente de toda su familia, que la observaba de pie, detrás de las barandas del primer piso. El bebé chupaba de sus tetras y

después la mordía y después, insatisfecho, empezaba a gritar. Laura le contaba que había conocido a un grupo de hombres que intercambiaban las ex novias. Dicen que es divertido, le contaba. Después agarraba al bebé y se lo llevaba a algún lugar de la enorme casa. Ahí Inés pasaba por los balcones, cuarto por cuarto, avisando a todos que volvieran para adentro, que la función ya había terminado.

En enero el laboratorio, como la ciudad, es un lugar muy tranquilo. La mayoría se va de vacaciones, y los que se quedan tienen poco que hacer. Helena terminó todo lo pendiente a las dos de la tarde y se puso a hacer tiempo. Abrió algunas cosas en internet, pensó en escribirle a Gastón y cancelar, llamó por teléfono a su novio. Después entró a *Número sin calle*, un blog con el que se había obsesionado. La idea era simple: todos los días, la autora sacaba una foto de la puerta de alguna casa de Vicente López en la que debía verse claramente la numeración, que era el título de la entrada. El de ese día era: 2417. Después se grababa tocando el timbre y la respuesta de quien atendía, y algunas veces el audio traía también el sonido de un avión. Si era fuerte, Helena sabía que era una casa cerca de la suya y trataba de identificarla. El nombre de la calle no se veía nunca. Helena estaba segura de que un día iba a ver una casa que conociera. Miraba con detenimiento buscando algún detalle particular. Algún cartel de un negocio, un

mural, el tipo de árboles. Las que bajan al río cerca de su casa están llenas de jacarandás y de tipas; las paralelas a la avenida, de liquidámbaros. Un día había reconocido la barranca de Urquiza. Otro, la diagonal llena de casas inglesas que termina en Roca y la cortada. Cuando los entrevistados accedían, la autora les sacaba una foto. Ese día aparecían dos chicas con el pelo rojo y lacio, gorditas, muy parecidas. Al final había información que los mismos habitantes daban sobre la casa, sobre ellos, o sobre cualquier otra cosa. El texto de hoy decía: «Nos gusta así. No le hicimos nada».

El cursor titilante en la pantalla aparecía, desaparecía, volvía a aparecer. ¿Tendría Laura derecho a enojarse? ¿Por qué, si además ella estaba a punto de casarse, si tenía nombres elegidos para sus hijos futuros? Tres nombres, porque querían tres hijos. Laura siempre decía: yo siempre quise una familia grande y Gastón no. Laura siempre decía: Gastón la pasó muy mal de chico. Imaginó otra vez a su madre en el teléfono con algún familiar, amargada: ¿Lena? Igual, sus amigas tienen proyectos pero ella no. Qué mierda, pensó. Proyectos una mierda, pensó. El de su madre era el típico discurso de una mujer que pone todas las expectativas en formar una familia, no importa qué familia, cualquier familia era mejor que ninguna familia. Tal vez Helena quería otra vida para ella. ¿No estaba claro? Estaba cursando una maestría. Quería volver a viajar sola, por ejemplo. Le parecía importante conservar ese espacio, su espacio. También a Julián. Si había algo que funcionaba bien en

su pareja era justamente eso: los individuos. No se asfixiaban con demandas o celos ni pretendían integrarse por completo a la vida del otro. Cuando tuvieran un hijo seguramente algo iba a cambiar, pero Julián no quería un hijo todavía. Ella tampoco. Cuando estaba triste o enferma se preguntaba si eso que llamaba independencia no era falta de amor. ¿Era seguridad o desinterés? Pero cuando se recuperaba volvía a representarse todo en un diagrama de Venn: ellos eran los conjuntos; la intersección, la pareja. Tres cosas diferentes. Eso era lo que estaba bien. Estaba A, estaba B, y estaba AnB. AnB era todo lo que cada uno de ellos había contaminado, transformado y enriquecido a partir del otro. AnB era lo no individual. AnB eran ellos y a la vez, de una forma extraña, AnB era todo lo que habían dejado de ser.

Quedaron en encontrarse en una esquina por el centro. Helena mintió cuando dijo que iba a estar por esa parte de la ciudad. Iba a estar por su casa, pero no quería encontrarse con Gastón cerca de su casa, ni de la de Laura, o del trabajo de su novio, o de San Telmo o Palermo o cualquiera de los barrios que frecuentaban. Así que lo citó en una esquina lejos de todo. Atravesó la plaza de la estación y cruzó el puente sobre las vías para tomarse el Mitre en dirección a Retiro. El sol quemaba. Desde el puente se divisaba el río y el paseo de la costa, que un lunes a esa hora y con ese calor seguro estaría desolado salvo por los viejos del puestito de San Martín, que estaban siempre, siempre, hiciera el clima que hiciera. Tenían una caseta de las de seguridad que

usaban como un centro de jubilados en miniatura, y de ese espacio ínfimo sacaban la mesa con el dominó, las sillas plegables, las bochas, y pasaban la tarde. El tren casi vacío la dejó en la terminal algunos minutos después de las cuatro; llegar tarde le ahorra la situación incómoda de encontrarse esperando, sola, en una esquina lejos de todo, como las personas que esperan que alguien las pase a buscar. Gastón le había avisado que estaba con su auto con las balizas prendidas en la esquina de Reconquista y Paraguay. Que subiera y ahí veían dónde iban. Helena caminó apurada las cinco cuadras y reconoció el auto. Abrió la puerta, se sentó y apoyó la mochila sobre la pollera a flores para taparse las rodillas. No le gustaban sus piernas, ni siquiera cuando las tenía recién depiladas como esa tarde. Gastón tenía la cabeza rapada y una remera negra que le quedaba floja y bien. La saludó con naturalidad y le hizo un comentario sobre el tráfico. Tenía la cara un poco roja, también los brazos. Dijo que se había quedado dormido al sol en una pileta, pero que ya le ardía menos. Helena intentaba parecer tranquila. Preguntó dónde iban, y al mismo tiempo se preguntaba para qué había ido. Hay un bar muy bueno a trescientos kilómetros, dijo él, y se rio. Gastón actuaba con soltura y naturalidad y le hacía sentir que tampoco era gran cosa lo que pasaba ni tan tremendo lo que estaban haciendo. No tener que parecer tranquila la tranquilizó. Entonces él propuso que fueran a su casa y tomaran unas cervezas frías que ni siquiera tenían que ir a comprar, porque ya las tenía en la heladera. No era

lo que había esperado que pasara (¿o sí?), pero le pareció bien. Una casa era casi el único lugar donde, con certeza, nadie iba a verlos juntos.

El trabajo en común les daba un tema de conversación interesante, cómodo, y prácticamente inagotable. La casa era la de siempre, la que un par de años había compartido con Laura. No alquilaba, le contó. La casa había sido la ayuda más grande que le habían dado sus padres. A mis hijos me gustaría darles lo mismo, dijo. ¿Tus hijos?, dijo Helena. Gastón abrió la puerta de calle riéndose. No tengo, los que tenga, cuando tenga. ¡Ah!, dijo ella. Reían. Subieron las escaleras hasta el segundo. Gastón abrió la puerta y dijo: Adelante. Laura se había llevado casi todos los muebles y cuadros después de la separación, por lo que parecía otra casa. Más desordenada, pero también menos minimalista y fría, que era más el estilo de su amiga. Después de los primeros dos vasos de cerveza Helena casi podía olvidar las veces que había estado cenando ahí, con Julián, visitando a la pareja de amigos. Se acercó a la biblioteca y empezó a ojear en silencio los lomos de los libros. No retuvo un solo título ni autor. No podía pensar. Él le recomendó uno. Muy triste, muy fuerte, dijo. Ella le recomendó otro. Después se recomendaron series. Después él una película rumana de la que no recordaba el título.

—Son dos amigas. Una queda embarazada y se hace un aborto en un lugar siniestro, con un hijo de puta que la obliga a coger como parte de pago. A ella y a la amiga que la acompaña.

—Terrible —dijo Helena.

—Muy fuerte. Una escena sobre todo. ¿Te cuento o la vas a ver?

—Contame —dijo Helena, y pensaba: ¿por qué me habla de esto?

—Hay un primer plano del feto muerto, que a esa altura ya es casi un bebé. Un feto de cuatro meses.

Gastón acunó el aire con las manos y se quedó absorto en su propio gesto con una mueca de dolor, como si ahí, entre sus manos vacías, estuviese el cadáver. Después de unos segundos volvió en sí. Apoyó las manos sobre sus piernas y siguió.

—El plano dura muchísimo. Te diría que demasiado. Se supone que es un gran mensaje a favor de la legalización, y yo estoy a favor, pero esa imagen me dejó tan mal que salí preguntándome qué pienso.

—Yo estoy a favor. A mi edad, igual, no sé qué haría.

—Bueno, vos estás en pareja hace muchos años.

—Sí, ya sé, pero Julián no quiere tener hijos.

¿Por qué estaba diciéndole a un desconocido algo que ni siquiera podía decirse a ella? Algo que ni siquiera estaba segura que fuera cierto. Tampoco ella estaba tan segura de querer tener hijos, y definitivamente no quería tenerlos todavía. Entonces, ¿de qué se trataba esta falsa confesión? ¿Esta súbita cercanía? Respiró hondo y miró para abajo, intentando detener el llanto que amenazaba desde su garganta. Se sintió necesitada de afecto, sola y miserable. Patético. Se rehízo el peinado sin levantar la vista hasta que estuvo tranquila otra

vez. Gastón volvía con una botella de agua de la cocina, y en lugar de sentarse donde estaba, se pasó al sillón de dos cuerpos donde estaba Helena, con la excusa de alcanzarle el vaso. Helena agradeció, tomó unos tragos y lo dejó sobre la mesa ratona. Podía enumerar muchas cosas que estaban mal en lo que estaba haciendo, pero no eran motivo suficiente para dejar de hacerlo. Se sentía contenida. Él la tomó del mentón y le levantó la cara. Helena ya no lloraba. Lo besó porque tenía ganas y para no tener que seguir mirándolo. La avergonzaba todo, especialmente lo artificial de la situación. Ni un poco de toda la tristeza que la había invadido tenía que ver con Gastón, con nada que él pudiera haber hecho o provocado en ella. Estaba triste, y después se había sentido un poco cómoda, un poco abandonada, otro poco borracha. Fueron hasta la habitación, se acostaron, él le acarició el pelo. Se sentía bien. Cerró los ojos y pensó que la nuca rapada que acariciaba entre sus piernas era la de su novio. ¿A quién le estaba siendo infiel? Pensó que iba a poder, pero no pudo. Se incorporó y se acomodó la ropa. Perdoname, dijo. No puedo. Se sintió una persona que dejaba mucho que desear. Mala novia, mala amiga, amante conservadora, pacata. Gastón se acercó y volvió a besarla despacio. Ella lo dejó, pero después de terminar con el corpiño se agachó para levantar la remera del suelo y ponérsela. No me hagas esto, dijo él, ahora no. Con un tono de voz dulce y paciente Gastón le dijo no te preocupes, tu novio no tiene por qué enterarse. Ella dijo que no era por su novio, o

bueno, que no era solo por él. Nadie nombró a Laura, no hacía falta. Y tampoco nadie nombró a Helena. Pero nadie va a enterarse, Helenita, te lo prometo. No era la primera vez que estaba en una situación así, en la que parecía más fácil salir accediendo que sostener el no. También era cierto que había ido hasta ahí, se había tirado en el sillón y había dejado que él le sacara la ropa. Con eso, por eso, él la manipulaba. No me hagas esto. ¿Pero qué le estaba haciendo, exactamente? Nada. Perdoname, repitió, y cada vez que lo decía le parecía más extraño, estar pidiendo perdón. Cuando intentó levantarse del sillón Gastón la besó en el cuello y le metió una mano abajo de la pollera. Con la otra le tiró un poco del pelo hasta levantarle la cara. Le pasó la lengua por los labios cerrados y después entre los labios, intentando abrírselos.

—No te voy a dejar que te vayas así —Helena corrió la cara y agarró la mano con la que Gastón le tiraba del pelo.

—Soltame —dijo.

Él le metió la lengua en la boca de forma brusca. Atrapada, Helena le arañó la piel ardida por el sol con toda la violencia de la que fue capaz. Le clavó las uñas rojas y las arrastró desde los hombros hasta la mitad de la espalda, sintiendo cómo se iban llenando de piel muerta. Él pegó un grito furioso y se retorció en el sillón. Helena aprovechó para levantarse.

—Loca de mierda, mirá lo que me hiciste —y le mostró la palma abierta de la mano, manchada con la

sangre que le salía de la espalda—. Era un juego. Enferma. ¿Estás mal de la cabeza?

Helena lo miró con odio, con miedo, y siguió juntando sus cosas.

—Baja a abrirme —dijo de pie junto a la puerta de salida y con el bolso apretado contra el pecho.

Él no respondió. Había agarrado la remera del piso y se la pasaba por la espalda, como si fuera una esponja que iba llenándose de sangre. Rojo sobre negro, la sangre sobre la remera casi no llegaba a verse. Pero Helena, que sí podía verle la espalda, sabía que la herida se hinchaba de a poco, bordó sobre el fondo quemado de la piel que latía. Limpiarse con una remera sucia no parecía la mejor idea.

—Se te puede infectar. Por qué mejor no te lavás.

Gastón se quedó con la remera en la mano, mirando al suelo. Después se la pasó por la frente y la dejó sobre el sillón. Helena lo vio mirarla. Le miraba los pies y las piernas, justo hasta donde empezaban a esconderse bajo la ropa, encima de las rodillas. Que hablara, que le dijera algo, que la insultara. Todo era mejor a ese silencio.

—¿Qué pasa? —dijo Helena, y se arrepintió. No quería que le respondiera qué pasaba—. Dale, me abris, tengo que irme, voy a llegar tarde al cumpleaños de mi abuela y mi vieja me va a internar.

Helena abandonaba el camino de la violencia y probaba con la negación, con la piedad. Hablaba raro, como una chica que no era ella, como si estuviera todo bien. Intentaba, torpemente, rebobinar. El diálogo, la escena,

todo a su estado anterior. Recordarle que eran conocidos. Que estaba todo bien. Gastón se paró y empezó a caminar hacia ella. Al verlo acercarse, Helena intentó abrir la puerta para apurar la despedida, pero estaba con llave.

—Está con llave —dijo ella, nombrando lo obvio, como los chicos.

—Sí, en general cierro con llave. Por los ladrones.

Se paró tan cerca que Helena podía verle los puntitos negros de la barba incipiente en su mentón. Gastón la tomó de los brazos con dulzura.

—No te quise asustar. Pensé que te gustaba —dijo con una sonrisa.

Helena sonrió nerviosa, algo avergonzada, intentando esconder la ansiedad que tenía por bajar. No pasada, dijo, ya está, todo bien. Gastón le acarició el pelo y le dio un beso. Ella se sonrojó y volvió a decir que tenía que irse. Él la besó otra vez, más fuerte, y en un movimiento le apretó una mano y le llevó la otra hasta el cierre de su pantalón. Se la frotó sobre el jean. Mirá, dijo. Mirá lo que me hacés. El bolso de Helena cayó al suelo. Si te encanta. La besó. Su celular, un pequeño espejo con el marco plateado y un dibujo de Betty Boop en el reverso, el delineador con el que se había resaltado la curva de los ojos antes de salir; todo estaba desparramándose. Gastón le apretó las muñecas por detrás de la espalda y la llevó hasta el cuarto. La tiró en la cama y se sentó sobre ella, dejándole los brazos bajo el cuerpo. Helena se contoneaba. Él la besó, la tocó, ella se excitó

de odio. Gastón estiró un brazo hasta alcanzar el cajón de la mesita de luz y sacó un pañuelo. Si no querés no te ato, dijo. Decime. Ella no dijo nada, así que él le ató las manos. Le corrió la bombacha con los dedos, la tocó. Viste, dijo. Helena cerró los ojos y ya no pensó en nada. Si te encanta, dijo.

Se había hecho de noche. Los pocos autos que pasaban por la calle levantaban un rocío que se colaba en la ropa y lo humedecía todo. Helena caminaba apurada para cualquier lado, buscando una avenida en un barrio que casi ni conocía, pero no quería preguntarle nada a nadie. No quería hablar con nadie ni que nadie se le acercara. Estaba sucia, con el rímel corrido. Estaba llegando tarde a lo de su abuela. ¿Dónde estaba? ¿Qué hora era? Buscó el celular de su bolso y revisó el mensaje que acababa de entrarle. Era Julián. Decía: ¿Dónde estás? Sos la única que falta. Sintió algo parecido a un viento fresco que le devolvía una parte del aire que le habían sacado. Terminando cosas del laboratorio, llegó en media hora, respondió, y se metió en el primer bar que encontró. Pidió permiso para ir al baño a pesar del cartel que advertía «exclusivo para clientes». El mozo la miró de arriba abajo antes de dejarla pasar. Helena sintió la mirada del hombre en su culo mientras subía las escaleras y deseó darse vuelta y escupirle la cara. Trabó la puerta, apoyó las manos sobre el lavatorio y abrió la canilla. Se mojó la cara tres veces con las dos manos llenas de agua y se acomodó el rodete. Buscó una toalla de papel en el dispenser, pero estaba vacío.

Miró alrededor. Era un baño asqueroso y mínimo, con azulejos color ocre y una luz débil. Apenas había lugar para moverse. Se acercó hasta el inodoro y se sacó la bombacha para hacer pis sin que se le mojara. Levantó la pollera hasta el estómago, evitando rozar las paredes y la tapa del inodoro, que estaba salpicada de todo. El tacho de basura rebasaba de papeles sucios. A un costado, asomaba el hilo celeste de un tampón manchado de sangre. Contuvo las arcadas mientras se sacudía para no mancharse la ropa. Apoyó una mano sobre los azulejos. Estaban húmedos. Caminó con las piernas abiertas hasta el lavatorio. Enganchó la pollera en el corpiño, abrió la canilla y se mojó la entrepierna y las piernas y la panza. Se refregó con agua y jabón, se raspó con las uñas y se secó con el suéter, como una esponja, igual que Gastón un rato antes, cuando se secaba la sangre.

La infancia es una foto vista muchas veces, aunque nunca haya sido exactamente así. El olor, los ruidos, la forma en que entra la luz por las ventanas. La música desde el comedor. En el plano del recuerdo todo se combina siempre de la misma manera. Como en la casa de su abuela, donde todo estaba siempre igual a como había sido en su memoria. Inés escuchó el ruido de la puerta y se acercó hasta el hall. No saludó a su hermana. Se limitó a mirar el reloj cucú, que marcaba el tarde, y después las manos y los ojos vacíos de la recién llegada. Dijo:

—¿Y el helado?

Y agregó: desconsiderada, inmadura, abusiva y sin registro del otro. Agregó: no me sorprende. Lo que Helena quería decirle era abrazame, pero dijo:

—¿Te parece, tanto, por un helado de mierda?
—¿Qué hacía a Inés una mejor persona que ella?, pensó.
No encontró ninguna respuesta.

Inés estaba por decir algo cuando escuchó a lo lejos el motor de un avión que se acercaba. Se quedaron las dos en silencio, mirándose en la espera, hasta que el avión pasara y se alejara definitivamente. En medio del ruido, el gato de la abuela bajó sigiloso la escalera y se acercó a las piernas de Helena para refregarse. Sus ojos chiquitos y punzantes la llenaron de temor. ¿Qué iba a decirle Inés? Por hoy, no podía escuchar nada más. Miró a su hermana, y la mirada que hasta recién era claramente de bronca ahora parecía haberse diluido en otra cosa. ¿Estaba por llorar? ¿Le pasaba algo? Y entonces lo vio. 2417. El número de la casa que había visto más temprano en el blog. Era esa. ¿Cómo no se había dado cuenta? Era la casa sobre Gaspar Campos que estaba en venta hacía años, que parecía abandonada, y que ella siempre decía que quería comprar. ¿Cómo no se había dado cuenta? El avión se perdió a lo lejos y el silencio volvió a traerla al hall.

—Voy a buscarlo —dijo Helena, antes de que Inés pudiera hablar.

De pronto, lo había entendido. Era eso lo que tenía que hacer. Irse. Traer el helado. No olvidar el sambayón para mamá. Irse, buscar, volver, seguir. Tampoco era

gran cosa lo que pasaba. Inés le dijo hacé lo que quieras y volvió a la reunión, que ocurría, como siempre, en el living que daba al jardín. Se oía la risa de su novio. Era tan triste escucharlo reírse y que él no la hubiese escuchado llegar. Y la voz de la madre. Y las hijas de su hermana, sus sobrinas, jugando. Helena miró alrededor. Volvió a sorprenderse de que las paredes de la casa de su abuela parecieran siempre recién pintadas. Era una casa buena, sólida, a la que nunca habían tenido que hacerle nada. Su madre siempre decía que antes de comprar una casa hay que mirar dos cosas: el entorno y la humedad de cimientos, porque todo lo otro se puede arreglar. Helena agarró la cartera que había apoyado en la silla de siempre y se quedó unos segundos así, suspendida entre ese lugar del pasado y algún otro del futuro más próximo. Iba a buscar el helado y después la casa abandonada en venta. Iba a buscarla.

LOS TRABAJOS DE DORA (DE CHASCOMÚS A QUILMES)

Miguel Russo
(Chascomús)

1

El Rengo tiene esa costumbre: cuando no entiende una pregunta o, mejor dicho, cuando quiere demostrar que no entiende una pregunta, se queda mirando fija, atentamente a los ojos del que la hizo para que tanto el pobre tipo como su entorno se percaten de que él no entendió, que las palabras elegidas y puestas entre signos de interrogación no surtieron ningún efecto en su capacidad de responder. Le debe venir, si uno se sube al tren antropológico profundo de dilucidar, de sus orígenes remotos, allá por los primeros estertores de la segunda mitad del siglo XVI, cuando sus ancestros, miembros todos sin saberlo de la Confederación Calchaquí, escuchaban a unos disfrazados de pies a cabeza de fierro y pendones rojos que, dejando a su paso —precario y tortuoso, pero así y todo digno de temer— un miasma

a cebolla y ajo transpirados, producto de la inopinada vestimenta para los calorones norteños de esa tierra recién descubierta, preguntaban en español y a gritos «¿eldorado, eldorado?». Es decir, para hacerla simple: cuando Pedro de Valdivia o Diego de Almagro o Francisco de Aguirre o quien diablos fuera se paraba frente al grupito de morochos semidesnudos, lampiños y embadurnados en grasa de llama (tolobones, amaichas, kilmes, pulares, acalianos, vaya a saber uno qué otros patronímicos imposibles para el oído europeo) y gritaba «¿eldorado?», los ancestros del Rengo clavaban los ojos fija y atentamente en los ojos del español y quedaban en silencio, provocando primero el desconcierto, después el cansancio y por último la ira. Una ira que se traducía de inmediato en sablazos.

Esta vez, volviendo a la escena, el que preguntó porta, en tren ferretería, solo una simple y transitada bandeja redonda que lleva apoyada sin esfuerzo (siglos y siglos de equilibrio) en la palma de su mano derecha. Chaqueta que supo ser blanca y se encamina rápida y efectivamente hacia los grises abrochada hasta el último botón, mostacho desproporcionado que le cubre buena parte de los labios, crenchas engominadas, barriga que en poco tiempo más será prominente, pantalones negros ya lustrosos en los fondillos y abolsados en las rodillas y unos zapatones que alivian apenas el amasijo cruel de los callos plantales: lo que se dice un mozo. Nada de español, el mozo, a pesar de la prosapia ibérica destinada a esos entuertos desde siempre en estas tie-

rras. El mozo, entonces, apoyando alternativamente el peso de su corpachón en el pie derecho y luego en el izquierdo, preguntó «¿dulces o saladas?». No inquirió sobre la ubicación exacta de eldorado ni insistió en la abjuración de ídolos o dioses ignotos ante las bondades archiconocidas de nuestro señor Jesucristo y su padre eterno. No, no. Solo dijo, repetitivo, cansado, sabedor del guion que la historia le deparó en su condición de mozo y un poco podrido de la huelga de micros de larga distancia que ya hace tres días le repercute en el bolsillo de las propinas y en el atraso del pago de la boleta de la luz, si dulces o saladas. Así de simple: Dulces o saladas. Y el Rengo, lo dicho, le clavó los ojos fija, atentamente.

Taboada, que cruzado de brazos miraba por la vidriera cómo la lona de la chata, estacionada a unos metros, se embolsaba ante los primeros espasmos de la sudestada, giró la cabeza.

—Si de manteca o de grasa, Rengo. Las medialunas. De manteca o de grasa.

El Rengo pensó unos segundos. No en la decisión entre uno u otro gusto de medialuna, sino en la posibilidad de que, atravesados poco más de 100 kilómetros en la chata, hora y media, dos horas, el idioma hubiera cambiado tanto como para que él no entendiera una pregunta tan simple como esa. Su mano derecha borró algo invisible delante de sus ojos, como alejando un presagio, vaya uno a saber, y dijo «de grasa, claro».

El mozo rebuznó algo para sus adentros y se fue arrastrando el cansancio hasta la barra.

—Decime una cosa —atacó el Rengo, mientras seguía mirando al mozo que se alejaba—, ¿dónde mierda vinimos? ¿Qué es eso de dulces o saladas?

Taboada le tocó el brazo al Chino como para que fuera él el que explicara. El Chino dejó de husmear el techo y el cartel luminoso de arriba de la barra donde se amontonaban fotografías de tazones humeantes, succulentas milanesas napolitanas, papas fritas doradas y aceitosas y sándwiches imposibles de morder sin correr el riesgo de descajetarse la mandíbula, se acomodó en la silla como si fuera a dictar cátedra y dijo, sereno, luego de aclararse la garganta: «Renguito, querido, mi querido, acá, las medialunas son dulces, lo que vos conocés como de manteca, o saladas, lo que allá llamamos de grasa».

—¿Y qué es, otro país? —el Rengo seguía con eso de la extranjería.

—No, querido, no. No es otro país, son distintas maneras de llamar a las cosas —el Chino mantenía un tono contemporizador de maestra, pedagógico, monocorde, comprensivo, pero se notaba que estaba dispuesto a abandonarlo en breve.

—Una medialuna no es una cosa, es una medialuna. De grasa o de manteca. Y acá o allá, una medialuna es una medialuna —contestó el Rengo mientras con el dedo índice repiqueteaba en la mesa al mencionar la palabra «acá» y luego, revoleaba el mismo dedo de la mano derecha sin rumbo preciso para ejemplificar la palabra «allá».

—No rompas las pelotas, ¿quierés? —dijo el Chino, abandonando ahora sí todo decoro.

Taboada comprendió entonces que era el momento propicio para retornar a la calma y dijo, sonriente, su frase preferida: «Che, che, medida, eh».

Cuando vio que el mozo se encaminaba con el mismo paso arrastrado enarbolando la bandeja con las tres tazas de café con leche y la montañita de las medialunas de grasa (las saladas, pensó, traduciendo al mismo tiempo y sintiéndose un poco como las minas esas de la OEA que traducen los discursos de los presidentes), corrió los sobrecitos de azúcar, pasó la palma de la mano sobre la mesa de nerolite para limpiarla de unas inexistentes miguitas y descerrajó, engolando un poquito la voz: «Estamos en misión divina».

Afuera, las siete y cuarto de la mañana hacían más riguroso ese miércoles de julio de Chascomús. De tanto en tanto, los camiones pasaban imponiendo su derrotero a un lado y otro por la ruta 2 y las hojas caídas de los árboles, mezcladas con bollitos de papel y restos de paquetes de galletitas, comenzaban a arremolinarse enloquecidas presagiando una jornada hostil, fría y, a juzgar por los pocos que se le animaban a pie (tanto los que levantaban el cuello de los abrigos que supieron tener mejor aspecto hace unos cuantos años como los que subían hasta el tope los cierres de esos camperones de nailon azules que simulan una pila de neumáticos semiinflados y que pusieron de moda los directores técnicos de fútbol), bastante democrática: todos, sin reparo

de clases sociales, zapateaban sin ritmo sobre las orillas del asfalto y se restregaban las manos compulsivamente soplando bocanadas de humito sobre ellas. Atalaya se presentaba así como un refugio ideal para la inclemencia, a pesar de que adentro, en las treinta o cuarenta mesas desparramadas por todo el local, apenas se contaban unas siete, ocho personas, sin tener en cuenta al Rengo, Taboada y el Chino, que mojaban las medialunas —saladas, de grasa o como se llamen— en los tazones y engullían absortos.

2

En el capítulo 36 —«The lunatic is on the grass»— de su libro *Dark side of the ball* (Bloomsbury Publishing, 1998), el británico David Waters, reconocido estudioso de los fenómenos paranormales en el deporte, cuenta la historia.

En 1991, Quilmes Athletic Club (a quien Waters define como un «emprendimiento social, cultural y deportivo fundado en el año 1887 por iniciativa del presbítero anglicano Joseph Thomas Stevenson, al frente de una escueta comunidad británica en el sur de la provincia de Buenos Aires, en la Argentina, y que en marzo de 1898 incorporó el balompié entre sus asociados», según traducción libre del inglés) había descendido a la segunda categoría del fútbol vernáculo, conocida de manera

ignominiosa como «la B». A partir de ese fatídico 1991, año tras año, campeonato tras campeonato, la comisión directiva del mencionado club, siempre según el estudioso, libró una dura batalla contra la precariedad de sus arcas (acorde con las desavenencias económicas del país todo), el desconcierto de los cuerpos técnicos que se sucedían, la escasa habilidad de sus jugadores para remontar los sucesivos resultados adversos o tan siquiera lograr un mísero empate cuando les tocaba fungir de locales y la envidia de su parcialidad que ponía de manifiesto su indignación y pedía, lisa y llanamente —y a gritos durante cada partido mediante cánticos hostiles—, la cabeza de los dirigentes y/o jugadores.

Transcurridos 3 años de soberana sequía futbolística, una parte de esa parcialidad («hooligans argies», los define Waters), conocida como «la barra brava cervecera» (en castellano en el original), en clara alusión a la fábrica de esa bebida espirituosa, sita en la misma ciudad de Quilmes, de la cual adoptó el nombre, decidió tomar el toro por las astas y hacerse cargo de la dolorosa situación. Deseosos de volver a olisquear los laureles de la victoria conseguidos allá lejos y hace tiempo (en 1912 obtuvo el primer puesto en el campeonato de la Asociación Amateur de Football; en 1978 se consagró campeón, resultado que se tornó casi invisible ante la obtención, ese mismo año, de la Copa del Mundo por parte de la Selección argentina), estos muchachones optaron por ayudar el estoico aunque precario repunte del equipo y, para ello, eligieron el nebuloso camino de las

ciencias ocultas. Según cuenta Waters, en 1994 el «once» de Quilmes jugaba de manera promisorio y, a poco de terminar el torneo, se encontraba debatiendo con su par de Gimnasia y Esgrima de Jujuy el primer puesto de la tabla de posiciones. Hacía falta algo más, un empuje extra, una manito, un toque de magia. Y si había que recurrir a la parte mal llamada «negra» de la magia, se recurriría. Alguien, que nunca salió del anonimato, trajo el dato: en Chascomús vivía una bruja que podía ayudar mediante embelecocos para obtener el ansiado título. Si bien Waters no señala con precisión la identidad de aquella dama entendida en lo sobrenatural, sí reúne una serie confusa de nombres, jamás de apellidos, del cual el más apropiado, o el menos inopinado, resulta Dora. ¿Por qué Dora? Muy simple. Dora, nombre de origen griego en todas sus variantes (Izidora, Diodora, Casiodora, Dorotea, etcétera), significa «don de Dios, bienaventurada», y deriva también del griego «doron», regalo.

Y aquello era lo que buscaban los que decidieron elegirla para aportar lo suyo al equipo de Quilmes, según se desprende del estudio de Waters. Un regalo.

No es en vano señalar que si bien la magia y la adivinación eran en la antigüedad derecho exclusivo de los sacerdotes, como medio de sondear la voluntad de Dios con relación a los futuros acontecimientos, con el correr de los años y la práctica se fue tornando cada vez más frecuente la consulta a las brujas sobre cuestiones personales y a los brujos ante asuntos de cierta importancia

política. Dice Waters, con notable sentido eurocentrista: «Esta división de géneros se acrecentó desde el siglo XVI en los nuevos territorios descubiertos de lo que se dio en llamar América». Y vaya si Chascomús era América.

Territorio de gran biodiversidad y notorias características paisajistas, consta de importantes ríos (que a la vez señalan los límites catastrales de su partido) y un sistema de lagunas encadenadas que ofrecen a sus habitantes y a quienes se llegan hasta el lugar una inagotable propensión a la contemplación absorta de los espejos de agua. En ese asombroso ecosistema, no podía faltar lo mágico. Y, volviendo a Waters, allí vivía una conocedora de lo mágico. Y hacia allí, y desde Quilmes, un viernes partió la comitiva para contactar a Dora.

No fue fácil dar con la pitonisa. El silencio de los habitantes de la región ante la mención de ese nombre era proporcional a la cordial hospitalidad por señalarles a los quilmeños lugares donde acampar o cabalgar la llanura, donde saborear rotundos asados de los pejerreyes que por millares se reproducían en las aguas de las lagunas, donde repantigarse para dormir soberanas siestas luego de la ingesta. Era el paraíso, indudablemente, pero de Dora, nada. Poco más de nueve horas, señala Waters, los muchachones estuvieron en esa búsqueda. No determina si hicieron o no uso de las indicaciones culinarias y de descanso que les proporcionaban los de Chascomús, pero es indudable que, ante semejante oferta, las deben haber aprovechado.

El relato ensayístico de Waters adquiere características epifánicas unas páginas más adelante. El libro dice algo así como que a eso de las cinco de la tarde (se recordará: la hora lorquiana por excelencia), en las cercanías del almacén Anahí, mientras el grupo debatía la posibilidad de emprender la vuelta y que fuera lo que Dios quisiera con el bendito ascenso, una mujer de saquito blanco, pelo que supo ser negrísimo y tirante rematado en un delicioso rodete, se les acercó. «Ustedes me buscan», dijo dulce y sonriente.

Los muchachos se miraron. Nada más alejado a la fisonomía de una bruja que esa mujer de aspecto maternal que les seguía sonriendo encandilándolos con sus enormes ojos negros. No había tiempo que perder. La vuelta apremiaba.

Ahí nomás, debajo de un arbolito, le explicaron la cuestión. Quilmes y Gimnasia y Esgrima de Jujuy andaban palo y palo al tope de la tabla. Al día siguiente, sábado, Quilmes debía jugar con Deportivo Morón (que penaba entre los últimos lugares) y los jujeños se enfrentaban a Douglas Haig. El pedido era simple: un ensalmo para que Quilmes ganara como sea y el Lobo jujeño perdiera.

Dora, sin dejar de sonreír, miró hacia la ruta 2, más allá, sus ojos escudriñaron la lejanía con una dulzura casi divina. Luego contempló a los muchachos y dijo, acariciando la perla que colgaba de su cuello, casi en un susurro, con una voz que parecía provenir del más allá, de los sueños inalcanzables que están a punto de

cumplirse: «Hecho. Cuatro mil pesos. Dos mil ahora, dos mil al terminar los partidos».

El pacto se selló en un segundo. Para mayor alegría y confianza, sin dejar la dulzura ni un instante, Dora les preguntó si estaba bien que Gimnasia y Esgrima perdiera por 3 a 0. Los muchachos sonrieron. Era increíble. Dora guardó los dos mil pesos en una carterita que colgaba en bandolera y el grupito se encaminó a la terminal de micros paladeando la inminente vuelta a la Primera.

Poco y nada se sabe de los entuertos mágicos realizados entre aquella noche de viernes y las horas de la mañana del sábado siguiente, pero pasadas las cuatro y media de la tarde, los muchachones, saltando y gritando en la tribuna de su estadio por el 2 a 1 con que Quilmes derrotaba a Morón, escucharon el resultado final del partido que Gimnasia y Douglas Haig jugaban en cancha de los segundos, Pergamino: 3 a 0. La algarrabía cervecera derivó en paroxismo. Alguien (algún inadaptado, refiere Waters, confundiendo alegría con barbarie) arrojó una bomba de estruendo con tanta mala fortuna que cayó cerca de un defensor de Morón aturdiéndolo. El partido se detuvo. Unos minutos, otros más; hubo revuelos, consultas, policías que iban y venían, reuniones en la mitad de la cancha y, finalmente, la decisión del árbitro: partido suspendido a los 14 minutos del segundo tiempo por precariedad en las condiciones para reanudar el juego. A la hinchada de Quilmes, incluidos los responsables del acuerdo milagroso con Dora, poco le importó. Estaban a escasa

media hora de la gloria, cortarse solos en la punta, y siguieron festejando a los saltos y a los gritos hasta cuando de los jugadores ya no quedaba ni el olor a linimento y el cielo quilmeño iba adquiriendo su habitual tonalidad nocturna.

El domingo, en Quilmes, pasó entre festejos anticipados. En Chascomús, luego de enterarse por televisión de los resultados de la fecha, Dora le dio de comer a su gato y caminó tranquilamente hasta la terminal de micros para sacar el pasaje para el día siguiente.

El lunes, cerca del mediodía, entró a la sede del club. Llevaba el mismo saquito blanco y el rodete enhiesto, la misma dulzura en los ojos negros. Pidió el resto del pago. Los muchachos, envalentonados por los resultados que se habían dado hasta el momento, pero mucho más por la cantidad de alcohol de los brindis, con tono sobrador le dijeron que el partido no había terminado y le dieron a entender que el pago realizado había sido más que suficiente.

Los ojos de Dora fueron aumentando en brillo e intensidad. El rodete parecía a punto de estallar con cada bravuconada de los muchachones, y cuando comprendió que la segunda parte del acuerdo no se haría efectiva, hizo escuchar una risa que parecía provenir del mismísimo infierno atravesando la calma chicha de las instalaciones, y moviendo apenas los labios musitó la maldición. Después salió mansamente, dejando una estela como de azufre con su saquito blanco, y se volvió a Chascomús.

El grupo quilmeño recién comprendió hasta dónde llegaba eso que no habían escuchado en la sede cuando al sábado siguiente comenzó el cataclismo. Apenas arrancó la continuación del partido que ganaban 2 a 1, su estrella, Adrián Czornomaz, desperdició un penal. Doce minutos después, Morón lograba empatar. El conjunto quilmeño corría detrás de la pelota sin poder alcanzarla y Morón llegaba cada vez con más frecuencia al arco donde se debatía el golero Néstor Merlo a gritos contra sus defensores inoperantes. Sobre el final, un soberbio zapatazo de afuera del área hizo estéril el vuelo de Merlo y embolsó la red llevándose enterita la ilusión de todos. El árbitro pitó el 3 a 2 final y todo Quilmes sintió la puñalada. Las fechas siguientes fueron para el olvido: derrota de 2 a 1 frente al precario Laferrere y dos empates (2 a 2 contra Instituto, 1 a 1 contra Atlético de Rafaela). Gimnasia y Esgrima de Jujuy no desaprovechó la oportunidad y cosechando triunfos obtuvo 58 puntos y el ascenso a la A ante los 55 de Quilmes y su permanencia en la B otro año.

No fue otro año —dice el ensayo de Waters—, fueron varios. Las campañas del *team* de Quilmes fueron cada vez más tristes y, ante cada nuevo fracaso, los muchachos del acuerdo recordaban a Dora y su risa infernal.

Luego de desperdiciar varias chances para ascender (una final ante Huracán, un partido por el segundo ascenso ante Los Andes, un duelo contra Banfield y una promoción ante Belgrano de Córdoba), en el año 2000 decidieron juntar los dos mil pesos restantes, viajar nue-

vamente a Chascomús para pedir disculpas y tratar de cortar la maldición. Pero Dora había muerto un año antes y, según se enteraron después de horas y horas de preguntas con escasas respuestas, estaba enterrada en el cementerio en una tumba sin nombre.

Desesperados, enfilaron hacia la florería Las Violetas, pidieron un ramo de rosas blancas y lo dejaron sobre la primera tumba que tenía una crucecita de madera pintada de blanco y ningún nombre que recordara al difunto. «Perdone, señora; por favor, perdone», dijo uno de ellos, el más acongojado, dudando un rato largo entre santiguarse o no y optando por lo último mientras se secaba las lágrimas.

Cuando al campeonato siguiente cayeron frente a Nueva Chicago por 1 a 0 y dejaron escapar otra vez la posibilidad del ascenso, tuvieron una reunión ampliada con toda la hinchada. La conclusión fue clara: habían equivocado la tumba en la que dejaron las rosas. La maldición de Dora, apenas iniciado el siglo XXI, seguía efectiva, tanto como Quilmes en la B.

El ensayo de Waters cierra ese capítulo conjeturando que, luego de casi una década, aquel grupito de 1994 ya no era de muchachones, que algunos comenzaban a pintar canas y que la desazón ante la persistencia del embrujo de Dora los había golpeado muy hondo como para intentar una nueva expedición a Chascomús.

3

El Chino busca sin demasiada consistencia alguna noticia sobre Quilmes en el diario de cortesía sobre la mesa de Atalaya. Sabe que no aparecerá nada: a fin de cuentas, la posibilidad de un ascenso a la A importa bastante poco para los medios hasta que no se efectiviza. Y para eso, hoy, miércoles 2 de julio de 2003 a las siete y media de la mañana, faltan tres días y un puñadito de horas. Si bien se lo nota bastante entusiasmado con el 1 a 0 conseguido en el estadio Centenario frente a Argentinos Juniors el sábado pasado (con un gol agónico del defensor Alayes y un final con todos los jugadores de Quilmes colgados del travesaño), ahora queda viajar a Caballito, a la cancha de Ferro, donde Argentinos haría de local, y evitar la derrota que los vuelva a depositar en ese pantano de la B.

—¿Hay algo? —pregunta Taboada mientras levanta el brazo derecho y hace un firulete hacia la barra con la mano, como si escribiera algo en el aire. El mozo, conocedor absoluto del lenguaje gestual gastronómico, desacomoda el codo de la barra y se encamina pesada y pausadamente a la mesa con la bandeja bajo el brazo.

—Nada —dice el Chino—. Boca, River, los refuerzos de Bielsa. De Quilmes, nada, como siempre.

El mozo deja una tirita de papel impreso sobre la mesa que rápidamente recoge Taboada como anunciando que paga él. El Rengo, que se mojó con saliva la yema del dedo índice para que se adhirieran las miguitas de

las medialunas que quedaron sobre el plato y se las zampó con un afán digno de mejores causas, entrecierra los ojos y lanza el dardo, mirando ahora al mozo: «Un casual, maestro. ¿Sintió hablar alguna vez de una tal Dora por acá?».

—¿Por acá, dónde? —dice el mozo.

—Acá, la zona, Chascomús —dice el Rengo haciendo un remolino con la mano derecha como indicando el universo.

El mozo piensa, pero como los datos son más bien escuetos, averigua sin demasiados recursos investigativos: «¿Dora?».

El Rengo está a punto de decirle «sí, Dora, una bruja de por acá que nos clavó un maleficio de la hostia», pero comprende (sabiendo lo que es jugar de visitante) que no estaría bien visto una generalización regional de semejante tamaño.

—Una señora que hace trabajos, digamos, mágicos —dice, eligiendo bien las palabras.

—¿En un circo? Acá hace bastante que no llega un circo, debe ser por la campaña de Greenpeace contra los animales —dice el mozo, confundiendo la actividad de la organización quizás por la hora, quizás por la mencionada huelga de micros que lo hace pensar más en la manera de pagar la factura de la luz que en la salvación o no de ciertos bichos.

—No, no, ¿qué circo, maestro? Una señora que hace trabajitos —el Rengo dice «trabajitos» como entrecomiéndolo, guiñando un ojo.

—No —dice el mozo—, conozco una Dora maestra, pero curandera ninguna.

Taboada quiere decir «gracias igual», pero prefiere dejar un billete de diez de propina debajo de la taza vacía y ponerse el gamulán.

Los tres salen a la inclemencia, miran la posibilidad de la camioneta que por lo menos los cobije del frío y la ventolina, pero un gesto de Taboada disipa las preferencias. Las cosas hay que hacerlas bien o no hacerlas, parece querer decir el gesto. Y se adaptan mientras empiezan a caminar, las manos en los bolsillos, por la orilla de la ruta 2 rumbo al sur; campo pelado a un lado y campo pelado al otro de la doble cinta de asfalto.

El Chino, tanto como para hacerse el gracioso, pregunta cuánto falta, y cuando comprende que ninguno de los otros dos le va a dar bola, le pide al Rengo que le cuente de nuevo la caminata de sus ancestros.

—¿Otra vez? —dice el Rengo.

—Dale, cortita por lo menos —dice el Chino—, para pasar el rato.

El Rengo bufa dejando escapar una bocanada de humito que se disuelve en el aire casi azul de la mañana, pero lo hace más como un gesto de cariño hacia el Chino, como si se tratara de un chico. Mueve las manos dentro de los bolsillos de la campera frotándose la barriga para darse algo de calor y arranca: «Los españoles nos venían cagando a palos. Nos echaban de un lado, nos echaban del otro. Nosotros nos replegábamos donde podíamos. Una semanita entre los cerros, una

semanita entre pedregales. Así hasta que nos encontraban y a rajar de nuevo. El que nos guiaba, un cacique, se llamaba Iquín».

—Ah, esa es nueva —dice Taboada—, nunca nos habías dicho que se llamaba Iquín.

El Rengo hace que sí con la cabeza y sigue: «Iquín, cacique de los kilmes. Kilmes con k, eh, con k. Así llegamos a un sitio que se llamaba Amaicha del Valle, en lo alto, y nos quedamos. Pero otro gallego, gobernador de por ahí, nos sitió. Un año duró el sitio. Con las armas no podían hacer nada, pero el hambre nos fue cortando las posibilidades y nos ganó. Fue un desastre. Muchas mujeres se tiraron desde lo alto del cerro con sus hijos para que no las capturaran los españoles. Y los hombres que quedaban decidieron bajar al valle y entregarse. La condena para los sobrevivientes fue marchar hacia el destierro. Y el lugar que señalaron los gallegos fue la orilla barrosa de un río allá lejos, el Río de la Plata, al sur: Quilmes, sin k, Reducción de la Exaltación de la Santa Cruz de los Indios Quilmes. Eran unos dos mil y pico. Y empezaron a caminar. Mil quinientos kilómetros, cuadra más, cuadra menos. Llegó la mitad, después de un año».

—¿Y te querés quejar ahora por unas cuadras? —dice Taboada señalando un carancho o algún bicho de esos que atraviesa la llanura y se pierde quién sabe hacia dónde.

—¿Unas cuadras? Diez kilómetros, dijiste que eran —el Chino se hace el enojado.

—Más o menos, sí, diez kilómetros. No vas a comparar con lo que patearon los abuelos del Rengo.

Los tres dejan atrás el chaperío de Auxilios Catalina, desde donde los mira pasar un tipo que, sentado en una sillita de mimbre al lado de una bañera llena de agua, de esas que se usan para descubrir la pinchadura de una goma, sorbe un mate con la parsimonia de los observadores del devenir cotidiano. Un perro, sin abandonar su postura, echado al lado de la sillita, les ladra más por compromiso que por atención. El tipo baja la mano, acaricia el lomo, hace un chasquido con los labios y vuelve al mate.

—¿Qué abuelos? —dice el Rengo—. De eso hace como trescientos cincuenta años.

—Ah, no eran del Cervecero, entonces —dice el Chino, que quiere seguir la charla con cualquier motivo.

—No, Chinito, faltaban como doscientos años para que se fundara el club —dice el Rengo.

Taboada se pierde en un devaneo del cual se extraen, apenas, algunas conclusiones equívocas: mil quinientos kilómetros contra diez no es nada. Un año contra unas miserables siete horas, menos que menos. Los cerros, bosques, ríos, pantanos, fieras, gallegos y frenéticos cambios de temperatura son indudablemente más caóticos que la agradable llanura de Chascomús, retaceada acá y allá por un eucalipto, un ombú, un espinillo y por la mansa presencia de alguna que otra vaca que mira como el tipo del taller. Y, encima, está la cuestión de Quilmes, de la camiseta, del ascenso.

—La misión divina —dice el Chino, que empieza a olfatear el aire.

¿Qué olfatea? Muy simple, desde la chimenea de la parrilla Martín Fierro, que se anuncia unas cuadras más adelante, empieza a emerger un olor promisorio a carne asada que le provoca una acumulación de saliva en las papilas gustativas. Están limpiando las parrillas y el aroma que desprenden le trae el recuerdo de los choripanes de la cancha. Lo dice: «Huelan, huelan, ¿no es el mismo olor del choripán de la cancha?».

—Chino, ¿vos no leíste a Proust, no? —dice Taboada.

—¿Quién?

—Proust —repite Taboada—. Francés. Escribió una historia que arranca con un tipo que mojaba una galletita en la taza de té y recordaba.

La síntesis bestial de *En busca del tiempo perdido* que hace Taboada parece querer poner de manifiesto la escasa habilidad literaria del Chino, que ni siquiera se da por aludido, ya conoce demasiado bien las veleidades lectoras de Taboada, pero no, es una charla entre amigos. Despiadada, feroz, sí, pero como cualquier charla entre amigos. Una charla que, encima, se desarrolla en un escenario bucólico, campestre, mucho más ahora que dejan atrás la ruta 2 (casi casi un símbolo de la modernidad sobre la sustancial cintura cósmica, como dice la canción, de la llanura pampeana) y enfilan, según el cartel indicador, por la avenida Juan Manuel de Rosas.

—¿Avenida? —dice el Rengo—, medio pretencioso, ¿no?

Es cierto, los como mucho cuatro metros de ancho, doble mano, de la Juan Manuel de Rosas no ameritan lo de avenida. Pero la belleza del entorno la hace que-rible. Pasto, medio amarillón por la fresca, pero pasto al fin, los arbolitos acá y allá y el enorme cielo celeste que parece al alcance de la mano brindan esa sensación de andar caminando por el paraíso que se tiene pocas, poquísimas veces.

—¿Vos creés que la encontraremos? La tumba digo. ¿Y si nos confundimos como los otros? —el Chino no deja de mirar maravillado el cielo.

—Alguien debe saber —dice Taboada.

—Bueno, el mozo no sabía de quién le hablábamos —dice el Rengo.

—El mozo. ¿Vos sabés la cantidad de gente que ve un mozo al final del día? ¿Cuántas personas deben pasar por Atalaya para clavarse unas medialunas? Mil, diez mil, cien mil al año. Año tras año, Rengo, y pasaron nueve años. Acordate que los que hablaron con Dora también tuvieron problemas para encontrarla —dice Taboada.

—Más a mi favor. Por entonces estaba viva y nadie sabía nada, imaginate ahora que espichó —el Rengo es un manojo de dudas.

—Mirá —dice el Chino, contemporizador si supiera qué quiere decir eso—, yo creo que alguna señal nos va a mandar. Desde ahí —y señala el cielo—, por donde ande, debe haber sonreído cuando con la Betty le pusimos Dora a la nena. Le debemos haber tocado el lado bueno, ¿no?

—Eso —dice el Rengo— si las brujas van al cielo, cosa que no creo.

—No habléis así, no era bruja. Le jugaron una mala pasada cuando le cagaron las dos lucas. La pobre Dora había hecho lo pactado. Gimnasia perdió tres a cero y nosotros ganábamos —dice Taboada.

—Pero perdimos —interrumpe el Rengo.

—Porque no le pagamos. ¿O te creés que ganar es tan fácil? A ver, ¿cuándo fue fácil para nosotros?

Atrás van quedando las cuadras: Pasaje Santa Rita, Bomberos Voluntarios, Hudson, El jacarandá, Los cedros, Los pinos, Scalabrini Ortiz (que se cuele entre los nombres botánicos como si se tratara de un árbol más por obra y gracia de algún funcionario municipal con prosapia nacional y popular), Las acacias, El ombú. A paso seguro, juntando alguna ramita del pasto para jugar, los tres caminan uno al lado del otro por la banquina acostumbrándose al frío. Los que los miran pasar deben confundirlos con turistas que vienen a conocer la laguna. Con pescadores no, claro, ninguno lleva caña ni gorritos de Piluso donde enganchar los anzuelos. Turistas.

Cuando cruzan Tucumán (las calles empezaron a nombrar provincias), ven a un costado el mastodonte achaparrado del supermercado El Día y el Chino saca a relucir su manejo del lunfardo. «¿No les pica el ba-gre?», dice.

Antes de entrar, el Rengo encara al de vigilancia de la puerta.

—Perdoná, jefe, un casual, ¿usted sabe algo sobre una señora, Dora, que hacía, digamos, que hacía laburitos de magia por la zona?

El tipo primero lo mira como si fuera la personificación de la aurora boreal y después, serio, niega con la cabeza.

—¿Magia? —dice, mientras los tres ya están por la puerta del supermercado.

Solo Taboada lo escucha. Y vuelve.

—Magia, lo que se dice magia, no, perdone. Se trataba de una señora que vivió acá, en Chascomús, de rodete, saquito blanco...

—La vieja —dice el tipo abriendo grande los ojos como si la sola mención del rodete y el saquito le trajera la historia misma—, la vieja Dora. Ya finada, la pobre, hace un par de años. Las veces que me habrá curado el empacho. Claro, Dora, ¿cómo no?

Mientras adentro el Rengo y el Chino compran salame, queso, tres flautitas y una Coca de litro y medio, Taboada, afuera, charla un poco y agradece el papelito que le da el tipo de vigilancia donde garabateó unas rayas y unos rectangulitos y, por último, emulando un mapa del tesoro, una equis: la tumba de Dora («sin nombre, como para no avivar a los giles», le dice a Taboada mientras le guiña un ojo). Se lo guarda rápidamente en el bolsillo del gamulán, mira el enorme cielo celeste compacto de Chascomús y dice «gracias».

4

El sábado 5 de julio, a la noche, cuando se lo cuentan a los muchachos, no lo pueden creer. El Chino, sin dejar de acariciarle la cabeza a la Dorita, dice «y sí, y sí, se lo debíamos, pobre». Taboada va desgranando las calles en voz alta como si las caminara de vuelta o, mejor dicho, como si fuera la formación de un equipo repetido hasta el paroxismo: «Alsina, Colón y Moreno; Castelli, Yrigoyen y Ricchieri; Varela, Ayacucho, Escobar, Magdalena y Bragado». Faltaría, eso sí, el banco de suplentes, pero los nombres de las últimas calles son más ciudades que apellidos: Avellaneda, Guaminí, Bahía Blanca, La Plata, Las Flores, Balcarce. No dan. Cuenta, claro, la demencial («demencial», dice) experiencia de caminar, casi al trotecito por la orilla de la laguna como si fuera justamente la del Mar Muerto, como si fuera la apertura del Jordán ni bien Josué metió las patas o la del Mar Rojo de Moisés para que pudieran pasar los israelitas. Cuenta la sensación al pisar la rotondita y ver a mil metros las paredes del cementerio, blancas, no muy altas, apenas como para que los vivos sigan creyendo en la promesa de la vida y los que se fueron puedan repantigarse a gusto eternamente libres de horarios y laburos y economías adversas.

El Rengo, cuando le llega el turno, dice que seguían a Taboada por las callecitas del cementerio sin saber que tenía el papelito: «Creíamos que había tenido algo así como una visión, como si fuera el elegido. Cuando

nos dijo lo del mapa estuvimos a punto de cagarlo a trompadas».

Cuesta lograr el silencio necesario para que cuenten, con el respeto que se merece, qué dijeron cuando llegaron a la montañita de tierra sin nombre. Los muchachos siguen destapando botellas de cerveza y, de tanto en tanto, vuelven a la carga con eso «de la mano de Dora nos vamo' e la B, de la mano de Dora nos vamo' e la B, para nunca, para nunca más volver» y el más agresivo e hiriente «con esos putos no jugamos nunca más».

El Chino levanta los dos brazos pidiendo calma. Y cuando los muchachos se callan, Taboada se levanta del silloncito, cierra los ojos, y recita, medio afónico todavía: «Dora, Dorita, querida, usted disculpe las molestias que le ocasionamos. Le venimos a pedir perdón. Acá le dejamos las dos lucas que le debemos hace tanto tiempo y este ramo de gladiolos. Es lo que conseguimos en la florería. Queríamos rosas, como usted se merece, pero bueh, no es la estación, nos dijo la señora que atendía. Están lindos los gladiolos, igual. Mire, acá con el Rengo y con el Chino nos vinimos desde Quilmes porque queremos, además de saldar una deuda pendiente, pedirle, con todo respeto, ¿cierto?, que aunque sea empatemos contra Argentinos Juniors el sábado. No le pedimos ganar, sería demasiada molestia para usted, que debe andar ocupada en otras cosas. Un empate. Un empate nada más. Cero a cero y santas pascuas, Dora, querida».

Los muchachos vuelven a los cantitos, a los saltos, a los abrazos que buscan eternizarse. «Bruja, bruja, bruja

hay una sola. Bruja es nuestra Dora las demás son de las bolas», gritan a coro.

El Rengo se hace cargo de la situación: «Nos dio medio cosa cuando hicimos el pocito para dejar el sobre con las dos lucas, pero el cagazo mayor fue cuando salimos del cementerio y las luces se iban prendiendo y vimos algo así como la estela de un saquito blanco que corría hacia la esquina. Yo estoy seguro de que era Dora que se iba yendo para Caballito, para la cancha, pero estos dos no creen».

Acariciando nuevamente, con una suavidad extrema, la cabeza de Dorita, el Chino dice «muchachos, ahora al descanso reparador de los triunfadores, que mañana tempranito nos vamos todos para Chascomús en procesión. Tenemos que dejarle la camiseta de Quilmes a Dora, carajo».

LA CASA ERA UN TEATRO.
DICCIONARIO ONÍRICO DE UNOS PASEOS
POR LA VILLA OCAMPO EN SAN ISIDRO

Cecilia Szperling
(San Isidro)

Una casa en San Isidro.

6 hermanas

5 tías

3 institutrices

Madre

Padre

La niña querrá ser actriz. Se lo prohíben. Luego la casa de San Isidro, la villa, los salones, los jardines, serán el teatro.

Actriz: El trauma de la prohibición. La escritora quería ser actriz. Padre y Madre se lo prohíben. La casa será el teatro. Será escenario. *La niña que quería ser actriz*, será escritora, ese será su papel.

Proust escribió que a los 8 años su madre ya no subió a darle el *Beso de las buenas noches*. Ese fue el trauma que dio origen a la producción de siete tomos de *En busca del tiempo perdido*.

El trauma de lo que se nos niega impulsa el arte o ese es el mito que nos gusta alimentar.

Angélica, Francisca, Rosa, Clara y Silvina: Cinco hermanas habitan la casa junto a *La niña que quería ser actriz*, que es la mayor. Cinco tías la habitan también. Tres institutrices. Personal de servicio: sin número. *La niña que quería ser actriz* pasa sus veranos en el caserón de San Isidro entre mujeres. En el jardín, jugando a hacer obritas de teatro. Fascinada con un juego de ser otro. Disfrazadas de diablos o de payasas... *nos quitamos los disfraces que olían a satiné y que me gustaban tanto*.

Aguirre, Ramona: Madre. Estricta. Valores rígidos. Una mañana en la que la empleada tiende la cama de *La niña lectora* descubre el libro *De profundis* de Oscar Wilde y se lo confisca.

Balcón: *Me voy a tirar por el balcón*, amenazó la niña rebelde, frente a una prohibición más: la lectura de *De profundis*, de Oscar Wilde. Confiscado por Madre.

El *balcón* para asomarse. El *balcón* para ver la escena que deseamos. El *balcón* para espiar. Como un palco de ópera, pero los actores son escasos, telas y telones, siempre iguales. Hay que tener paciencia para

que aparezca lo esperado y ansiado. Estar alerta al carruaje. A los cascabeles, al ruido de la carreta, de los caballos. En su diario, *la jovencita que quería ser actriz* cuenta que un tal LGF pasaba a diario por delante de él a caballo. LGF fue el primero en descubrirla, en des-ocultarla, el primero en mirarla, desde lo alto, montado y luego perseguirla en la noche de carnaval. Ahora es ella la que se asoma a ver la calle desierta, la que espera la repetición de ese rodeo amoroso, desde su balcón.

La niña que quería ser actriz, al oír el ruido del caballo de LGF, corre a toda carrera a buscar los tres pimpollos de rosa de té que tenía reservados. Sale al balcón, le muestra el ramito y se cubre la cara luego, con las flores. *Era como si LGF hubiese entrado en la casa*, escribe en su diario.

CaraCuadro: La joven que fue la niña que quiso ser actriz reconoce en LGF los rasgos de Juana de Arco. Lo confirma en una fotografía de la heroína. Luego le pide a su prima que le traiga un gran cuadro retrato de Juana de Arco. Son idénticos. De modo que cuelga en su cuarto el gran cuadro, el del hombre que despierta sus ardores, pero se tranquiliza porque nadie lo descubre en la cara de Juana de Arco. De modo que puede camuflar su sujeto de deseo, ocultándolo a la vista de todos.

CanciónOculta: En el piano a cuatro manos junto a su hermana, *la joven música* compone una pieza musical

con la fuerza del galope y recordándolo montado la noche de carnaval. Invierte las sílabas de las palabras de la canción homenaje a LGF para que su hermana no descubra cuál es la fuerza que la hace vibrar las teclas.

Casa: La casa de la infancia de los veraneos de los sueños y los juegos construidos en el jardín. La casa de las mujeres: cinco hermanas, Madre, cinco tías, tres institutrices, sirvientas, cocinera, planchadora. Esa casa será luego el teatro, una puesta en escena de la vida literaria. Que era la que sí se podía transitar. Principalmente como anfitriona, como mecenas. En ese territorio se anidaron los sueños teatrales en la infancia y luego se desplegó pensamiento, acción, música, cine, libros, conversaciones, romances. El piano, la pérgola, el salón, la biblioteca, las habitaciones de huéspedes ilustres, las tinas en los baños. Allí hubo años de tertulias como si se trataran de cuadros de una ópera. Y el Grande Finale. Allí murió junto a Fanny.

La casa de Bernarda Alba: La casa era un matriarcado. Solo mujeres. Y un Padre.

La otra casa: La escritora moderna hará *La casa Moderna*. La de la ciudad será la casa libre. La casa elegida. Casa réplica de arquitecturas *avant garde*. *La única casa moderna de Buenos Aires*, dijo Le Corbusier. La casa la firmará *La Mujer Moderna*, porque el arquitecto convocado no podía ponerle firma a *Ese adefesio*.

A la *casa heredada*, la de balcones y caballos en San Isidro, años más tarde *la escritora transcultural* la vestirá de Moderna. Cubista, lo que se pueda, blanca, lo que se pueda. Simplificará las líneas. Joan Miró o Piet Mondrian podrían ser las referencias que *La escritora feminista* le proponga al Escenógrafo.

Clases de teatro: La jovencita toma lecciones de teatro con la actriz francesa Marguerite Moreno. Las niñas podían actuar en las salas de la casa, en los jardines, en ese mundo íntimo de reuniones familiares y tertulias. Pero tenían vedado ser actrices, profesión que fascinaba y a la vez espantaba a la oligarquía. Admiraban el brillo, la llevaban a infinidad de obras de teatro en Buenos Aires y en las capitales europeas y de Estados Unidos. Pero a la vez que lo ofrecían, lo censuraban. Era para ver, para espectral. No se podía ser parte.

Cocina: Juguemos a ser chicas de clase media, se decían entre las hermanas ricas y la propuesta consistía en lavar los platos, secarlos y acomodarlos en su lugar.

Dramaturgia: La Casa siempre fue un teatro y con sus hermanas escribían y actuaban, con las tías como público, en tertulias familiares. Antes en el jardín, entre árboles y plantas, con la luna como seguidora, la niña se proyectaba hacia un mundo de espectadores desconocidos.

En otros palcos, balcones y plateas de teatro del

mundo, al que concurría en viajes, también anidaba ese sueño de saltar del palco y protagonizar.

Al volver, a sus 50 años, los juegos serán con Stravinski en el piano, con Lorca celebrando, con Rabindranath Tagore recitando.

Escritora: El origen es la revancha. La institutriz Miss Ellis se queja de la niña frente a sus padres. No solo no estudiaba sino que distraía a sus hermanas. Furiosa, enojada, llena de rabia por la acusación injusta, se encierra en su cuarto a escribir. Experimenta el dulzor del deshago, de la descarga, el alivio en la letra y la autotransformación por la palabra. La máquina de escribir es la película privada, íntima. En ese aparato de teclas y letras vive el foso de la orquesta, el coro griego, la catarsis, los sueños y la épica del teatro de la vida.

Fanny: Era la niñera de Silvina. La mayor se casó y se la llevó con ella a Europa. La mujer que su hermana menor más quería en el mundo. Un desgarró. El barco era una extensión de la casa.

Francesa: Institutriz traída de Francia. Para la literatura, la religión y las matemáticas.

Fracaso: Su amigo Ortega y Gasset le critica con dureza en el diario *La Nación* su primera publicación. En algún lugar escribe que lo siente como una revancha amorosa. A él le gustaba ella y a ella no.

Así, cual *mujer enredadera*, habría que abrirse paso y florecer, en los caminos que los hombres les dejaran libres y sin obstáculos a las mujeres.

Ser anfitriona, directora de una revista, mecenas y visionaria resultó más fácil que desarrollarse como actriz o como escritora. Todo lo lograría. Solo llevaría más tiempo.

Feminismo: La niña que quería ser actriz, que quería ser escritora, se hace feminista. Virginia Woolf le muestra el camino. Además de su brillante y revolucionaria escritura, deja la estela del feminismo. Se agrupa con otras mujeres. Comienza su épica militante: a favor del voto femenino, el divorcio, el aborto legal. Año 1936.

Conduce su propio automóvil, enciende cigarrillos en la Confeitería París y usa pantalones... es amante del primo de su marido durante años.

La mujer guerrera lanza en *Sur*, su revista plataforma-salón literario, precursora, visionaria adelantada, un especial de la mujer. Con todos los reclamos expresados en encuestas y en estadísticas que fabricaron con esfuerzo personal.

Gabriela Mistral: Amistad epistolar. *Gabriela Mistral tan querida y tan fiel amiga no era feminista hasta que yo la convertí.*

Genca: *La mujer viajera* invita a su prima Angélica, Genca. Nuevo disgusto con su hermana Silvina. Se dice

que era amante de su marido Bioy y también de ella. La escritora la lleva en su viaje en barco.

Hamaca: Un día, al abrocharse el calzón en el cuarto de baño, la niña ve que tenía una mancha roja. Y también la camisa. Era sangre. Madre dice que esa sangre no era nada en particular.

¿La menstruación estaría prohibida también? ¿Habría que esconder esa sangre? ¿Había que disimular? ¿Había que tener vergüenza? ¿Era tema prohibido frente a varones? Si *Nunca había tenido vergüenza de mi cuerpo*, escribe en su diario, ¿por qué habría de tenerlo ahora?

No va a someterse. Con sangre o sin ella, se subirá a la hamaca.

Institutrices: Tres institutrices. Francesa, Inglesa y Dinamarquesa.

San Isidro: El jardín de las hojas que caen. De las mandarinas amarillas. ¿Era posible dejar atrás el verano y abandonar la Villa de descanso? ¿Era posible no asomarse cada tarde a las cinco y media para escuchar los cascabeles y luego ver su silueta sobre el caballo? ¿Era posible vivir sin la fuerza de la mirada rayo? ¿La mirada fulminante de Juana de Arco?

Jardín: Cuando pienso en el jardín de San Isidro, en sus flores, ¡qué nostalgia! ¿Para qué viajar si uno lleva

adentro en germen toda la belleza del mundo?, la escritora viajera le escribió en otra carta a su amiga Delfina Bunge.

Con sus hermanas escribían y montaban obritas de teatro en el jardín.

Luna de miel: En el viaje de luna de miel ocurrió esto. Una confusión de sobres hizo que Victoria leyera una carta que su esposo había escrito a su suegro, es decir, al padre de *la niña que quería ser actriz*. En esa carta le decía a que *no se preocupara por los delirios de Victoria de ser actriz, ya que, en cuanto quedara embarazada, se olvidaría de esas locuras*.

Me casé con un traidor. El matrimonio ya estaba terminado y todavía tenían que llegar a Europa en barco y permanecer dos años. El matrimonio permaneció unos años juntos. Sin divorcio, pero en habitaciones separadas, en camas separadas. Compartían los almuerzos familiares de los domingos.

Piano: El piano funciona como la piscina, en el medio del salón. Alrededor de ella los invitados se agrupan, miran, escuchan. Los más brillantes y desafiantes se zambullen en la noche, aún vestidos de fiesta.

El piano es la fuente, emana sin interrupción otro medio que admiramos, que deseamos, que abandonamos hace mucho, al salir de nuestras bolsas líquidas y entrar a la atmósfera, al oxígeno, cual anfibio desilusionado y resignado. Habrá que soportar el aire seco.

La niña que quería ser actriz puede aliviar el deseo en palabras y en las otras teclas, las de la máquina de escribir y las de la máquina de sonar. Suenan y resuenan los caballos del deseo en esas teclas, cabalgando.

Silvina: La hermana Mayor reacciona ante los cuentos que escribe su *hermana Menor*, con perplejidad. Como encantada o sorprendida, reconociendo partes de la realidad vivida en común, como es transformada por la mirada ensoñada de Silvina. *Conociendo el lado realidad e ignorando la deformación que esa realidad había sufrido al mirarse en otros ojos que en los míos y al apoyarse en otros sueños, me encontré por primera vez en presencia de un fenómeno singular y significativo: la aparición de una persona disfrazada de sí misma.*

Sueños: Los cuentos de *la hermana Menor* que usan recuerdos que multiplican o al menos duplican una infancia en común, complejizan y empujan a *la hermana Mayor* a reflexiones y a construirse en la diferencia. ¿De qué espuma están hechos los cuentos de su hermana? *Estos recuerdos me lanzaban señales en el lenguaje cifrado de la infancia, que es el del sueño y el de la poesía. Cada página aludía a casas, a seres conocidos, en medio de cosas y de seres desconocidos, como en nuestros sueños. Como en nuestros sueños, rostros sin nombres aparecían de pronto en un paisaje familiar, y voces extrañas resonaban en un cuarto cuya atmósfera era ya un tuteo.*

Stravinski: El milagro de una noche. La espectadora fascinada, hipnotizada, histérica, rebosante de deseo insatisfecho: recitará junto a él. Lo había visto en primera fila, las cuatro representaciones, como esas fans enfermas de las películas. Ese deseo hirviente podría derramarse, podría quemar, podría incendiarla. La consagración de la primavera. El pájaro de fuego. Vi a Stravinski, pálido, saludando a ese público que aplaudía y silbaba despiadadamente, escribe. Compré la partitura de ella y alquilé un piano para tocarla en mi salita del Meurice. No sabía bien qué me atraía en ese galimatías de notas y en ese brutal ritmo del cataclismo.

Teatro Colón: La noche de Persephone. Tantas noches de recitados en la casa. Tantas horas de juegos infantiles. Las clases de teatro, de piano, las funciones en su ola de brillo y esplendor. Los disfraces, los decorados, las luces, los telones, los cuerpos que flotan, irrumpen, cargando melodrama, vida, más vida que la que se puede tener en la vida, voces que nunca se escuchan, asombro, perplejidad, estar en el centro de la escena. Ser mirada. Como la miró LGF la noche de carnaval. Ella, que no paró de mirar y enaltecer a todos, es ahora la recitante en Buenos Aires. En el centro del Teatro que es el Teatro Colón, en el ojo de la tormenta del deseo y más magnánima y onírica que la actriz de teatro de cine. Aquí es todo majestuoso, señorial, de otro mundo. Luego Río de Janeiro y Florencia. ... La música es, cuando entramos en ella, como el mar, nuestro cuer-

po pierde su peso habitual. Nos sostiene y nos transporta como ningún otro arte...

Stravinski, el que ella miraba como una espectadora más estallando en su butaca, ahora es mirada por él. Le regaló a *la mujer que quiso ser actriz* su noche soñada. Y al finalizar, el manuscrito de *Persephone: Le doy este manuscrito, mi querida, en recuerdo de las alegrías que le debo a usted (Persephone) y a su espléndido talento (que se me fue revelado por su inolvidable recitado-canto de la Diosa Primavera) y guarde también este manuscrito en recuerdo del profundo agradecimiento de su Stravinsky.*

La vida es un teatro.

La vida es puro teatro.

Telón.

Colaboración: Violeta Kerszberg

Agradecimientos: A Juana Viga y Guadalupe Roble del Observatorio Unesco Villa Ocampo. A Alejandra Ramírez y Guillermo Pintos.

Bibliografía

Libros

Carlos Pardo García, *Darse. Biografía y testimonios*, Fundación Banco Santander. Capítulos utilizados: «El archipiélago», «*Le vert paradis*», «Ayer en el idioma de hoy», «El imperio insular», «El jardín de la infanta».

Mariana Enríquez, *La hermana menor. Un retrato de Silvina Ocampo*, Ediciones Universidad Diego Portales, 2014.

Ensayos

Comas de Guembe, Dolores, «Victoria Ocampo en el archipiélago. Recuerdos de infancia y sociedad», Universidad Nacional de Cuyo.

Entrevista a Dolores Bengolea, sobrina nieta de Victoria Ocampo, realizada por Graciela Queirolo, en *Victoria Ocampo (1890-1979): Cruces entre feminismo, clase y élite intelectual*, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata, 2009, disponible en: www.iade.org.ar/uploads/c87bbfe5-d818-a187.pdf.

«Ocampo», *Página/12*, 17 de enero de 2006, disponible en: www.pagina12.com.ar/diario/especiales/subnotas/61801-20434-2006-01-17.html.

Ocampo, Victoria, «Palabras francesas», *Sur*, n. 1, 1931.

— «Viaje olvidado», *Sur*, n. 7, 1937.

— «Autobiografía V. Figuras simbólicas. Medida de Francia», *Sur*, 1983.

Pezzoni, Enrique, «Silvina Ocampo: orden fantástico, orden social», en *El texto y sus voces*, Sudamericana, 1986.

Programa Recuerdos de Provincia: Las casas de Victoria Ocampo, disponible en: www.youtube.com/watch?v=CIJQ0Aj59GU.

Ruiz Guiñazú, Magdalena, *Secretos de familia*, Sudamericana, 2010.

«Una caja de mariposas. Luces y sombras en el feminismo de Victoria Ocampo», sin autoría.

MIRO POR LA VENTANILLA DEL DODGE POLARA

Ana Wajszczuk
(Balcarce)

A papá le gusta salir muy temprano: a las seis de la mañana. Así que desde ayer yo tenía todo listo. En la mochila guardé: una bolsa con caramelos, una cajita de Vascolet y galletitas que la abuela nos preparó a Manu y a mí, una cartuchera con fibras y una lapicera, mi diario íntimo para escribirlo apenas llegue, *La cabaña del Tío Tom* que ya voy por la mitad, *Las mujercitas se casan* para volver a leerlo y una *Condorito* que me compró mamá ayer para el viaje. Ah, también unos dibujos para los tíos que hicimos con Manu y decoramos con figuritas de *Frutillitas*.

Hicimos sorteo con Manu y me tocó detrás de papá. No me gusta mucho porque siempre hay más lugar detrás del asiento de mamá, pero bueno, por lo menos hay una ventanilla para cada una; la bebé, como es chiquita, va en el medio. Me encanta el auto de papá, es un Dodge Polara de 1970 largo y color marrón brillante, como

si la pintura estuviera hecha de estrellas. En el medio del asiento de atrás, donde vamos nosotras, tiene un coso que se baja y sirve para apoyar los brazos, es como que cada una tiene su casita. Le digo a Manu que no puede pasarse de su lado así puedo tener mi lugar todo para mí. Porque siempre tengo que compartir con ella, la habitación, el colegio, todo. Pero ahora que la bebé ya puede ir atrás con nosotras, viajamos más apretadas porque no podemos bajar el coso ese para hacer casita. Me encantaría ir adelante, en el asiento de mamá. O mejor, me gustaría manejar a mí el Dodge Polara, iría mucho más rápido que papá. Él no me quiere enseñar a manejar, no me da bolilla cada vez que se lo pido. Dice que soy muy chica.

Son un montón de horas hasta Balcarce. Como cinco, o seis, o siete. Papá maneja y no habla, y mamá lleva casetes para escuchar. Son siempre los mismos. *Castillos en el aire* de Alberto Cortez me la sé de memoria. Es un poco triste la canción, aunque la música parece alegre. Una de Mercedes Sosa también, la de la cigarra. Me gusta mucho otra, la que dice «ella soñaba con vivir en Bahía», es de Víctor Heredia, que lo conocemos, porque fuimos a verlo a un recital y cuando terminó papá subió a Manu al escenario para que lo salude y Víctor Heredia, que estaba todo vestido de blanco como un ángel pero morocho, le dio un beso. Bahía es una playa, creo. Y me encantan las del disco de los Beatles donde ellos parecen estatuas de oro alrededor de un disco dorado. Ir escuchando música en

el Dodge Polara y por la ruta es como viajar adentro de una película.

¡Balcarce queda tan lejos! Es la misma ruta siempre y siempre veo lo mismo: pastos y vacas, pastos y vacas. Dice papá que la ruta 2 es peligrosa y por eso va despacio. Que una vez antes de que naciera la bebé, volviendo de Balcarce, se salió una rueda de la lancha que llevábamos enganchada atrás del auto —a papá le gusta ir a pescar a una laguna cerca de Balcarce adonde nunca nos lleva; me pregunto por qué nunca nos lleva— y nos fuimos a la banquina. Yo ni me acuerdo. Estaría dormida, o leyendo. Lo mejor de la ruta 2 son los castillos. Bah, no sé si son castillos, son como unos arcos que van por arriba de la ruta, mamá dice que sí son. Y lo otro mejor es cuando papá para en un almacén de un lugar que se llama Dolores y nos compra algo, un sándwich de jamón y queso, y un pote de dulce de leche para llevar a casa. Manu siempre pide Coca Cola, pero casi nunca nos compran. Lo bueno de llegar a Dolores es que estamos en la mitad del camino y falta menos, pero en realidad ahora que lo pienso el mejor momento del viaje es cuando pasamos por la fábrica de Gándara y nos regalan yogures en una bolsita.

Recién pasamos el primer castillo, todavía no es ruta. Falta un montón. Me gusta mirar el cielo, pero me termino aburriendo un poco. Manu también. Entonces jugamos al veo veo, o cantamos las canciones de Víctor Heredia, o leo *La cabaña del Tío Tom*. Así se pasa más rápido el tiempo hasta llegar a Balcarce. Desde que

terminaron las clases, estuve contando los días para el viaje. Por fin ya estamos en la ruta. Vamos a pasar casi una semana de las vacaciones de invierno en lo del tío Lautaro y la tía Susana. Viven cerca de una plaza y cerca de la sierra La Barrosa. Lo lindo de Balcarce es que nos dejan andar solas por el barrio porque dice la tía que es un lugar muy tranquilo. En casa nunca, nunca podemos salir a la calle sin algún grande, solo a veces como mucho nos dejan salir a jugar en la vereda o dar una vuelta a la manzana en bici. En Balcarce todos se conocen, casi todos los chicos van al mismo colegio, y después se juntan a jugar hasta cualquier hora en la calle, a veces hasta medio de noche. Y además se ve mucho cielo, y las sierras. Y tienen mil lugares lindos para ir de excursión. Son como los chicos de *Verano azul*, mi programa preferido. Lástima que cuando venimos a Balcarce no lo puedo ver, solo existen dos canales y uno ni siquiera es de Buenos Aires.

La casa de los tíos es un departamento con un patio, chiquito y largo como una caja de zapatos blanca. Se sube por una escalera larguísima, donde al final hay que tocar una puerta de vidrio con un dibujo de círculos color naranja. Queda arriba del garaje de la bodega Marotto, así se llama la bodega del abuelo Martín, el papá de la tía. Es raro que el abuelo Martín se llame así, tiene nombre de chico, pero es viejo. Ahí en ese garaje guarda camiones y las damajuanas de vino que lleva en los camiones. El lugar tiene un olor raro, que me pica en la nariz y un poco me marea. Es el olor del

vino, me explicó la tía, que sí marea un poco pero es rico, una bebida tan buena que hasta está en la Biblia, también me explicó. Y es cierto, yo tengo la *Biblia de los Pequeños*, que tiene dibujos y ahí lo vi. Pensaba que no era tan bueno el vino, porque Noé se emborracha y se pelea con sus hijos Sem, Cam y Jafet —nadie me puede explicar con qué señoras se casaron y tuvieron hijos, si ellos eran las únicas personas que había en el planeta. Pero si lo dice la tía, cuando sea grande lo voy a probar.

En realidad la tía no es tía-tía. Ellos son amigos de papá y mamá. Cuando mamá y papá se casaron, se fueron de luna de miel a Bariloche en un Fitito rojo que tenían. Manejaron desde Buenos Aires hasta Bariloche. En una parada en La Pampa en el medio de la nada —dice mamá— tuvieron que quedarse un tiempo porque se les rompió algo del auto, y el tío Lautaro y la tía Susana, que también se habían casado pero en Balcarce y también se iban de luna de miel a Bariloche, pararon a ayudarlos. Al otro día se encontraron en un camping, y después se volvieron a encontrar en Bariloche. Estaban destinados a ser amigos, dice mamá, y a mí me parece hermoso porque se hicieron amigos para siempre. Tan amigos que ahora les decimos tíos, y conocemos a toda su familia, y mis abuelos conocen a los papás de la tía Susana, y hasta Oscar y Eva, los mejores amigos de papá y mamá, también a veces van a Balcarce y los visitan.

La tía Susana y el tío Lautaro son además los padrinos de Manu. A mí me gustaría que fueran mis padrinos, sería más divertido, porque mis padrinos son los tíos

de verdad, el hermano de mamá y su esposa, qué gracia tiene. Pero bueno. Igual a mí los tíos de Balcarce me quieren un montón. Me encanta quedarme en su casa, cuando sea grande me voy a comprar una casa al lado de La Barrosa y una cupé para correr en el autódromo como las que vi en el libro sobre Fangio que tiene el tío. El verano pasado, cuando fuimos a pasar unos días, nos dejaron ir a pasear solas un rato por el barrio a la hora de la siesta. La tía, rebuena, le dijo a mamá, que no estaba muy de acuerdo: no te preocupes que no se van a perder, acá nos conocemos todos. Yo tenía un plan buenísimo. Agarré una botella de agua y un gorro, puse algunas cosas más en mi mochila y les dije a Manu y a Anabella: vamos a explorar a la sierra, y a ver desde arriba el autódromo.

Anabella sería como mi prima. Tiene ojos azules y piel muy blanca, como transparente. Y el pelo más clarito que nosotras, largo, y un lunar sobre el labio de arriba. Tiene los mismos años que Manu. Su habitación en la casa de los tíos es hermosa, para ella sola. Le compraron un acolchado Palette rosa claro y la alfombra es color marroncito. En las paredes tiene unos cuadritos con dibujos de muñecas de Sarah Kay. Son siete cuadritos, los conté. Yo quisiera tener algo así para nuestra habitación, que es un desorden porque ahora encima duerme la bebé así que está lleno de sus juguetes y pañales. A mí me gustaría tener una habitación de chica más grande y para mí sola. Como la de Anabella.

Me acuerdo que el día de la aventura en la sierra había mucho sol y ninguna nube, era como si todo el sol estuviera envolviendo Balcarce, y las chicharras sonaban y sonaban. No había nadie en la calle, porque en Balcarce se duerme la siesta, y en un momento dejamos de ver casas para empezar a caminar por una calle que parecía una ruta. Vamos a trepar y desde arriba de todo vamos a poder ver el autódromo entero, me acuerdo que les dije. ¡El autódromo donde corrió Fangio! O bueno, que se llama como él, no estoy segura si corrió. Fangio cumple años el mismo día que yo, aunque él es muy viejo ahora, creo. Anabella dice que lo vio una vez por la calle, pero caminando, no en su Maserati.

Para mí era reemocionante la aventura. Es un montón trepar hasta ahí, dijo Anabella. Bueno, si no querés no vengas, Manu viene conmigo, contesté. Pero nos siguió. Empezó a hacer muchísimo calor. Yo iba primero, mirando por dónde podíamos pisar. Manu se resbaló por unas piedras que estábamos trepando, se trató de agarrar de una roca llena de verdín y se raspó la mano. Le salió sangre y ella se asustó, pero no era para tanto, ni siquiera lloró. Yo había llevado unas curitas en mi mochila por las dudas, así que le di una. Volvamos, dijo Anabella, estoy cansada, me duelen los pies. Qué piba más pesada. Nosotras seguimos, le dije, ¿no, Manu? Manu me miró, y miró atrás mío y pegó un grito. Cuando me di vuelta, entre los pastos que se movían vimos algo marrón con pintitas que dio un coletazo y desapareció. ¡Era una víbora! Menos mal que yo me había

imaginado que podía haber alguna y les había hecho poner botas de goma a las chicas para caminar por los pastizales de la sierra.

Dijimos que era nuestro secreto y que no íbamos a decir nada, pero Anabella fue lo primero que hizo apenas volvimos a su casa. Mamá y la tía estaban pelando papas en la cocina y tomando mate. Anabella les dijo que nos habíamos ido muy lejos y que ella quería volver pero yo había querido seguir, y que casi nos pica una víbora, aunque era mentira. Mamá me gritó, me dijo que no me había dado permiso para alejarnos tanto, y le revisó la mano a Manu. Por culpa de Anabella me voy a quedar con las ganas de subir a La Barrosa y ver el autódromo desde ahí arriba. La tía en cambio no gritó, le acarició el pelo a Anabella, le dijo qué aventura, chicas, pero no pueden ir tan lejos solas y la abrazó. Listo. Ni un grito.

Mi deseo secreto es quedarme a vivir con ellos en Balcarce. Incluso podría ir a la escuela de Anabella, y que papá, mamá, Manu y la bebé me vengan a visitar. Ya me quedé una vez, casi una semana. Era más chica, el año pasado, en invierno. Una noche tuve que dormir en la casa de la abuela Angelita para poder despertarme temprano para ir al campo, porque iba a empezar la carneada como todos los años. En la carneada se preparan chorizos y salames, jamones, y después se hace una comida ahí en el mismo campo. Va un montón de gente, todos los que trabajan en el campo y sus familias. Nosotros nos traemos chorizos y salames a Buenos Aires. Me

encanta la comida de Balcarce, las papas fritas tienen otro gusto porque la tía las fríe en grasa. Lo único que no me gusta es la leche. La traen del campo y la hacen hervir, el olor me da ganas de vomitar y le queda encima una capa de nata que parece la espuma sucia del mar de Santa Teresita cuando vamos de vacaciones. Horrible.

La noche antes de ir al campo me sentí un poco mal. Mamá y papá y Manu y la bebé se habían vuelto ese día a nuestra casa. No sé qué me pasó. No es que los extrañaba. Tal vez fue que la casa de la abuela no me gusta mucho, con el living oscuro con sillones de cuero rojo, donde siempre hace frío, parece el living de una casa de brujas. Además la casa tiene olor a vino, porque queda al lado del garaje de la bodega Marotto. Me tocaba dormir en un cuarto sola, porque Anabella tenía un cumpleaños y ella y los tíos iban a ir más tarde a la carneada. Yo quería ir temprano, para poder usar el molinito para el maíz y darle de comer a las gallinas. Esa noche sola con los abuelos en la casa de los sillones rojos no me gustó tanto. Como me sentía mal pero no me dolía nada, la abuela dijo que yo estaba ojeada. Me puso una cinta en la cabeza y me hizo mirar un plato hondo donde tiró aceite y en el aceite se formó un círculo. Me asusté un poco.

Después no me podía dormir. El cuarto estaba lleno de cosas viejas, la colcha de flores tenía olor a naftalina y en una cómoda había una muñeca con cara de porcelana y ojos de vidrio que parecía mirarme. Era el cuarto de la tía Susana y su hermana la Flaca cuando eran chicas.

Escuché roncar a la abuela Angelita pero ni ella ni el abuelo me respondieron cuando los llamé. Pensé en ir a buscarlos a su habitación y ver si podían hacerme un lugarcito para dormir ahí con ellos. Pero ni loca cruzaba sola por el living de los sillones rojos de cuero. No pegué un ojo. Fue la única vez que algo de Balcarce no me gustó. Y me quise volver a casa. Eso es lo que le conté a mamá cuando me vino a buscar dos días después y ella dijo: Bueno, tal vez sos muy chica para quedarte en Balcarce sola una semana, nosotros no podemos ir y venir a tu conveniencia. No parecía muy contenta.

Por eso aún no se los dije, pero esta vez tengo un plan. Cuando nos tengamos que volver de Balcarce, todavía va a quedar como una semana entera de vacaciones de invierno. Por eso me traje tantos libros y el diario íntimo y le insistí a mamá para llevar dos camperas. Mi plan es quedarme, total no tengo que ir a la escuela y papá y mamá me podrían venir a buscar el día antes de empezar las clases. Además ni molesto. Puedo dormir en el cuarto de Anabella, ella siempre se pasa a la cama de los padres aunque es grande. O quedarme otra vez en lo de abuela Angelita, por más que tenga que dormir sola en el cuarto al lado del living de los sillones rojos. Me lo aguantaré, no me importa.

Pero no les voy a decir nada todavía. Voy a tratar de ser buena y simpática y mostrarles que me puedo quedar sola sin problema. No voy a pedir ir a La Barrosa, y cuando nos lleven a dar una vuelta por la plaza del centro no voy a insistir para que nos compren golosinas, ni

para que nos quedemos un rato más cuando los grandes se quieran volver. No voy a pedir que me lleven al museo de Fangio, que siempre dicen que me van a llevar a ver la Maserati y los otros autos de él y nunca lo hacen. Y tengo que inventar algo para que Manu no me copie y se quiera quedar también, porque ahí sí que no nos van a dejar a ninguna de las dos. Hay que planearlo bien. Y esperar. Estamos en la ruta, ya se ven pastos y vacas, pero ni siquiera llegamos a Dolores. Mejor me pongo a leer o le pido a mamá que ponga otra vez el casete de Víctor Heredia. Balcarce todavía está muy lejos.

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| <i>Presentación</i> , por Alejandro Gómez | 7 |
| <i>Prólogo</i> , por Guillermo Pintos | 9 |
| | |
| <i>Ecos de los jardines de Babel</i> | |
| Carlos Balmaceda (Mar del Plata) | 15 |
| | |
| <i>Speak Idish</i> | |
| Marcelo Birmajer (Carlos Casares) | 37 |
| | |
| <i>Una visita a Duggan</i> | |
| Fabián Casas (Duggan) | 61 |
| | |
| <i>Los tres propósitos</i> | |
| Jorge Fernández Díaz (Beccar)..... | 77 |
| | |
| <i>Prohibido entender este momento</i> | |
| Fernanda García Lao (Carmen de Patagones) | 99 |

| | |
|--|-----|
| <i>Un día de abril</i> | |
| Sylvia Iparraguirre (Los Toldos) | 125 |
| <i>No era gran cosa lo que pasaba</i> | |
| Natalia Moret (Vicente López)..... | 141 |
| <i>Los trabajos de Dora (De Chascomús a Quilmes)</i> | |
| Miguel Russo (Chascomús)..... | 165 |
| <i>La Casa era un Teatro. Diccionario onírico de unos paseos por la Villa Ocampo en San Isidro</i> | |
| Cecilia Szperling (San Isidro)..... | 191 |
| <i>Miro por la ventanilla del Dodge Polara</i> | |
| Ana Wajszczuk (Balcarce)..... | 205 |



